

Hugo Jofré Rodríguez

# POR QUÉ ESTAMOS EN POLÍTICA

Una respuesta  
desde la centroderecha

Prólogo de **Teodoro Ribera Neumann**



Por qué estamos en política.  
Una respuesta desde la centroderecha



Hugo Jofré Rodríguez

## **Por qué estamos en política**

Una respuesta desde la centroderecha

*Por qué estamos en política. Una respuesta desde la centroderecha*

Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 978-956-7684-47-2

Konrad Adenauer Stiftung

Enrique Nercasseaux 2381, Providencia, Santiago de Chile

© de los textos: Hugo Jofré Rodríguez

© de esta edición: Konrad Adenauer Stiftung Chile

Esta publicación de la Konrad Adenauer Stiftung e.V. tiene por objetivo único el de proporcionar información. No podrá ser utilizada para propósitos de publicidad durante campañas electorales.

Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de este texto por cualquier medio, siempre y cuando se cite la fuente.

Coordinación: Leonardo Fernández

Edición y diseño: Tipográfica (tipografica.io)

Impreso en Andros Impresores

## Contenido

- 13 *Prólogo*
- 17 *Agradecimientos*
- 19 *Introducción*
- 23 *Capítulo 1. Mi generación de centroderecha:  
La contracara del Frente Amplio*
- 41 *Capítulo 2. ¿Qué es la política?*
- 57 *Capítulo 3. ¿Cómo entender la política?*
- 79 *Capítulo 4. ¿Para qué se hace política?*
- 91 *Capítulo 5. La política chilena y la presidencial de 2025*
- 109 *Capítulo 6. ¿Por qué estamos en política?  
Una respuesta desde la centroderecha*
- 131 *Capítulo 7. La centroderecha del siglo XXI:  
Libertad, democracia, justicia y pluralismo*
- 145 *Capítulo 8. Reflexiones finales*
- 149 *Referencias*



*A Verito y Catita, mi familia.  
A la memoria de Fabián Montecinos, siempre presente.*



*Audentes fortuna iuvat.*

—*Virgilio*

A man may die, nations may rise and fall, but an idea lives on.

Ideas have endurance without death.

—*John F. Kennedy*



## Prólogo

La política es, por esencia, una actividad que conjuga convicción y complejidad. Su práctica demanda no solo vocación, sino también la voluntad de habitar espacios muchas veces ingratos, expuestos a la crítica, al juicio constante y a una desconfianza que ha crecido con el paso del tiempo. Aun así, persiste en el ser humano la necesidad de involucrarse en los asuntos comunes, de incidir en el rumbo de lo colectivo.

El libro *Por qué estamos en política*, escrito por Hugo Jofré Rodríguez, constituye un esfuerzo por comprender y responder una pregunta tan simple en su formulación como profunda en sus implicancias. A través de sus páginas, el autor construye una reflexión nutrida de teoría, historia, experiencia personal y observación crítica, desde el prisma de un militante de centroderecha que ha recorrido el camino universitario, académico y político con coherencia y perseverancia.

Este no es un libro escrito desde la complacencia ni desde la simple nostalgia de tiempos pasados. Muy por el contrario, Jofré ofrece un diagnóstico honesto —a ratos duro— sobre las debilidades estructurales, doctrinarias y estratégicas de la centroderecha chilena. Lo hace desde adentro, con el compromiso de quien no renuncia a su identidad política, pero al mismo tiempo exige una renovación de ideas, liderazgos y comprensiones. A juicio del autor, buena parte de los fracasos del sector no radican en la ausencia de gestión ni de personas talentosas, sino en una incomprensión persistente de la complejidad del fenómeno político en sí mismo.

En su recorrido, el texto transita por preguntas fundamentales: ¿qué es la política?, ¿cómo debe entenderse?, ¿para qué se ejerce? Y, finalmente, ¿por qué alguien decide involucrarse en ella? A estas preguntas, el autor responde articulando referencias clásicas —Aristóteles, Maquiavelo, Weber— con literatura contemporánea y experiencias políticas concretas de los últimos quince años en Chile. Su mirada se sitúa en un punto de tensión productiva entre lo académico y lo militante, entre el análisis y la acción.

Uno de los méritos centrales del libro es su capacidad para conectar el plano doctrinario con la realidad política actual. Jofré sostiene que la centroderecha chilena ha carecido, históricamente, de un proyecto político nítido que articule principios, propuestas y formas de acción coherentes. Esta carencia —que se arrastra desde la transición y se profundiza con el paso del tiempo— ha permitido que otros liderazgos y doctrinas ocupen el espacio, muchas veces desde posiciones más radicales o populistas, dejando al sector sin un relato movilizador.

En este contexto, el autor plantea la necesidad de superar el *economicismo tecnocrático* y la mirada gerencial de la política que se ha instalado con fuerza en sectores de la centroderecha. Su apuesta es clara: recuperar una visión integral de la política como medio de transformación social al servicio del bien común. Esta recuperación implica debate, reflexión doctrinaria, apertura a nuevas ideas y también un recambio generacional dispuesto a “tomarse en serio” el desafío político.

Particular atención merece la reivindicación que el autor hace de la dimensión formativa de la política. El libro no es solamente un ejercicio intelectual, sino también un llamado a la formación de nuevos cuadros, a la construcción de liderazgos con ideas claras, vocación de servicio y compromiso con una visión de sociedad. En tiempos donde la política es percibida como una actividad lejana o contaminada, resulta fundamental que existan esfuerzos como este, que recuperan su sentido original: ser una herramienta de cambio fundada en principios.

Desde una perspectiva generacional, Jofré representa a una camada de dirigentes que no ha temido transitar por caminos difíciles.

Su testimonio —marcado por derrotas universitarias, tensiones internas y desafíos doctrinarios— es elocuente. Su convicción se forja en la adversidad, en la insistencia y en la voluntad de disputar espacios a quienes hegemonizaron el discurso político durante más de una década. Lo hace sin revanchismos, pero con claridad: no basta con heredar estructuras; se requiere construir pensamiento.

En uno de los pasajes más personales del libro, el autor propone que la política no es una carrera de velocidad, sino una maratón. Comparto el espíritu de esa metáfora, aunque desde mi experiencia me permito proponer una variante: más que una maratón, la política es una *carrera de relevos*, donde distintas generaciones deben pasar el testimonio con responsabilidad, generosidad y visión de futuro. Esta obra representa precisamente eso: el intento de una nueva generación por recoger ese testimonio y redefinir el rumbo.

Como académico y como ciudadano, valoro profundamente que existan textos como este. Son necesarios. No porque contengan todas las respuestas, sino porque se atreven a formular preguntas esenciales. En un escenario donde el escepticismo y la desafección ganan terreno, la reflexión política informada y comprometida es un acto de responsabilidad cívica.

Finalmente, esta obra constituye un aporte genuino al debate público y a la renovación del pensamiento político en Chile. Quienes compartimos con el autor una trayectoria en Renovación Nacional y una formación en la Universidad de Chile reconocemos en sus palabras no solo una preocupación teórica, sino también un compromiso vital con el futuro del país. Espero que este libro sea leído, debatido y, sobre todo, que inspire a nuevas generaciones a comprender que estar en política no es una renuncia, sino una elección consciente por el bien común.

—Teodoro Ribera Neumann  
Rector de la Universidad Autónoma de Chile



## Agradecimientos

En un comienzo, este libro no era más que una quimera en mi imaginación. Con algo de pudor, esa idea peregrina fue tomando forma en distintas charlas o conversatorios, hasta convertirse en una obsesión. Quiero aprovechar estas líneas para agradecer a todos quienes leyeron múltiples versiones del borrador, me dieron consejos y tuvieron la paciencia de soportar mi insistencia.

En primer lugar, agradezco a Patricio Navia Lucero por su constante aporte con literatura, recomendaciones y especialmente su apoyo en este proceso. También a los múltiples lectores del mundo académico. A Hugo Eduardo Herrera por sus precisos aportes. A Cristóbal Bellolio por aquellas metáforas y contribuciones que fortalecieron el texto y lo alejaron de lo estrictamente teórico. A Sergio Micco, quien me convenció de cambios importantes de cara a la contribución que podría tener el trabajo. A Gonzalo Arenas y a Jaime Abedrapo de la Facultad de Derecho de la Universidad San Sebastián, quienes me dieron interesantes aportes en la primera etapa del trabajo. También quisiera mencionar los valiosos comentarios del doctor Christian Pfeiffer, quien desde mi llegada a Rostock se hizo el tiempo de conversar sobre esta obra y otros desafíos.

A mi amigo Nicolás Duhalde, por impulsar este proyecto desde el día uno. A Gonzalo Méndez, compañero de mil batallas y principal revisor de múltiples “documentos” y propuestas desde 2009 a la fecha. No puedo dejar pasar un especial agradecimiento a Olaf Jacob, representante de la Fundación Konrad Adenauer (KAS) en Chile, y a Leonardo Fernández, coordinador de proyectos, quienes me alen-

taron a impulsar este trabajo y han hecho posible mis estudios de doctorado en la Universidad de Rostock.

También quisiera agradecer a mi familia. A mis papás, Liliana Rodríguez Pozo y Hugo Jofré Vallejos, quienes con infinito amor me educaron con parte importante de los valores que pretendo inculcar a mi descendencia, además de acompañarme en cada locura que se me ocurrió durante estos 35 años. A mi hermana Liliana Jofré, quien es todo lo que alguien quiere en una hermana y más. Por último, agradezco a María Verónica Sommer, mi santa esposa, por su paciencia y amor en nuestros años de relación y matrimonio. Sin ella, nada de esto sería posible. Por último, dedico esta obra a Catalina Jofré Sommer, mi hija.

—Hugo Jofré Rodríguez

## Introducción

No recuerdo si caminaba por la calle Club Hípico o Almirante Latorre con dirección a la Alameda, la principal arteria de la ciudad de Santiago. Eran casi las tres de la mañana de un día de semana de noviembre cuando salí cabizbajo de aquella sala perdida en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile —popularmente conocida como Beauchef, por el nombre de la calle en que se sitúa— con dirección a la Escuela de Derecho de la misma universidad. Como cada año, todos quienes participábamos en la política universitaria terminábamos en Derecho para seguir el conteo del segundo día de votación de las elecciones de la histórica Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), la Casa de Bello,<sup>1</sup> pasando la hora con alguna cerveza o algo por el estilo.

Corría el año 2013 y el movimiento estudiantil chileno seguía siendo central en la discusión pública, aunque sin la fuerza de 2011, pero con suficiente influencia para marcar la agenda pública. En esa realidad —al menos adversa— me tocó encabezar por segundo año consecutivo la lista de la Centroderecha Universitaria a la FECH. Luego de haber sido representante de la generación 2009 en la carrera de Administración Pública y secretario general de su centro de estudiantes, el paso natural era competir por la federación. Consciente de la imposibilidad del triunfo frente a las fuerzas que hegemonizaban la FECH, como las Juventudes Comunistas o la Izquierda Autónoma, sí creía firmemente, como militante de Renovación Nacional (RN),

---

1. Referencia en honor a Andrés Bello López, primer rector de la Universidad de Chile.

que era importante que mi sector político tuviera algún tipo de representación en una de las universidades más importantes del país.

Finalmente, ese año se impuso en la FECH el militante autonomista Andrés Fielbaum. Si bien en último término no logré ser parte de la mesa directiva de la federación, lo relevante de la anécdota es que hubo algo que me llevó a altas horas de la madrugada a presenciar el último conteo en la Escuela de Derecho en lugar de volver a mi casa a lamer las heridas de la derrota. Ese impulso, que resulta difícil de explicar a tu entorno más cercano es, en resumidas cuentas, la vocación por la política. Este libro busca adentrarse en esa vocación —incluso pasión— que es la política. Para hacerlo, intento responder una pregunta que podría ser abordada por distintos actores de la esfera pública: ¿por qué estamos en política?

Mi principal argumento para enfrentar la pregunta que titula el libro es que respuestas hay múltiples. Algunas surgen desde el individualismo más extremo, la búsqueda de beneficios que no se podrían encontrar en otras actividades, pasando por personas deseosas de formar parte de un “algo” que contribuya a superar algún tipo de carencia o soledad, hasta llegar a individuos con una vocación altruista. La respuesta a la pregunta central del libro se parece más a un mosaico —con piezas de distintos tamaños, colores y profundidades— que a una respuesta única.

Como el lector podrá detectar, la pregunta no es neutra ni surge desde un espectador aséptico: ¿por qué alguien participa en política? ¿O por qué los demás están en política? Parto del supuesto de que todos estamos involucrados en lo público y en la política, algunos de forma activa y otros como receptores de sus efectos sobre la vida en sociedad. No está de más señalar que desde los dieciocho años —mediados de 2009— soy militante activo de RN. Junto con esto, sufro de una dualidad entre mi actividad profesional vinculada a la ciencia política —como docente universitario e investigador— y mi pasión por la política, por lo que pido comprensión a los lectores por el esfuerzo que me supone no marearlos con los cambios de “sombbrero” a la hora de escribir. El que avisa no traiciona, como se dice popularmente.

Por otro lado, los momentos en que escribo estas líneas no son tiempos auspiciosos para reivindicar la actividad política y su importancia en la vida social. A pesar de ello, ciertas miradas de la política resultan útiles para dicho fin. Una muestra de aquello es la mirada de Konrad Adenauer sobre el tema. En su discurso ante el Senado de Estados Unidos en 1957, el histórico canciller alemán y padre fundador de la República Federal Alemana describía la política como “aquel arte que permite realizar aquello que se ha reconocido como justo desde una perspectiva ética” (Steffen, 2023). Este enfoque propuesto por el líder de la Unión Demócrata Cristiana (CDU, por sus siglas en alemán) es crucial, pero tiene sus raíces en el trabajo de otros precursores de las ciencias sociales en los que ahondaremos en los diversos capítulos de esta obra.

El libro está dirigido a múltiples audiencias: académicos, estudiantes universitarios, dirigentes de partidos políticos, líderes locales territoriales, personas interesadas en los debates políticos y público en general. Una de las motivaciones iniciales de este proyecto fue compartir una reflexión sobre esta pasión personal que trasunta en el colectivo y la comunidad: la política. Muchas veces la vorágine del día a día dificulta este tipo de reflexiones sobre asuntos profundos, espinudos y para los que a veces no tenemos una respuesta tan clara.

Al escribir estas líneas, mi obsesión es el futuro de la centroderecha —a lo menos alicaída ante las derrotas frente a José Antonio Kast en 2021 y 2025—, por lo que busco contribuir a su resurgimiento ante un escenario poco favorable. Creo firmemente que el 11 de marzo de 2026 podría erigirse como una suerte de “momento cero” (Mansuy, 2020) ante la necesidad de redefinir el proyecto político de la centroderecha. Para esto, iniciaré con un diagnóstico de la situación actual, luego estudiaré los elementos constitutivos de la política con el fin de mejorar su intelección (¿qué es?, ¿cómo entenderla?, ¿para qué nos involucramos?), para posteriormente analizar la relación de la centroderecha chilena con esta actividad. Al repasar los elementos que ayudan a la comprensión del fenómeno político, podemos formular una respuesta a la pregunta que titula el libro desde la perspectiva de un militante de centroderecha que se ha in-

interesado en su estudio académico tanto desde la ciencia política, hoy como estudiante de doctorado en la Universidad de Rostock, como a partir del involucramiento directo desde la praxis política en un partido político como RN desde distintos cargos en su estructura. Con todo, la idea es que dicha reflexión, de alguna forma, permita mejorar la manera en que “hacemos política” en un sector reacio al debate ideológico y doctrinario. Dicho en simple, la política requiere músculo —entendido como organización, articulación de intereses y apoyo ciudadano— acompañado de cabeza —basada en ideas y principios—, pero también corazón, con el propósito adecuado que se basa en el bienestar de los iguales.

Por último, la estructura del libro es la siguiente. El primer capítulo analiza el contexto en el que me formé políticamente y parte de la justificación para el desarrollo del libro. El segundo capítulo busca responder la pregunta “¿Qué es la política?” a partir de distintos conceptos y fuentes teóricas. El tercer capítulo se centra en la pregunta “¿Cómo entender la política?”, y en él se reflexiona a partir de elementos como el proyecto político, las instituciones y las élites. A continuación, el cuarto capítulo presenta la pregunta “¿Para qué se hace política?”, el quinto capítulo se titula “La política chilena y la presidencial de 2025” y, por último, el sexto busca un cierre desde mi propio sector.

¡Aquí vamos!

## Capítulo 1

# Mi generación de centroderecha: La contracara del Frente Amplio

### Falta política

En el momento en que se calzó la banda presidencial y recibió la pioleta de O'Higgins, Gabriel Boric puso término a un largo ciclo político. El fin de la era Caburgua —protagonizada por Michelle Bachelet y Sebastián Piñera— marcó el ingreso de una nueva generación al poder. El Frente Amplio irrumpió con fuerza en la elección presidencial de 2017, alcanzó veinte diputados, un senador y el 20,27% en la primera vuelta, dando paso a una nueva generación que buscaba reemplazar a los fatigados cuadros de la ex Concertación. Consumada su llegada a La Moneda en 2022, la élite frenteamplista evidenció la dificultad de administrar el poder durante el gobierno de Boric. A pesar de los múltiples problemas e incluso escándalos del cuatrienio de la llamada “nueva izquierda”, este conglomerado logró generar un elenco de dirigentes con amplias posibilidades políticas de cara al futuro, aunque no sin costos.

La nueva izquierda frenteamplista ha sido caracterizada a partir de su pretensión de inocencia frente a los pecados del poder, el resguardo de su identidad prístina como representantes del pueblo ante cualquier problema que la realidad impusiera y su inclinación a la *performance* como respuesta a las dificultades propias de la política (Mansuy, 2025). La llegada del Frente Amplio y los líderes estudiantiles al poder supuso en su minuto el triunfo de un diagnóstico

de Chile, un estilo de hacer política y ciertas ideas que en teoría le daban sustento a dicho proyecto. Si bien con el paso del tiempo sabemos que esto no era tan así, tal como plantea Mansuy, sí es evidente que en su minuto supuso la derrota de la centroderecha y su conducción política en el escenario convulso del estallido social, la pandemia y los procesos constitucionales.

Otro elemento central de este cuadro es el triunfo de José Antonio Kast en la segunda vuelta presidencial de 2025 y su llegada a La Moneda a contar del 11 de marzo de 2026, lo que también puede ser leído como otra derrota para la centroderecha. ¿Cómo se explica esa doble derrota? Para encontrar alguna respuesta, debemos ir mucho más atrás.

El triunfo de Sebastián Piñera en 2009 y la llegada de la centroderecha a La Moneda luego de cincuenta años supuso altas expectativas, tanto para la población en general como al interior del sector. El primer año de gobierno estuvo marcado por el optimismo en las huestes oficialistas ante los buenos resultados en el ámbito de la gestión pública y algunos hitos como el recordado rescate de los mineros (Arenas, 2014). Si bien el terremoto de febrero de 2010 y la posterior reconstrucción habían forzado un cambio en la hoja de ruta original del gobierno, nada sería lo mismo a partir de 2011. A inicios del segundo año de gobierno, la irrupción de conflictos sociales —como las marchas en contra de HidroAysén, las movilizaciones estudiantiles y los conflictos regionales— hizo muy difícil para el gobierno conducir el ciclo político y afectó negativamente la aprobación presidencial de Piñera (Jofré y Navia, 2017).

Al caracterizar los cuadros que llegaron al gobierno durante la primera etapa de la administración piñerista, Arenas (2014) resalta la extrañeza que despertaban en los dirigentes políticos históricos del sector, por lo ajenos que resultaban. Personeros poco conocidos y que provenían de ámbitos empresariales, sin mayor roce político, fueron nominados para importantes cargos en la primera línea de la gestión del Estado. Dichos agentes eran más parecidos a estrellas fugaces que a los políticos tradicionales, por la rapidez de su ascenso y la prontitud de su desaparición en el firmamento político.

Junto con este síntoma, en su minuto se llegó a plantear que la primera administración piñerista carecía de una guía política clara que, inspirada en principios sólidos, permitiera distinguir qué era justo y bueno para la sociedad. Esta carencia dejó muchas veces “fuera de juego” al gobierno a la hora de enfrentar las movilizaciones de 2011 y las distintas demandas estudiantiles desde el plano de los principios, tal como señalaron Urbina y Ortúzar (2012). Para otros, el problema residía en el “relato”.<sup>1</sup> En su libro *La salida: Cómo derrotar a la Nueva Mayoría en 2017*, Andrés Allamand (2016) recordaba la frase de Cristián Larroulet al término del primer mandato de Piñera: “Nos faltó política”. Esta contundente expresión no fue emitida por cualquier persona, sino que por el exministro de la Secretaría General de la Presidencia (Segpres) del primer gobierno, que posteriormente sería jefe del Segundo Piso de La Moneda, en la segunda administración piñerista, sin contar su rol desde el *think tank* Libertad y Desarrollo y su dilatada trayectoria pública asociada a dicho sector político. Esta frase, de una sinceridad brutal, no fue acompañada de un cambio muy profundo de cara al futuro de dicho sector político. Ahora, la pregunta clave es: ¿fue esta falta de política algo puntual del primer gobierno de derecha tras 1990?

En 2018, una vez concluida la segunda administración de Bachelet y la Nueva Mayoría, la centroderecha volvería a La Moneda, ahora con un macizo triunfo en segunda vuelta frente al candidato independiente Alejandro Guillier. Luego del aprendizaje del primer gobierno, se debían enmendar errores y seleccionar a los cuadros correctos para conducir el Estado y lograr la continuidad en el gobierno. Nuevamente, la historia es conocida y el contundente triunfo de Piñera vino seguido de una serie de nombramientos en cargos relevantes sencillamente desconcertantes por sus similitudes con los neófitos ministros del primer gobierno. La irrupción del caso Catrillanca y el estallido social de octubre de 2019 dejaron a la administración de Piñera contra las cuerdas, provocando la pérdida de la agenda pública y, finalmente, la salida del principal referente

---

1. “Longueira: ‘El presidente Piñera y el Gobierno no tienen un relato político’”, *Cooperativa*, 11 de abril de 2011, disponible en [tipg.link/05RF](http://tipg.link/05RF).

político del Gobierno, Andrés Chadwick, del Ministerio del Interior.<sup>2</sup> En el libro *Tiempos mejores*, Jorge Selume relata parte de las dificultades experimentadas por los equipos más próximos al presidente Piñera e incluso por los principales cuadros políticos de su coalición, y destaca la dificultad para elaborar una reacción acorde al desafío planteado.

Esta situación, que para algunos puede ser anecdótica y responde a episodios propios de la refriega política, esconde falencias mucho más profundas y que requieren una reflexión sustantiva sobre el devenir de la centroderecha chilena. En su libro *Octubre en Chile*, Hugo Herrera (2023) destaca que los desajustes asociados a las grandes transformaciones sociales e institucionales experimentadas en Chile en las últimas décadas, junto a la incapacidad de las élites de comprender la gravedad del contexto de octubre, se presentan como posibles explicaciones de la magnitud del evento. Considerando esto, el autor rememora las dificultades de la segunda administración piñerista para reaccionar ante el descalabro que significó el estallido, ligando su accionar a lo vivido en 2011 y a las movilizaciones estudiantiles. Para graficarlo, el autor argumenta que “en 2011 y 2019, esa derecha fue incompetente no solo para manejar, sino siquiera para entender la crisis, pues iba más allá de sus peculiares herramientas comprensivas” (Herrera, 2023: 32). Si bien el manejo de la pandemia del covid fue una muestra más de la destacada capacidad de gestión de Piñera, esto no fue suficiente para que la banda presidencial la recibiera uno de los suyos en el cambio de mando de 2022, principal medición del éxito de un gobierno.

Como se ha dicho, los triunfos de Sebastián Piñera en 2009 y 2017 generaron grandes expectativas. El devenir de los gobiernos, tanto por errores propios como por virtudes de los adversarios, tuvo como resultado derrotas en las presidenciales de 2013 y 2021. Lo más doloroso de ambos procesos fueron los paupérrimos resultados en las elecciones municipales y parlamentarias posteriores a nuestros gobiernos, lo que permitió a la Nueva Mayoría alcanzar los cuórum

---

2. “La calle hizo caer a Chadwick, el ministro más poderoso de los gobiernos de Piñera”, *Diario Financiero*, 28 de octubre de 2019, disponible en [tipg.link/05S3](http://tipg.link/05S3).

necesarios para impulsar sus nefastas reformas entre los años 2014 y 2018, y a la larga facilitó la formación de nuevas coaliciones — como el Frente Amplio— con el desenlace que todos conocemos. No solo no se mantuvo el poder alcanzado en 2009 y 2017, sino que se disminuyó la influencia del sector a nivel local tanto en las elecciones municipales de 2012 como en las de 2021.

En los últimos años, quienes militamos en la centroderecha —hasta hoy Chile Vamos— hemos vivido en un ciclo de triunfos electorales que al poco tiempo se transforman en decepción por nuestra propia incapacidad de impulsar gobiernos exitosos. Luego de mucha reflexión, creo que resulta evidente que nuestro talón de Aquiles no se encuentra ni en el contenido ético de nuestros dirigentes, ni en el diseño de políticas públicas, ni en el manejo macroeconómico, sino en la falta de comprensión de lo político.

Estoy lejos de ser el primero que señala algo en esa línea: Joaquín García-Huidobro, en su libro *¿Para qué sirve la política?*, es enfático al destacar que múltiples situaciones que afectan a nuestra sociedad se deben al estado actual de la política. Además, el autor refuerza la importancia de reivindicarla, planteando con claridad que los problemas que sufre nuestra sociedad se deberían más a la falta de política que al exceso. El mismo Hugo Herrera (2023) argumenta que desde el fin de la dictadura la derecha ha soslayado al pueblo como realidad política, lo que dificulta su capacidad de comprensión política. Siguiendo al autor, el concepto de comprensión política se desarrolla entre dos polos: uno real y concreto, y el otro ideal o discursivo. Para él, el primer plano trata del pueblo y su realidad, mientras que el segundo permite la comprensión y la articulación de las ideas con esa realidad expuesta anteriormente. Es en esa intersección que debemos enfocarnos para mejorar nuestro desempeño a la hora de gobernar y hacer política.

En uno de los debates presidenciales de 2021, el candidato de la centroderecha, Sebastián Sichel, argumentaba que nos olvidamos de gobernar cuando “la política se politiza”. Si bien la frase de Sichel puede ser entendida como un lapsus, refleja en parte nuevamente el desacople del que hemos hablado. En una columna en que hacía mención del hecho, Pablo Ortúzar planteaba que las candidaturas

tanto de Sichel como del líder del Partido Republicano, José Antonio Kast, adolecían del mismo problema: una marcada precariedad ideológica a la hora de ofrecer una alternativa a Chile.<sup>3</sup> Si luego de la derrota en 2013, Arenas (2014) ya hablaba de una “balcanización” de la derecha —entendida como una división en partes más pequeñas—, en 2025 la realidad llega a un extremo casi ridículo con la proliferación de partidos ligados a dichas ideas.

A RN y la Unión Demócrata Independiente (UDI) se sumó primero Evópoli, en 2016; luego el Partido Republicano, en 2020; para continuar con el Partido Social Cristiano, en 2022; y en último término, el Partido Nacional Libertario, en 2025. El problema es que dichos partidos no se basan en miradas ideológicas tan distintas ni menos en clivajes sociales muy profundos, como ocurría en el pasado, sino que las divisiones se deben más bien a liderazgos personalistas y a diferencias entre sus principales referentes. Para llevarlo al escenario de la elección presidencial de 2025, ¿había tanta distancia ideológica entre Kast y Kaiser, por ejemplo? Quizás no. Ahora, lo relevante: ¿había diferencias entre los proyectos de Matthei y Kast? Para algunos, la primera intuición sería decir que no, a partir del desarrollo de la campaña, mientras que para otros —entre los que me cuento— se trata de dos proyectos políticos diferentes. Más adelante abordaremos esta discusión.

Volviendo al lapsus de Sichel —politizar la política—, aunque suene a contradicción, tiene que ver con la necesidad de identificar los valores y la visión de sociedad que caracterizan a un determinado sector, para luego intentar imponerlos por la vía democrática, mediante la persuasión y el diálogo. Este tipo de llamados a generar respuestas a los problemas públicos desde una perspectiva apolítica no solo son difíciles de lograr, sino que atentan contra la esencia de la acción política. Nuevamente, la sabiduría del excanciller Adenauer permite graficar dicha pretensión: “Para un líder político, el adjetivo apolítico es la definición de estupidez” (Kissinger, 2023: 78). Si en un contexto de posguerra, que requería recuperar los lazos rotos por las atrocidades del régimen nazi, la política logró recomponer con-

---

3. “Politizar la política”, *La Tercera*, 29 de octubre de 2021, disponible en [tipg.link/05Sl](http://tipg.link/05Sl).

fianzas y un espíritu de colaboración entre antiguos adversarios por la supervivencia, ¿por qué renunciar a ella de cara a los desafíos que tiene nuestro país?

Con todo, aparentemente, la falta de política no fue algo exclusivo del primer mandato de la centroderecha, sino que también en cierta forma estuvo presente en el segundo a la hora de enfrentar cuestionamientos ideológicos o doctrinarios. ¿Este fue un atributo exclusivo de Piñera y sus dos gobiernos? Con el reciente nombramiento del gabinete ministerial de José Antonio Kast la historia parece repetirse, por lo que cada vez se asemeja más a una constante que a un problema puntual. Ahora, desde nuestra visión, la explicación a esta carencia tiene que ver con que no se entiende bien qué significa dicha actividad, por lo que, ante cuestionamientos políticos graves, ha primado la tendencia crónica hacia una mirada apolítica y a veces excesivamente economicista de los problemas públicos.

### **¿Sigán al líder?**

¿Cómo a un sector político le va a faltar política? Aunque resulte extraño, el paso del tiempo reafirma este tragicómico diagnóstico. Mientras los equipos del primer gobierno de Sebastián Piñera se alistaban para asumir sus responsabilidades el 11 de marzo de 2010, distintos grupos políticos universitarios de izquierda se preparaban para “recibir” al primer gobierno de centroderecha desde el retorno de la democracia. A la generación de dirigentes universitarios de centroderecha de la que yo formaba parte le tocó la difícil misión de defender las medidas de un gobierno que con el paso de los años demostraba estar menos preparado de lo que se pensaba para moverse en el Estado. Múltiples publicaciones han abordado las vicisitudes del primer mandato piñerista (Varas, 2014; Arenas, 2014; Herrera, 2014): sus respuestas a las movilizaciones estudiantiles contribuyeron de cierta forma a potenciar a la nueva izquierda chilena (Titelman, 2023).

Tal como mencioné, esa misma generación de partidarios de la centroderecha es la que fue derrotada —o fuimos derrotados, para ser más preciso— sistemáticamente en las elecciones universitarias por el Frente Amplio, el Partido Comunista y los antiguos dirigentes estudiantiles que en 2021 lograron llegar a La Moneda de la mano de

Gabriel Boric. Si de los errores se aprende, quienes defendimos las ideas de la centroderecha en las universidades y a lo largo de Chile entre 2009 y 2021 tenemos material para dictar cátedra sobre cómo no hacer las cosas. Elecciones de federación, algunas elecciones municipales e incluso los procesos constitucionales que experimentó Chile fueron el escenario en el que nuestra contracara generacional —representada por el Frente Amplio y el Partido Comunista— hizo mejor las cosas y logró representar electoralmente lo que los estudiantes, las comunidades o la ciudadanía querían en tal o cual elección.

Luego de tanto dar la cara y ser impopular, incluso en retrospectiva, uno podría pensar que algunos de nosotros presentábamos rasgos casi masoquistas de tanto insistir en enarbolar banderas —como los famosos créditos contingentes al ingreso o la focalización como enfoque de política pública— en los debates universitarios. Ahora, lo llamativo de todo esto es que con todas esas derrotas a cuestas, la centroderecha —y nuestra generación en particular— no ha impulsado (aún) una discusión doctrinaria profunda que se haga cargo de las definiciones de fondo que se requieren ante el estado actual de las cosas. Sin duda, a partir de los acontecimientos de la elección presidencial de 2025 —con nuestra candidata Evelyn Matthei en el quinto puesto y la llegada de José Antonio Kast a La Moneda—, esa discusión no puede esperar más. Esta necesidad está aún más presente entre quienes creemos que, a pesar de las similitudes, Matthei y Kast representaban proyectos políticos distintos.

En su libro *La nueva izquierda chilena*, Noam Titelman reconoce como una sentida crítica a su sector que el éxito del Frente Amplio en la disputa política estuvo acompañado de una “notoria ausencia de reflexión política” (Titelman, 2023: 24). La situación descrita en el diagnóstico de uno de los fundadores del Frente Amplio puede llegar a justificarse a partir del frenético éxito de una coalición que en diez años pasó de las asambleas universitarias a los salones del Palacio de La Moneda, pero es sencillamente incomprensible para la centroderecha chilena. Luego de perder estrepitosamente en 2021, sin que su candidato pasara a la segunda vuelta presidencial por pri-

mera vez desde 1999,<sup>4</sup> prácticamente barrida en el primer proceso constitucional y con una presencia menor en el segundo, la centroderecha agrupada en Chile Vamos pareciera que no se toma en serio la discusión programática ni doctrinaria, o esa falta de comprensión política que señalaba Herrera (2023). Que una coalición política de la historia y relevancia de Chile Vamos esté casi en la misma situación de mutismo interno que el Frente Amplio, es una muestra más del deterioro de nuestro escenario político.

En la constelación de instituciones vinculadas a la centroderecha y derecha que se dedican a la formación y al debate de ideas existen esfuerzos interesantes y serios. El problema aparentemente son los partidos y sus dirigencias. Al parecer, tras la elección de Piñera en 2010 los partidos tomaron la decisión de externalizar el debate programático o recurrir a constantes refritos del llamado Chicogremialismo de los noventa. Distintos académicos han contribuido recientemente al estudio de las ideas de la centroderecha chilena (Herrera, 2014; Mansuy, 2016; Alenda, 2020). En el libro *La derecha en la crisis del Bicentenario*, Hugo Herrera argumenta que el último esfuerzo elaborado de comprensión política fue el ideado por Jaime Guzmán, quien mediante la amalgama de la doctrina del gremialismo y las ideas económicas vinculadas a los economistas de la Universidad de Chicago generó un cuerpo ideológico que justificó el accionar de la derecha una vez retornada la democracia. El autor señala que luego del asesinato de Guzmán, en 1991, se establece una suerte de sacralización de su pensamiento, defendido con uñas y dientes por sus adherentes más cercanos (Herrera, 2014). Lo problemático de esto es que se termina desconociendo parte de los principales atributos del fundador de la UDI: su pragmatismo y olfato político para adaptarse a los cambios en la sociedad chilena.

Resulta profundamente llamativo, e incluso alarmante, que desde el surgimiento del llamado “Folleto Naranja”, que condensó las ideas del gremialismo inicialmente en 1966,<sup>5</sup> ninguna otra fuerza

---

4. Tanto en 1989 como en 1993 la segunda vuelta presidencial no fue necesaria ante los triunfos de Aylwin y Frei en primera vuelta por un amplio margen.

5. El Folleto se redactó en 1966. Al año siguiente se fundó formalmente el Movimiento Gremial.

de derecha o centroderecha se animara a disputar de forma seria la cosmovisión guzmaniana, dejando a esta propuesta como la postura oficial de la derecha casi por defecto. Si bien es cierto que el mismo Herrera destaca las ideas y tradiciones de otras figuras relevantes de la derecha histórica, ninguna de ellas proviene del mundo de los partidos o de dirigentes gravitantes de dichas organizaciones. Sin lugar a duda, esta es una labor en extremo difícil, pero necesaria de cara a lo que viene luego del resultado de la elección presidencial de 2025.

Antes de las marchas en contra de HidroAysén o del movimiento estudiantil de 2011, el ministro del Interior de la primera administración de Piñera, Rodrigo Hinzpeter, acuñaba el concepto *nueva derecha*,<sup>6</sup> como un esfuerzo por dejar atrás las heridas del pasado y la carga del pinochetismo. La historia es conocida: ese proyecto nunca terminó de cuajar, ninguno de sus líderes generó algún manifiesto contundente ni hizo un esfuerzo doctrinario profundo para dotar de contenido a esa cáscara que englobó los planteamientos de Hinzpeter. Dicho hito dejó en evidencia la falta de un hilo conductor de tono político capaz de aglutinar a las distintas almas en torno a un proyecto político claro en el primer gobierno de centroderecha.

En 2018, un esfuerzo similar —aunque con más desarrollo que la iniciativa de Hinzpeter— fue la llamada “derecha social”,<sup>7</sup> impulsada por el exalcalde de Puente Alto y senador de la República Manuel José Ossandón. Si bien Ossandón, junto a un grupo de diputados, esbozó el contorno de lo que constituía dicho proyecto, no logró la suficiente adhesión para darle el vuelo necesario para erigirse como un programa político claro y que superara el caudillismo de algunas figuras del momento. Ambos casos reflejan la dificultad para impulsar caminos políticos concretos desde la derecha chilena. En la actualidad, el único proyecto político que ha logrado desafiar de alguna forma la hegemonía política del Chicago-gremialismo al interior de la centroderecha es el de Solidaridad UC,<sup>8</sup> movimiento que a fines de

---

6. “La venganza de Hinzpeter y la resurrección de la nueva derecha”, *El Mostrador*, 2 de octubre de 2013, disponible en [tipg.link/05i8](http://tipg.link/05i8).

7. “La ‘derecha social’, según Ossandón”, *La Tercera*, 14 de julio de 2018, disponible en [tipg.link/05iD](http://tipg.link/05iD).

8. “Solidaridad UC”, *La Segunda*, 24 de octubre de 2024, disponible en [tipg.link/05iJ](http://tipg.link/05iJ).

2024 se impuso en las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica con un proyecto alternativo al gremialismo de Guzmán.

La centroderecha chilena no se siente cómoda con los debates ideológicos, los partidos políticos y, aunque suene paradójico, con la política. Uno de los objetivos de esta obra es contribuir a cambiar de forma radical ese reflejo inconsciente que llega a ser ridículo. Una muestra de ello es su histórica inclinación a promover candidatos presidenciales con atributos tecnocráticos, provenientes del mundo de los negocios y sin militancia partidista. Ante este escenario existen múltiples explicaciones. Para quienes no son de derecha, esto quizás se debe a la concentración del poder económico y político, que es delegado a *los señores políticos*. Otra posible justificación puede ser la incapacidad de los agentes políticos para resolver sus disputas y encontrar a la persona correcta al interior de sus partidos. Por último, la ilusión del filósofo-rey platónico quizás puede ser el motivo por el cual se recurre a ese tipo de agentes como abanderados presidenciales. Desde mi punto de vista, la razón es otra. La principal causa se encuentra en su déficit para comprender la política propiamente tal, a partir de la gran influencia de la visión gremialista en la derecha chilena.

Desde el golpe de Estado y la instalación de la Junta Militar, el soporte intelectual y político de la dictadura descansó en los postulados gremialistas, incluso antes de la adopción del recetario de Chicago. Sirvieron como una suerte de hoja de ruta para el régimen. Vuelvo al llamado “Folleto Naranja” del gremialismo, que señala:

La esencia del gremialismo consiste en afirmar el imperativo de que cada sociedad intermedia sea fiel a su fin propio y peculiar, como único camino para contribuir a una sociedad libre y creadora. Es decir, “cada uno en lo suyo”. Por consiguiente, el Gremialismo rechaza la politización de cualquier entidad vecinal, regional, o gremial, como asimismo de toda agrupación intermedia cuyo fundamento y objetivo se muevan en un campo diferente al de la política (Fundación Jaime Guzmán, 2013: 3).

¿Es posible que cada uno viva “en lo suyo”? ¿Es posible que “cada uno en lo suyo” pueda encontrar aquello que es justo desde

una perspectiva ética, como nos ilustraba Adenauer? Y, por último, ¿es posible enfrentar los desafíos de nuestro país desde dicha mirada? La esencia de lo planteado por el documento gremialista sigue gozando de gran vigencia en importantes sectores, tanto de la centroderecha como entre quienes se definen de derecha a secas. Si profundizamos nuestro análisis, incluso supera las fronteras del partido formado por Guzmán, la UDI, con importantes adherentes en el Partido Republicano de José Antonio Kast y en grupos ligados a la derecha más dura.

Los líderes de centroderecha y derecha formados bajo la doctrina de Guzmán y la lógica binominal operan en política desde la posición de la contención de la estructura construida en dictadura y reforzada en los primeros años de la transición. Indudablemente habrá elementos positivos que provengan de dicho mundo, pero resulta casi patético volver a recordar que la caída del Muro de Berlín y el desmantelamiento de la Unión Soviética pasaron hace mucho. Los desafíos de hoy y mañana están más vinculados a la amenaza del socavamiento de las democracias liberales (Levitsky y Ziblatt, 2018) o al deterioro de los principios del universalismo expuestos en el libro *La política de la identidad*, de Carlos Peña (2021), que al marxismo-leninismo de los setenta.

Con todo, resulta evidente que si tus referentes, aquellos llamados a entregar ciertas luces respecto al camino correcto, no cuentan con las herramientas adecuadas, es difícil que se produzca el proceso de conducción mismo y la transmisión de dicha identidad que te caracteriza como proyecto político. En esa línea, no resulta útil pensar los desafíos de las próximas décadas con las referencias doctrinarias de la transición. El paso del tiempo es inexorable y es deber de nuestra generación hacerse cargo de ese vacío descrito. Para ello, el camino es la discusión, el debate y la conformación de un proyecto político prístino de cara a los próximos años, y no hay tiempo que perder.

En concreto, hoy no hay un liderazgo al que seguir porque no hay un proyecto político sólido frente a los desafíos de este siglo y el contexto político actual. Sin debate ideológico-doctrinario al interior de los partidos de la centroderecha —haciéndonos cargo del

porqué estamos en política y por qué queremos gobernar— es imposible clarificar nuestra identidad y distinguirnos de una derecha más dura, que responde con posturas que suenan más fáciles de ejecutar de lo que realmente son.

### **Con el cuchillo entre los dientes**

En 1996, luego de una derrota 2-3 de su selección frente a Yugoslavia, el futbolista argentino Diego Simeone afirmaba que el siguiente partido frente a Uruguay se jugaría “con un cuchillo entre los dientes”. La frase se popularizó en el ámbito futbolístico y grafica no solo la intensidad de Simeone, sino también que en ciertos momentos hay que dejar la piel por aquello que se quiere y cree.

En esa línea, la generación de la que forman parte Boric, Vallejo y Jackson no esperó su turno para disputar el poder y asumir el desafío mayor de competir por La Moneda. El arrojo con el que actuó el Frente Amplio, llevándose puestos a los líderes de la generación anterior de centroizquierda y las cenizas de la ex Concertación, es sin duda un ejemplo de cómo se gestan decididamente los procesos de reemplazo de una élite por otra. Por el costado derecho, Kast y Kaiser no dudaron en conformar sus propios partidos ante la falta de oportunidades para conducir a la UDI el primero, y ante diferencias estratégicas con el propio Kast el segundo. Quienes participan en política probablemente escucharon centenares de veces que el poder no se entrega ni se recibe, se disputa y se toma. ¿Ha sido así en la centroderecha? ¿Existe entre los cuadros de la centroderecha la disposición para impulsar un debate doctrinario y promover un recambio de élites, aun cuando ello implique tensiones significativas al interior del sector?

Una de las convicciones a las que he llegado es que ese desajuste que sufre la centroderecha al hablar de política o de sus propios partidos políticos es una conducta que se encuentra muy arraigada en su cultura política. La única forma de superarla es rompiendo la inercia y avanzando en el reemplazo de los cuadros políticos que conducen los destinos del sector y de sus partidos. Si no nos hacemos cargo de esa carencia, es difícil que en momentos críticos o difíciles se privilegien las herramientas de interpretación política por

sobre esa suerte de reflejo innato de refugiarse en la técnica y una mirada más economicista de los problemas públicos.

Los liderazgos que se formaron bajo la lógica del bloqueo —que desde nuestra percepción se funda en los preceptos del gremialismo— no pueden salir de la táctica de paulatinas pequeñas concesiones para dilatar lo inevitable. La lógica del bloqueo llegó a su fin con la adopción del sistema electoral proporcional en 2015, que obligó a los distintos sectores a salir a buscar “nichos” electorales desde donde enarbolar sus banderas. Esa lógica es impracticable desde la vocación de mayoría que requiere un sector político para impulsar una agenda programática y de transformaciones. En suma, las lógicas de la transición continúan operando en la cabeza de parte de Chile Vamos. Es momento de romper de manera definitiva con eso, especialmente luego de la derrota en la elección presidencial de 2025. La victoria de Kast frente a la última de las exponentes de la llamada “patrulla juvenil” de la derecha, Evelyn Matthei, aparte de ser un mazazo para nuestro sector, representa, en términos simbólicos, el fin de una era.

Para esta nueva etapa que debe fundarse, el debate doctrinario al que llamo requiere entender la esencia de la acción política. Además, resulta vital hacer un esfuerzo por reivindicar la política como oficio permanente y no un pasatiempo temporal. En las dos administraciones de Piñera tuvimos la participación masiva de esos actores que denominamos “estrellas fugaces”, tanto en cargos altos como medios y de tipo estratégico a lo largo y ancho del Estado. El sentido de este libro es promover conceptos como vocación, ambición y la esencia de la actividad política, con el fin de transmitir que, a la larga, la política se asemeja más a una maratón que a una prueba de velocidad.

## **Saldar la deuda**

Como si no fuera suficiente el quinto lugar en la elección presidencial de 2025, la centroderecha chilena no entiende de buena forma la política. Para algunos, esta actividad representa una extensión de la labor gerencial o de administración propia de una empresa, lo que es un error garrafal. Esta suerte de mirada apolítica, que se erige

como una tendencia histórica —pero que creemos se profundiza con el gremialismo como proyecto político—, queda expuesta en carne viva con los dos gobiernos de Piñera, al pasar de veinte años como oposición a ser oficialismo. Es distinto criticar o bloquear lo que hace tu adversario que ofrecer una alternativa mejor de lo que se hacía hasta el momento. Volviendo a la metáfora futbolística, no es lo mismo defender un resultado relativamente favorable que salir al ataque a buscar los goles que hacen falta para ganar. Nuevamente la frase “faltó política” retumba por lo sincero de la confesión y por quien la emitió.

Si la falta de comprensión de la política, sus principios, reglas ocultas y herramientas es efectivamente un problema —que puede ser debatible e incluso negado—, debemos estudiar la política para comprenderla y evitar fracasar nuevamente en el ejercicio del gobierno. Así como la defensa de la libertad es una tarea que nunca acaba, la promoción del involucramiento en la política y los asuntos públicos exige el mismo nivel de compromiso, ya que requiere convocar, reclutar y formar cuadros políticos que comprendan aquellos valores y principios que le dan forma a la centroderecha y que nos diferencian de propuestas populistas.

Aquí buscamos acercar la ciencia política a un sector que ve con desconfianza dicha disciplina y que desaprovecha sus herramientas analíticas para la comprensión de lo público. Antes de cambiar y transformar, hay que comprender y analizar las cosas como son y no como nos gustaría que fueran. De lo contrario, nos hacemos trampa en el solitario. Junto con esto, el propósito de potenciar la formación de jóvenes y no tan jóvenes respecto a las discusiones elementales de dicha disciplina contribuye a fortalecer la comprensión de la actividad política, además de hacernos cargo, en cierto sentido, del problema de la carencia política que sufrimos en las dos experiencias recientes en el gobierno. Si en el pasado fracasaron los intentos de Hinzpeter, Ossandón y otros por articular un paraguas conceptual, hoy es necesario fomentar este tipo de esfuerzos para que, en el futuro, quienes se animen cuenten con la posibilidad de desplegar su visión ante la irrupción de las propuestas republicanas y libertarias.

Desde nuestra visión, el gremialismo no es una propuesta satisfactoria para los próximos treinta años de la centroderecha, aunque sin duda es totalmente válido que quienes sigan creyendo en dicho instrumento ideológico lo defiendan como el camino correcto. Quizás puede sonar contraintuitivo señalar esto a poco tiempo de la llegada de Kast a La Moneda, pero creo que no hay mucho más en el menú de lo que ya vimos en las dos administraciones de Sebastián Piñera. El problema reside en la incapacidad de aquellas fuerzas con una mirada distinta al gremialismo por desarrollar una alternativa ideológica sólida. El foco apunta principalmente a los liderazgos de RN y también de la otrora “patrulla juvenil”, quienes finalmente se impusieron a sus rivales gremialistas a partir de 2009 y reemplazaron la necesidad de un proyecto político por un sucedáneo como el piñerismo. ¿Es posible el piñerismo sin Sebastián Piñera? Aparentemente no, ya que nadie contó con la legitimidad para aglutinar con el mismo impulso a sus huestes luego del fallecimiento del expresidente en febrero de 2024. La muestra más patente son los resultados de la primera vuelta de 2025.

Quienes eran llamados a liderar la reflexión alternativa al gremialismo no lo hicieron, dejando por defecto a dicha doctrina instalada como el único artefacto ideológico capaz de ofrecer una mirada global de los fenómenos políticos. Desde la fundación del gremialismo en 1967, pasando el asesinato de Guzmán en 1991 e incluso la llegada al gobierno en 2009, han existido distintos momentos para que despierte cierto interés, pero no ha logrado captar el impulso necesario. Si la centroderecha no toma conciencia de esta carencia ahora —luego del quinto lugar de 2025—, su destino es la irrelevancia y la posterior desaparición.

El diagnóstico es claro: debemos avanzar en llenar ese vacío político que caracterizó los últimos años de discusión interna y saldar la deuda que existe en torno a la comprensión de la política como un oficio de largo aliento. Es nuestra misión incorporar nuevos debates y dotar de contenido a una centroderecha que tomó una actitud pasiva y de piloto automático ante el liderazgo de algunos de sus referentes. Es tiempo de abrir la discusión respecto al proyecto político que encarnaremos y que nos hace relevantes para el futuro de Chile.

Ante la falta de nitidez de nuestro proyecto, debemos avanzar en la justificación de la centroderecha y de los contornos que la definen frente a otras fuerzas, tanto a su derecha como a su izquierda. Si no lo hacemos, otros lo harán por nosotros.

Hoy estamos ante un momento fundacional. La derrota presidencial de 2025 debe significar un cambio profundo, en el que el debate doctrinario e ideológico se tome el centro de la discusión interna. Es tiempo de crear algo nuevo, pero no desde una cabeza iluminada que transmita un mensaje cuasisagrado, sino que se requiere un esfuerzo colectivo, diverso y amplio de quienes se identifican con la centroderecha y creen que su proyecto político es distinto al de los republicanos. No se trata de atacar a nadie, sino de marcar diferencias políticas dentro de un espectro cada vez más amplio y que está llamado a contribuir al bienestar de nuestro país.

La centroderecha no solo ha sido un sector político con una participación estable y competitiva desde el retorno a la democracia hasta la fecha; también ha sido exitosa en llegar a la Presidencia de la República en dos oportunidades. Este éxito ha tenido costos importantes: sonadas derrotas en las elecciones municipales y parlamentarias al momento de ser oficialismo con Piñera.

Una forma de interpretar esto —es una de las tesis centrales de este libro— es que para gobernar se requieren mayores grados de experiencia política de los que la centroderecha hoy tiene. Esta carencia se explica producto de su pereza y del vacío ideológico-doctrinario que la ha caracterizado desde 1967 en adelante. ¿Cómo se va a persuadir a la ciudadanía sobre cuál es el camino adecuado si no hay claridad sobre el proyecto político que se defiende? En simple, para elaborar ese proyecto político que le permita a la centroderecha diferenciarse de los partidos Republicano y Nacional Libertario, primero debe ser capaz de reflexionar en torno a lo que entiende por política, los alcances de un proyecto colectivo o comprender directamente para qué diablos alguien de dicho sector ingresa a la actividad política. ¿Cuál es la identidad que marcará a la centroderecha cuando republicanos, socialcristianos y libertarios quieran hegemonizar al sector?

Mi generación está llamada a no repetir los errores del pasado y a darse el trabajo de reflexionar en torno a temáticas complejas como la identidad, el proyecto político y la visión de sociedad, que nos lleva tanto a ingresar en la política como a concebirla como una vocación transformadora que busca mejorar nuestra vida en sociedad. Para lograrlo, debemos comprender qué es la política, cómo se entiende y la finalidad de dicha actividad tan desprestigiada. De alguna forma, esto significa romper con la tradición doctrinaria que corría con ventaja y darnos el espacio para discutir, tensionar e incluso discrepar sobre el mejor camino para el futuro de la centroderecha chilena. En términos concretos, se requiere una fundación de un nuevo orden, un “momento cero” (Mansuy, 2020).

Lo planteado en este capítulo está lejos de ser sencillo. Para graficarlo de alguna forma, estamos ante un desafío mayúsculo y que tiene una importancia estratégica. En esa línea, parafraseando el discurso del presidente Kennedy de 1962 en la Universidad Rice en Houston, decidimos afrontar la falta de política en la centroderecha no porque sea fácil, sino porque es difícil. Detrás de esta decisión se encuentra la convicción de que este esfuerzo no puede seguir esperando y para ello debemos convocar a todos quienes crean que es necesario. Con todo, para cambiar el escenario a la baja, la centroderecha debe experimentar un recambio profundo, tanto de ideas y comprensión de la política como de liderazgos. Esto no se hace pidiendo permiso, sino compitiendo y disputando la conducción del sector. Lo relevante es que ese recambio se haga con agentes que no sientan aversión por la actividad política, que no vean dicha actividad como algo temporal y que tengan un sentido claro de por qué están en política.

## Capítulo 2

# ¿Qué es la política?

Para superar la *falta de política* mencionada en el primer capítulo y emprender un debate doctrinario de altura de cara a los próximos treinta años, necesitamos comprender el oficio de la política y sus múltiples dimensiones. Ante el adverso escenario descrito tras la elección presidencial de 2025, no hay atajos que permitan superar el vacío existente. Sin un proyecto político claro, no hay futuro para la centroderecha. Así de sencillo.

Al intentar responder la pregunta sobre qué es lo que entendemos por política, vemos que existe más de una posible respuesta. Según su procedencia, esta puede variar. Ya sea que la respuesta venga desde la ciencia política, la filosofía política, desde el ejercicio práctico de dicho oficio o una mezcla de todas las anteriores, encontraremos interesantes matices. Como en los deportes —y especialmente en el fútbol—, cada director técnico tiene su propio manual o su propia “verdad” de cómo encarar el juego, a partir de sus visiones, experiencias, su ámbito profesional o de acción, etcétera. Pasa lo mismo con la política. Cada persona que intente responder a nuestra pregunta recurrirá a su “libro de cabecera” o incluso a su propio testimonio para intentar caracterizar esta actividad tan compleja. La riqueza está en los énfasis y matices.

Antes de adentrarnos en definiciones, resulta fundamental hacer una distinción que nos permita interiorizarnos de mejor forma en la complejidad de nuestro objeto de estudio. Para lectores menos interiorizados en estas materias, muchas veces la ciencia política y la política propiamente tal pueden confundirse. Colomer (2017) dis-

tingue entre la labor de un politólogo —aquel profesional dedicado a la ciencia política— y un político —el profesional de la política—. El primero dice cómo ve las cosas y el segundo principalmente cómo le gustaría que fueran las cosas. Siguiendo al autor, el politólogo recurre a proposiciones científicas sobre los fenómenos que estudia y recurre a la evidencia para validar o refutar sus afirmaciones. A modo de resumen, la ciencia política es una disciplina científica cuyo objeto esencial es la creación de conocimiento, definido como inferencias o generalizaciones sobre la política, que surgen a partir de la evidencia (Almond, 2001). Su estudio busca generar y sistematizar conocimiento sobre las acciones asociadas al poder en las organizaciones sociales y sus objetivos son de tipo empírico antes que normativos (Malamud, 2020). Con todo, la ciencia política tiene mucho que decir sobre el fortalecimiento institucional de nuestros países, contribuyendo así al funcionamiento de los gobiernos, la democracia e incluso en la formación de estudiantes (Jofré y Godoy, 2025).

Otra disciplina que nos podría ayudar a interiorizarnos en los elementos centrales de los fenómenos políticos es la filosofía política. Siguiendo a Strauss (1970), la filosofía política es un esfuerzo consciente, coherente y continuo por sustituir las opiniones acerca de los principios políticos por conocimientos ciertos. Para Bunge (2013), la filosofía política es prescriptiva, lo que conlleva una arista moral que la ciencia política no tiene. Según dicho autor, la filosofía política planea entre la teoría política y el fantaseo utópico. Así, mientras “los politólogos describen y explican la política, los filósofos la examinan de manera crítica y sugieren mejoramientos [...]”. Los filósofos políticos proponen escenarios y sueños allí donde los científicos sociales ofrecen [fotografías] instantáneas de las organizaciones políticas existentes” (Bunge, 2013: 9). De alguna forma, la idea de una filosofía política apolítica constituye un oxímoron, tal como plantea Bunge. Strauss (1970) argumenta que la filosofía política busca adquirir conocimientos ciertos sobre la esencia de lo político, y especialmente sobre el buen orden político o el orden político justo. Para este autor, la ciencia política “científica” sería incompatible con la filosofía política. Es a partir de este punto que resulta crucial adentrarnos en los engranajes de la política.

Volviendo a la pregunta inicial del capítulo, el politólogo italiano Giovanni Sartori (2012) plantea una serie de puntos que permiten comprender la política de forma integral, tanto en su constitución como en sus límites. En primer término, Sartori vuelve a Aristóteles para desenmarañar la concepción del hombre propuesta por los griegos, en la que básicamente no existe diferenciación entre el vivir “político” y la vida en sociedad. Sartori lo resume de la siguiente forma: un hombre “no político” era un ser simplemente inferior, un idiota. Con todo, siguiendo el argumento anterior, lo “social” y lo “político” van de la mano y son elementos propios del desarrollo de la vida de los hombres al interior de la *polis*.

En los albores de la filosofía política, Aristóteles en *La política* esgrime los principales argumentos que fundan la acción política: en términos de la suficiencia del hombre, “es la comunidad completa la que ofrece la posibilidad de que sus miembros realicen todos sus fines; en ese estadio comunitario el hombre puede alcanzar el buen vivir o felicidad (*eudaimonía*)” (Godoy, 1993a: 8). Esta connotación aristotélica del ser humano como un animal social, que se desarrolla de forma plena al interior de la comunidad, encuentra posteriormente su etapa superior en su rol y actuar político, encarnando su condición de animal político (*zoon politikón*). Tal como señala Godoy (1993a), el ser humano además de social y comunitario, debe ejercer su pertenencia y participación en los asuntos de la *polis*.

Dicho esto, se debe terminar con la idea de que los asuntos de la *polis* son solo de aquellos que ostentan un cargo público. El involucramiento de la ciudadanía en los asuntos públicos debiese ser una preocupación urgente de todos quienes nos interesamos en ellos, ya que resulta un elemento constitutivo de la vida en sociedad. Como primer esbozo, la política aborda los asuntos de los seres humanos al interior de una comunidad. Para Colomer (2017), el objetivo de la política es la provisión de bienes públicos, entendido también como el bien común que justifica la vida en comunidad. Ahondando en la idea del autor, estos bienes públicos no se pueden conseguir de forma autónoma o individual, y requieren una acción coordinada mediante la concurrencia voluntaria o mediante mecanismos coercitivos.

Independientemente de las distintas fuentes que le dan forma al estudio de la política, esta versa, a la larga, sobre la mejor manera de gobierno posible. Tal como hemos mencionado, ya desde la Grecia antigua la búsqueda de la mejor forma de organizar a nuestras sociedades estaba presente en el quehacer de los primeros pensadores. El estudio comparado de ciento cincuenta y ocho constituciones elaborado por Aristóteles se convierte en el emblema de dichos trabajos que perseguían la mejor estructura de gobierno posible (Lauth y Wagner, 2010).

Otro aspecto relevante que destaca Sartori (2012) es la diferencia entre moral y religión respecto a la política. Para el autor, el trabajo de Nicolás Maquiavelo establece un quiebre respecto a este punto, brindándole autonomía y enfatizando que “la política es política” y que presenta sus propias leyes que los agentes políticos pueden y deben aplicar. Si bien se releva la importancia de la moral y la religión para la acción política, estos elementos cumplen un rol de instrumentos de orientación más que una guía para el actuar. Siguiendo con Maquiavelo —sindicado como uno de los fundadores de la ciencia política moderna—, la gran contribución que realiza tiene que ver con “correr el telón” del escenario político, mostrando los procesos que tenían lugar tras bambalinas tal cual se desarrollaban, a veces cargados de brutalidad e incluso violencia. Para Godoy (1994), el diplomático florentino contaba con una fuerte inclinación al realismo político, alejándose —al menos en su obra magna, *El príncipe*— de especulaciones sobre el régimen político ideal. De ahí la importancia de los conceptos de fortuna y virtud que enarbola en su libro más conocido. En esa línea, Maquiavelo reconoce lo controversial de su visión del arte de gobernar, pero, siguiendo sus palabras, quiere escribir algo útil para quien esté interesado y no repetir las fantasías de otros:

Muchos escritores han imaginado repúblicas y reinos que no se parecen en nada a la experiencia y que nunca existieron en la realidad; existe tal brecha entre cómo vive la gente en realidad y cómo debería vivir, que quien se niegue a comportarse como la gente, para comportarse como debería, se está preparando para la catástrofe y más vale que olvide la seguridad personal: si siempre quieres ser el bueno en un mundo donde la mayoría de

la gente no es buena, acabarás mal. Por lo tanto, si un gobernante quiere sobrevivir, tendrá que aprender a dejar de ser bueno, al menos cuando la ocasión lo exija (Maquiavelo, 2009: 60).

Una de las lecciones que deja Maquiavelo —y que lo mantiene vigente— tiene que ver con la capacidad de adaptación y de lectura de las circunstancias que debe tener el príncipe a la hora de preservar el poder. Skinner (2020) señala que el príncipe prudente no se lamenta de las críticas por los vicios que le permiten mantener su posición, estas debiesen ser vistas como la inevitable carga a soportar en el ejercicio de la mantención del Estado, entendida como su obligación fundamental.

Otra fuente útil para describir la política es el trabajo de Max Weber, quien señala que esta puede ser entendida como la aspiración de participar en el ejercicio del poder o influir en su distribución al interior del Estado, o entre distintos Estados y entre los grupos humanos que comprendan. Por otro lado, el autor señala que quien hace política aspira al poder y busca el poder, entendido como un medio para otros fines, ya sean egoístas o idealistas, o como fin en sí mismo, para disfrutar de sus beneficios. Además, para Weber es necesario que exista algún tipo de subordinación de los gobernados ante quien detenta el poder, la que se puede justificar por alguna de estas tres razones: por motivo de autoridad, por don personal o carismático y, finalmente, por cuestión de legalidad. El trabajo de Weber resulta de gran utilidad, ya que su concepción de la política da paso a la teoría de élites que se abordará más adelante.

Al describir el ejercicio práctico de la política, Malamud (2020) sostiene que se trata de la lucha por establecer unos valores sobre otros; estos valores pueden ser de carácter simbólico o material. Los primeros versarían sobre aquello que está bien y aquello que está mal, mientras que los valores materiales definen quién se lleva qué. Por último, lo medular no es la respuesta a dichas preguntas, sino el mecanismo por el cual decidimos: tirar una moneda (aleatoriamente), arreglarlo entre las partes o recurrir a un tercero (árbitro).

En la actualidad, recurrimos a los procesos democráticos para resolver dichas discrepancias: elecciones locales, legislativas, presi-

denciales, etcétera. En consecuencia, el proceso de consolidación de la democracia no es una “carrera ganada”, sino que constantemente existen escollos que ponen en tela de juicio a este sistema que, en su variante liberal, se ha consolidado en un importante número de países en nuestro tiempo, pero en los últimos años ha sido crecientemente cuestionado. Ahora, resulta relevante destacar que los procesos electorales buscan seleccionar a nuestros representantes con el propósito de definir tomadores de decisiones públicas, quienes serán en parte responsables de los destinos de la comunidad por un periodo determinado.

En esa línea, Michael Sodaro define la política de este modo:

La política es el proceso por el que las comunidades persiguen objetivos colectivos y abordan sus conflictos en el marco de una estructura de reglas, procedimientos e instituciones, con el objetivo de alcanzar soluciones y adoptar decisiones aplicables por la autoridad estatal (en sus diferentes niveles político-administrativos) al conjunto de la sociedad (Sodaro, 2006: 1).

Siguiendo el planteamiento de autor, queda claro el sentido colectivo de la política, delimitada por reglas y estructuras formales que persiguen la aplicación de soluciones a problemas públicos que afectan a las comunidades.

Otra mirada respecto a qué es la política es la de Luis Oro Tapia (2003), quien señala que esta se compone de conflicto, cooperación, poder y legitimidad. Según la mirada del autor, el conflicto es inherente a la política y surge en instancias en que las reglas no son lo suficientemente claras, dejando margen para la interpretación y los antagonismos. El mismo autor señala, a partir de la metáfora del estado de naturaleza de Hobbes, que la cooperación surge a partir del deseo de supervivencia, induciendo a los hombres a abandonar el estado de naturaleza y darle forma a una sociedad con un poder común.

Respecto al poder, Oro Tapia plantea que existen dos formas de analizarlo: desde una mirada positiva y otra negativa. La primera puede ser comprendida como la ausencia de coerción y se manifestaría mediante la argumentación, buscando persuadir y seducir. Para el autor, la visión negativa del poder encuentra sus impulsores

en Maquiavelo y Hobbes; este último permitiría juzgar a los seres humanos desde una perspectiva vertical y coercitiva. Con todo, Oro Tapia recurre a la definición de poder de Weber (1993: 43) como síntesis por su flexibilidad y aplicabilidad: “La probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aún en contra de toda resistencia y cualquiera sea el fundamento de su probabilidad”. Por último, el autor plantea el concepto de legitimidad como un elemento clave a partir de la concordancia entre quién debe mandar y quién realmente ejerce el poder político, además de cómo debe gobernar. Finalmente, propone una definición propia que se hace cargo de los elementos mencionados:

La política es una actividad parcialmente autónoma que tiene por finalidad regir la sociedad, mediante el poder soberano, y los interesados en llevar a cabo tal propósito intentan, de manera legítima o ilegítima, conquistar o incidir sobre dicho poder, recurriendo para ello a estrategias de conflicto y cooperación (Oro Tapia, 2003: 161).

A modo de cierre de este primer apartado, es importante recalcar una potencial tensión entre la política como actividad y su estudio a través de las herramientas metodológicas propuestas por la ciencia política. A veces los objetivos de ambas actividades se confunden; mientras la acción política busca generar cambios en la realidad, la ciencia política busca estudiar los fenómenos políticos y comprenderlos tal cual son mediante el método científico. Este potencial conflicto generado en la convivencia entre política y academia no es algo novedoso; ya en su tiempo el mismo Weber nos advertía de esto: “De la universidad no cabe esperar una profecía, una concepción del mundo, una doctrina sobre el sentido de la vida; de las cátedras no puede surgir una profecía que pueda fundar un nuevo tipo de comunidad humana auténtica, porque solo se crearían sectas fanáticas” (Weber, 2021: 45). Siguiendo el argumento de Malamud (2020), el objetivo de la ciencia política es entender, mientras que la búsqueda del cambio o la transformación es misión del militante.

En síntesis, la disciplina de la ciencia política nos entrega una serie de herramientas analíticas para orientar la comprensión de nuestro objeto de estudio —la política—, pero resulta medular para

los propósitos de este libro esclarecer que se trata de aproximaciones diferentes y que, en cierta medida, pueden colisionar. Volviendo a las metáforas deportivas, el politólogo se parece más a un comentarista deportivo que relata un partido, mientras que el político es finalmente aquel jugador que se encuentra disputándolo. Si bien es probable que ambos tipos de actores compartan en su mayoría una pasión por la política, ambos la viven desde lugares distintos. Existen múltiples casos en que la vocación por la política y la ciencia confluyen, tal como lo retrata Pasquino (2024), prominente politólogo y exsenador italiano, quien advierte de la importancia de no confundir los límites entre ambos campos y evitar transformarse en demagogo o profeta. Como testimonio de su paso por ambos escenarios, Pasquino promueve la figura del politólogo como actor reformador ante el desafío constante de las reformas institucionales.

Con todo, aunque los elementos que hemos analizado resultan de gran utilidad, aún son insuficientes para clarificar los distintos componentes de aquello que entendemos por política. En las siguientes páginas nos enfocaremos en los conceptos de *Beruf*, descrito por Max Weber, y el de ambición, los que son, desde mi punto de vista, los principales combustibles que alimentan la acción política. Por último, revisaremos parte de la propuesta teórica de Hannah Arendt, quien busca identificar la esencia de la política.

### **Der Beruf: ¿Oficio o llamado?**

Al ahondar en la forma en que los agentes se involucran en el ejercicio de la política, el trabajo de Weber resulta fundamental para comprender de buena forma dicha labor. En *El político y el científico*, Weber recurre al concepto alemán de *Beruf* para dar forma a sus ideas en torno a la labor del científico —en su conferencia de Múnchen de 1917 titulada *Wissenschaft als Beruf*— y al oficio del político —en otra conferencia realizada en 1919, titulada *Politik als Beruf*, en la misma ciudad de Baviera, ante la Federación de Estudiantes Libres.

A partir de la edición de Joaquín Abellán, se puede constatar que la traducción de dicho concepto es compleja: “El contenido conceptual de *Beruf* —su doble contenido conceptual— no se deja transportar a una sola palabra en español (profesión o vocación)” (Weber,

2021: 26). Tal como establece el autor, el doble contenido del concepto busca referirse, por un lado, a una actividad laboral o profesional y, por otro, a un “llamamiento interior divino” (o *Berufung*) para realizar una tarea o “misión”. En ese contexto, Weber describe no solo su mirada respecto al significado del término *Beruf*, sino que también describe las características y atributos de aquellos que se dedican a ambas labores: el trabajo científico y el oficio de político.

Respecto al primero, Weber señala que quien se dedica a la ciencia debe tener pasión por el trabajo científico, ya que, de lo contrario, no estaría “llamado” para la ciencia. En un segundo momento, se destaca también la inspiración como elemento clave del trabajo científico, pero esta surgirá a partir del trabajo duro. Por otra parte, Weber da cuenta de la distinción entre las constataciones científicas y las posiciones valorativas o juicios de valor: “Un profesor no es un profeta ni un líder político, y para expresar sus propias convicciones o ideales dispone de otros espacios, como la prensa o las asambleas políticas, pero no el aula universitaria” (Weber, 2021: 43). Este punto resulta central debido a que “la ciencia es una actividad profesional especializada para el conocimiento de la realidad, y no un don de visionarios o de profetas para distribuir la salvación” (2021: 44).

Al profundizar en la mirada de Weber de la ciencia, vemos que el autor señala: “Uno no tiene *Beruf* (no está llamado) para la ciencia sin esta extraña locura, ridícula para el que está fuera, sin esta pasión por tener éxito con esa ‘conjetura’ [...]; y que haga otra cosa, pues lo que no pueda hacer con pasión no tiene ningún valor para el hombre en cuanto tal” (2021: 94). Si bien el concepto de llamado puede ser interpretado a partir de elementos personales de los individuos, este también incorpora un componente externo a la decisión de cada agente. Se encontraría, en cierto sentido, a media distancia entre un fin personal y un fin algo más altruista. Esta distinción queda mucho más clara al pasar al siguiente enfoque sobre la ambición política propiamente tal.

Otro de los grandes aportes de Weber es la descripción que realiza respecto a las formas en que los agentes se involucran en la política misma. En esa línea, señala que existen distintas formas de involucramiento: como un político ocasional, a tiempo parcial, o como un

político profesional. Respecto a este último tipo, el político profesional puede caracterizarse a partir de la forma en que se vive esta profesión: viviendo *para* la política o *de* la política, sin que ambas sean excluyentes. Al caracterizar el oficio del político, Weber destaca tres cualidades que les son propias a este tipo de agentes: la pasión, el sentido de responsabilidad y el distanciamiento de las cosas.

Por último, Weber realiza una serie de advertencias a quienes busquen cumplir con el llamado de la política. En su alocución llamada *Politik als Beruf* establece que toda acción que se guíe éticamente se basa en dos máximas: la ética de la responsabilidad y la ética de las convicciones. Mientras la primera tiene en consideración los efectos de las acciones, la segunda busca evitar “que se apague la llama de la convicción” (2021: 234). Aunque el mismo Weber reconoce que no se trata de elementos antagónicos sino complementarios, ya que la presencia de ambas permite identificar de forma genuina a quien tiene *Beruf* (llamado) para la política. Para el autor, la política encuentra en el poder y la fuerza parte de sus medios: “Quien se mete en política, [...] firma un pacto con los poderes diabólicos y que no es verdad para sus acciones que del bien solo salga el bien y del mal solo el mal, sino que con frecuencia ocurre todo lo contrario. Quien no vea esto es, en realidad, un niño desde el punto de vista político” (Weber, 2021).

En ese sentido, la política es un oficio complejo que exige sacrificios de parte de quienes se involucran en ella. Mientras Maquiavelo nos alerta de aquellos sucesos que debe acometer el príncipe para alcanzar y mantener el poder, Weber contribuye a delimitar la trayectoria del actor político separando a quienes ven en dicho oficio algo circunstancial de los que lo consideran algo permanente. Con todo, resulta medular ahondar en otro concepto: la ambición política, que cumple una función tan relevante como el combustible para el motor de un auto a la hora de perfilar una carrera en el complejo ámbito de la política.

## La ambición política

En el libro *Liderazgo*, el exsecretario de Estado estadounidense Henry Kissinger retrató la llegada al poder en Francia del general Charles De Gaulle. Con 49 años, un casi desconocido general de brigada del ejército francés es nombrado subsecretario de Defensa y a los cinco días de su nombramiento decide exiliarse en Londres y darle forma al movimiento de la Francia Libre. Sin recursos económicos ni militares, pero armado de la convicción indestructible de la necesidad de recuperar la grandeza de Francia, De Gaulle se enfrenta a la Francia de Vichy, al legendario mariscal Pétain e incluso al presidente Roosevelt con el objetivo de conformar la ofensiva frente a los nazis. Si bien Kissinger destaca la capacidad analítica, estratégica e incluso la fortuna de De Gaulle, su transformación en la figura central de la salvación de Francia y de la política francesa habría sido imposible sin una dosis de ambición por encarnar dicho papel crucial en la Segunda Guerra Mundial y en la formación de la Quinta República francesa.

La ambición es uno de los elementos centrales que distingue a quienes permanecen de forma estable de quienes transitan momentáneamente por la política. Una aproximación teórica central es el trabajo de Anthony Downs en su libro clásico *An Economic Theory of Democracy* (1957). Para el autor, los políticos buscan maximizar su utilidad a la hora de tomar decisiones, por lo que los agentes perseguirían la renta, el prestigio y el poder que se encuentran asociados a determinadas posiciones políticas o a cargos de elección popular. Según Black (1972), la ambición política es el núcleo de gran parte de la tradición política en los Estados Unidos, y advierte que, a medida que el político asciende y alcanza posiciones de mayor poder o relevancia, sus acciones y motivos son objeto de escrutinio público. El autor enfatiza que gran parte de los políticos busca promover la ficción de que sus motivos no están manchados por la ambición personal, que su único fin es servir y perseguir el bien público de la sociedad, aunque en último término casi todos los políticos estadounidenses son percibidos como sospechosos por el público en general. Por último, señala que, a pesar del interés en el concepto de ambi-

ción, no ha contado con un gran desarrollo académico. Black (1972) afirma que la gran excepción a esta falta de interés es el trabajo de Joseph Schlesinger sobre reclutamiento político, donde se afirma:

El supuesto central de la teoría de la ambición es que el comportamiento de los políticos es una respuesta a los objetivos de su cargo. O, visto de otra forma, los políticos como buscadores de cargos (*office-seekers*) se comprometen en acciones y toma de decisiones orientadas a la obtención de cargos [...]. Para la teoría de la ambición hay poca diferencia entre que los hombres adopten las ambiciones adecuadas para el cargo o alcancen el cargo debido a sus ambiciones (Schlesinger, 1966: 6).

En concreto, siguiendo a Schlesinger, los políticos buscan cargos y, una vez en ellos, asegurar su reelección. Otro aspecto relevante que plantea el autor es que los políticos presentarían distintos tipos de ambición asociados a distintos tipos de carreras políticas: la ambición progresiva se observaría cuando los agentes persiguen cargos de mayor prestigio; la ambición estática solo busca permanecer en los cargos; y, por último, la ambición discreta se presenta al momento de retirarse y abandonar algún cargo. En consecuencia, el autor menciona que el accionar de los agentes y su comportamiento está condicionado por las “oportunidades políticas” que denotan la probabilidad de alcanzar un cargo en la percepción de cada agente, a partir de diversos factores como el entramado institucional y el sistema político. Para Mayhew (2004), los políticos buscan llegar a determinado cargo y asegurar su reelección. Con todo, Alcántara (2020) señala que la ambición tiene generalmente un carácter incremental: alcanzada ya la meta se busca una nueva, incluso aunque signifique mantenerse por más tiempo en el sitio. Según el autor, la persona ambiciosa siempre parece estar insatisfecha. Por otro lado, nos advierte que la ambición tiene una cara oculta: la vanidad, atributo descrito por Weber como enemigo de toda entrega a una causa y de toda medida.

Fox y Lawless (2005) se enfocan en el concepto de *ambición política naciente*, caracterizado como aquel impulso inicial de los agentes para postularse a un cargo público. Según ellos ese primer paso requiere un coraje especial, ya que conduce a los candidatos a la

examinación, escrutinio y a veces rechazo por parte de los ciudadanos. Fox y Lawless remarcan que el estudio de la decisión inicial de presentarse a cargos públicos tiene que ver con la calidad de la gobernanza democrática, su legitimidad y la representatividad misma de la democracia: “Un criterio central para evaluar la salud de la democracia en Estados Unidos es el grado en que los ciudadanos están dispuestos a involucrarse en el sistema político y presentarse para cargos públicos” (Fox y Lawless, 2005: 643).

Los resultados de su estudio señalan que la sensación de éxito como candidato y una educación politizada motivan a los candidatos potenciales para postularse a un cargo. Por otro lado, ser parte de un grupo históricamente excluido de la política reduce la probabilidad de considerar una candidatura.

En términos generales, el enfoque de la ambición política analizado sugiere una visión de los agentes políticos como actores racionales y entiende el concepto de ambición como una respuesta estratégica a lo que Schlesinger (1966) denominó “oportunidades políticas”. Si bien resulta útil para comprender parte de aquellos elementos que gatillan una trayectoria, existen otros elementos que nutren las posibilidades que justifican que los actores ingresen al campo político en sus diversas variantes.

## La esencia de la política

A fines de la década de 1950, Hannah Arendt se involucró en un proyecto de libro que se llamaría *Introducción a la política*. Finalmente, el libro nunca se concretó, pero parte del manuscrito de Arendt pudo ser recuperado y le da forma a un texto bajo el título de *¿Qué es la política?* (Arendt, 2024). En él, la autora señala que las estructuras de la vida humana estarían “incrustadas de experiencia”, lo que nos permitiría acceder de forma directa al mundo, resaltando el valor de lo vivido. Una muestra de ello es lo que se destaca en las primeras páginas de la obra: “El pensamiento mismo nace de los acontecimientos de la experiencia viva y debe mantenerse vinculado a ellos como los únicos indicadores para poder orientarse” (Arendt, 2024: 12).

Arendt inicia su reflexión con una serie de planteamientos: el primero es que “la política se basa en el hecho de la pluralidad de

los hombres” (2024: 43). El segundo establece que “la política trata del estar juntos y los unos con los otros de los diversos. Los hombres se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto, o a partir de un caos absoluto de diferencias” (2024: 44). Para Oro Tapia (2003), la autora busca redefinir el concepto de la política, pero al no concluir la obra, no lo concreta. También plantea que para Arendt la política se trataba de actuar concertadamente en ese ambiente de diversidad y pluralismo.

Desde la perspectiva de Arendt, la filosofía presenta dos motivos que dificultan la identificación del origen de la política: el primero es que, al volver al concepto del *zoon politikon*, Arendt plantea que el hombre es apolítico, ya que la política surge “entre-los-hombres”, por lo que afirma que la política se encontraría fuera del hombre. Ante este punto, remata de la siguiente forma: “De ahí que no haya ninguna sustancia propiamente política”, caracterizándola como una relación (2024: 45). El otro motivo esgrimido por Arendt es la visión monoteísta: el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios, en soledad, hecho que para la autora fundamentaría la propuesta hobbesiana del estado de naturaleza, donde se estaría en guerra de todos en contra de todos (Hobbes, 1994).

Al intentar precisar cuál es el sentido de la política, Arendt afirma que esta actividad encuentra su sentido en la libertad, y destaca tanto la simplicidad como la contundencia de la respuesta. A pesar de esto, duda de la obviedad de su respuesta, ya que el contexto en el cual escribe está marcado por sucesos extremadamente complejos y contrarios a ese afán por la libertad: por un lado, el surgimiento del totalitarismo alemán y, por otro, la utilización de la bomba atómica durante la guerra. Esas experiencias no solo marcan la mirada de Arendt, sino que la del mundo en su conjunto, dada la crudeza y brutalidad de ambos hitos, que remarcan la desgracia que conllevaban con el potencial riesgo de aniquilación que traería aparejada la política.

Entre las lecciones que nos entrega Arendt está el hecho de que al reflexionar sobre lo que entendemos por política, así como acerca de la búsqueda de su sentido, las respuestas a estas preguntas deben estar asociadas a las experiencias políticas fundamentales de quien

responde, ya que, de lo contrario, “es como si no hubiera vivido en este mundo” (2023: 63). Según Oro Tapia (2003), para Arendt la forma de ver la política a partir de la cooperación la distingue del foco puesto en el poder que otros autores utilizan. Para la autora, el empleo de la violencia —aunque sea en última instancia— es opuesto a la política, la que se concibe a partir del diálogo y la palabra. Con todo, para Arendt la actividad política versaría sobre la resolución de conflictos y diferencias a partir de la conciliación en base a la conversación y los consensos.

Si bien resulta complejo comprender de forma global lo que significa la política, en las páginas anteriores hemos intentado recabar distintas fuentes y enfoques que nos permiten delimitar de buena forma nuestro objeto de estudio. Ya sea a través de la ciencia política o a partir de la evolución de la praxis política, existen miradas que presentan énfasis distintos de aquello que se erige como medular para comprender el oficio. Dicho de otra forma, cada autor tiene su énfasis, lo que podría explicarse de mejor forma con una metáfora.

Al igual que en el fútbol, en la política y la ciencia política cada autor tiene su “visión de juego”, que le permite diferenciarse del resto. Ante esta variedad de ofertas, hemos querido concurrir con una definición propia de aquello que entendemos por política:

La política es un oficio asumido por seres humanos, con sus luces y sombras, en el que la búsqueda del poder se justifica por la expectativa de orientar la vida en sociedad desde determinados valores y cuyos actores tienen la pretensión de contribuir a una determinada idea de bien común.

Nuestra definición de política busca darle un cierre a este capítulo. Tras repasar distintos enfoques con diversos énfasis sobre lo que entendemos por política, resulta necesario extraer algunas conclusiones. En un primer momento, al aproximarnos al concepto de política, el foco estuvo puesto en ciertas características personales de los participantes, siguiendo las contribuciones de autores como Aristóteles, Maquiavelo o Weber. Posteriormente, el análisis se desplazó hacia visiones que sitúan la política en un entramado de estructuras, reglas, procedimientos e instituciones que, como recuerda Sodaro, terminan por condicionar y afectar el accionar del

príncipe. El anhelo de encontrar la mejor forma posible de organizar nuestras sociedades no puede quedarse solamente en una perspectiva teórica, ya que la política se desarrolla en una forma concreta, a partir de instituciones, partidos políticos y élites que interpretan dicho oficio. A continuación, en el tercer capítulo nos abocaremos a analizar la política en sus distintas partes, entendidas como estructuras que permiten su materialización en la realidad a partir de conceptos como instituciones, proyectos y élites. Con esto nos acercamos un paso más al objetivo trazado de comprender la política.

### Capítulo 3

## ¿Cómo entender la política?

Tal como vimos en el capítulo anterior, definiciones de política existen muchas. Si bien las distintas formas de ver la política resultan fundamentales para entender sus dinámicas, su funcionamiento y sus fines, la mayoría tienen en común que abordan la forma en que se organiza la vida en sociedad y su relación con el poder. En ese sentido, la ciencia política nos da ciertas luces para simplificar su comprensión al ayudarnos a diseccionar componentes ante tantas interpretaciones posibles. Al describir las características de su objeto de estudio, la ciencia política se orientaría al estudio de instituciones, actores, procesos y los resultados generados, además de la interacción entre cada uno de esos engranajes (Peters, 2019). Este tipo de análisis es coherente con el contenido de nuestra definición de política (capítulo 2), en la que están presentes varios de esos elementos, aunque se destaca el énfasis expresado en la importancia de los actores o participantes y la disputa por el poder como un instrumento para un fin último, que tiene que ver con la idea de bien común basada en valores. Ahora, tal como se ha señalado de forma recurrente, existen múltiples miradas, por lo que la comprensión de la política no se agota ahí.

### La política como arquitectura

En su trabajo *Political science as architecture*, Lindvall (2022) vuelve a la analogía de comparar a la ciencia política con la disciplina de la arquitectura, tal como hiciera Aristóteles. Para el autor, el propó-

sito de la ciencia política es generar estructuras institucionales que permitan a los hombres y mujeres vivir juntos en sociedad. El autor destaca que la arquitectura es arte y ciencia que permite la construcción de casas, edificios y estructuras físicas para los seres humanos. Al compararla con la ciencia política, ambas disciplinas tienen en común la preocupación por la organización del espacio social o el modo en que “las estructuras le dan forma a la manera en que los humanos viven juntos”.

Lindvall repasa algunas fuentes importantes: primero recurre a *La política* de Aristóteles, luego a la figura del *Leviatán* de Hobbes y a *La ciudad de Dios* de San Agustín para vincular la acción política con el diseño de las formas de gobierno virtuosas y la manera en que se articulaban las ciudades en dichas épocas, dando pie al origen de las instituciones. Con todo, el autor destaca que tanto la arquitectura como la ciencia política deben incluir elementos normativos —respecto al deber ser de las cosas—, pero también conocimientos empíricos. Para lograr sus fines, la arquitectura, la ciencia política y la política misma requieren de herramientas que incorporen la dimensión teórica con la experiencia práctica.

MacIntyre (2018) utiliza la misma metáfora de la arquitectura política para capturar la complejidad de las instituciones políticas de un país. El autor busca identificar los efectos de los distintos tipos de arquitectura política, ante mayores o menores grados de concentración o fragmentación del poder dentro del proceso de toma de decisiones gubernamental. El argumento de MacIntyre es que países con una arquitectura política que genera mayor concentración en la toma de decisiones son susceptibles de un patrón de administración de políticas más volátil y cambiante. Por otro lado, países con una arquitectura institucional fragmentada cuentan con patrones más rígidos e inflexibles de gestión de políticas. Con todo, el foco señalado por el autor destaca la importancia de las instituciones en el funcionamiento de lo público y releva su centralidad en nuestro esfuerzo por comprender sus formas y desafíos.

## La política como sistema

Muchas veces en la discusión pública se utiliza el concepto de *sistema* para referirse al sistema político o al sistema de partidos. Ahora, este también puede aplicarse para describir una concepción de la política más general. ¿De dónde proviene esta interpretación? Siguiendo a Bouza-Brey (1996), un sistema abarcaría un conjunto cohesionado e interdependiente de elementos que interactúan entre ellos y con el ambiente, constituyéndose como algo adicional a la suma de sus partes. Según el autor, el origen de dicho concepto se encontraría en los organismos vivos y tendría entre sus aportes más destacados dentro de la ciencia política los trabajos de Gabriel Almond y de David Easton.

Este último plantea que la vida política sería un sistema de conducta incorporado a un ambiente a cuyas influencias está expuesto el sistema político mismo y a la vez reacciona ante ellas (Easton, 2001). Además, el autor señala que un sistema político se trataría de aquellas interacciones por las cuales se asignan valores en una sociedad de forma autoritaria, distinguiéndolo de otros sistemas. Otra de sus características centrales está en que el sistema político acoge demandas sociales (*inputs*), para luego realizar acciones o tomar decisiones, produciendo medidas obligatorias para la ciudadanía (*outputs*). Siguiendo la lógica planteada, cuando el sistema político no es capaz de avanzar en decisiones, o estas no cuentan con respaldo de la sociedad, corre ciertos riesgos.

En esa línea, Bouza-Brey (1996) destaca que el sistema político se retroalimenta a partir de los *outputs*, por lo que el efecto de las decisiones y acciones termina impactando positiva o negativamente al sistema, lo que puede llevar a generar un cambio político. Por último, estos cambios políticos pueden ser de distinta magnitud, dependiendo del impacto que generen en la ciudadanía dichas acciones o decisiones. Con todo, Bouza-Brey (1996) señala que los sistemas políticos se compondrían de tres unidades: la sociedad, la élite política y el gobierno. Además, el ejercicio del poder por parte del gobierno supondrá el tipo de sistema político que se esté analizando: totalitario, autoritario, democrático o comunitario.

## La política como proyecto colectivo

“Primero la patria, después el movimiento y luego los hombres”. Con esta frase del general y presidente argentino Juan Domingo Perón, los militantes del Partido Justicialista argentino enfatizaban la importancia del proyecto político como sostén de su vocación de servicio público. Independientemente de la visión que se pueda tener del peronismo argentino y de su actuar en la Argentina moderna, es un claro ejemplo del proceder de las organizaciones políticas.

Al intentar adentrarnos en la comprensión de la política, vemos que esta no solo se estudia, sino que también se practica basada en un difícil equilibrio entre el proyecto político que defiende el partido, la misma institución partidaria y el rol de los líderes que representan a las colectividades. Considerando nuestra concepción de la política presentada en el capítulo anterior, los conflictos y sinsabores asociados a la consecución del poder encontrarían su justificación a partir de la materialización de ciertos valores que se plasman en la conducción política de la sociedad hacia aquel norte que implica la idea del bien común que nutre nuestro proyecto político. En ese sentido, pensar la política como un proyecto colectivo tiene que ver con una meta que brindaría un bienestar al conjunto de los ciudadanos, por lo que aquel proyecto cumple la función de faro que guía a los miembros de la élite política que busca alcanzar el poder. En esa línea, este tipo de miradas no excluye la incidencia de los agentes individuales, sino que se complementa por la contribución que estos hacen en la materialización de una meta colectiva.

Si en el capítulo anterior nos enfocamos en comprender la política desde ciertos atributos individuales de los agentes como el binomio virtud/fortuna, el oficio o *Beruf* o la ambición como una suerte de motor de las carreras de los agentes políticos, ahora el foco es otro. Ya Arendt nos recordaba la importancia del “estar juntos” entre personas distintas, dando pie a la organización política y la formación de comunidades. En el presente capítulo buscaremos adentrarnos en la comprensión de la política desde el análisis de conceptos como instituciones, partidos políticos y el rol que las élites cumplen en este sistema. Por otro lado, esta dimensión más

plural de la política tiene a los partidos políticos como la institución clave a la hora de plasmar en la realidad dichos proyectos colectivos.

A pesar de nuestra intención, resulta necesario recordar que en los últimos años hemos presenciado una creciente irrupción de liderazgos *outsiders* o derechamente caudillos populistas que enarbolan las banderas de la reivindicación de los excluidos (Levitsky y Ziblatt, 2018). De cara a los próximos desafíos que enfrentan nuestras sociedades, resulta de utilidad volver a estudiar la relevancia de las instituciones propias del proceso democrático, tanto a nivel de partidos políticos como de procesos de reclutamiento de agentes políticos o de *accountability* democrático. El surgimiento de este tipo de actores viene a desordenar algunos de los elementos que se han dado por sentados en los últimos años, agregando mayor incertidumbre a nuestros sistemas políticos.

### Las instituciones y sus efectos

La metáfora de la política como arquitectura sin duda está asociada al concepto de instituciones. Históricamente dicho concepto ha despertado gran interés entre los investigadores, especialmente para la ciencia política (March y Olsen, 1989; Sartori, 1994; Acemoglu y Robinson, 2012). Al explicar para qué sirven, se expone que las instituciones políticas definen restricciones y oportunidades para el comportamiento de los agentes (Diermeier y Krehbiel, 2003). Para Mainwaring (1993), las instituciones políticas generan los incentivos y desincentivos que finalmente incidirán en las decisiones de los actores políticos. No solo las instituciones importan, sino que importan en una forma predecible, fomentando gobiernos que podrían ser más o menos representativos, estables, etcétera (Remmer, 2008).

Para profundizar respecto a la importancia de las instituciones, Douglass North —en su clásico libro *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*— señala que las instituciones son, en último término, las reglas del juego de las sociedades, o las limitaciones que los seres humanos nos proveemos para dar forma a las interacciones entre las personas (North, 1993: 13). El autor plantea que el objetivo de su trabajo es explicar la forma en que se articulan

las instituciones con las personas, especialmente comprender los efectos de las instituciones sobre las decisiones de los seres humanos. Trabajos como los de North fueron precursores de obras vitales para comprender el funcionamiento de las democracias, como el ya convertido en clásico *¿Por qué fracasan los países?*, de Acemoglu y Robinson (2012), que aborda conceptos como instituciones inclusivas y extractivas para explicar diferencias en el desarrollo económico de grupos sociales relativamente similares.

Otro aspecto relevante de la propuesta de North tiene que ver con la distinción entre las reglas del juego y los jugadores. Los jugadores —caracterizados como los actores dentro de dicho marco— serían quienes “juegan” o interactúan a través de una mezcla de actitudes, estrategias y coordinación, mediante acciones limpias —respetando las reglas— o sucias —vulnerando las reglas acordadas—. Con todo, al tratarse las instituciones de elementos que afectan los comportamientos de los agentes —limitando tanto sus acciones como sus interacciones—, estas generarían distintos efectos sobre las interacciones humanas, y de ahí su importancia. A partir de esto es que tanto la academia como los actores políticos asignan relevancia a los cambios institucionales y a las reformas del sistema político o de los sistemas electorales. En concreto, un cambio de menor o mayor envergadura en el sistema electoral podría generar efectos múltiples en los sistemas políticos, ya sea desde el lado de la representatividad de las fuerzas políticas y su diversidad, como desde el lado de la gobernabilidad de los países (Navia, 2005).

Siguiendo a Schlesinger (1966), las oportunidades políticas surgen a partir de factores institucionales y del diseño del sistema político de cada país. Una muestra de ello fue la Convención Constitucional de 2021 en Chile. El diseño de las reglas electorales de dicha elección, con las listas de independientes, cupos para pueblos originarios y la paridad, fue determinante para el éxito de actores con perfiles opuestos a las élites legislativas en ejercicio (Jofré, 2021), por lo que el diseño de las reglas a veces puede favorecer o perjudicar a determinados jugadores.

Dicho eso, no basta solamente con comprender el funcionamiento de las instituciones, sus efectos, repercusiones, etcétera. Para que

las instituciones sean finalmente parte de la vida social, deben ser entendidas como legítimas y justas. Al describir el concepto de legitimidad, Weatherford (1992) señala que cuando nos referimos a gobiernos legítimos o ilegítimos, las distinciones radican en los mecanismos constitucionales que inciden en una amplia participación pública, que dan forma a gobiernos de la mayoría, derechos de las minorías y rendición de cuentas. Otras aproximaciones se centran en los resultados de sus políticas. El autor destaca cuatro aspectos que le dan fuerza a la aproximación tradicional al concepto de legitimidad: i) rendición de cuentas (*accountability*); ii) eficiencia; iii) justicia procedimental; y iv) justicia distributiva.

En esa línea, Rawls (1995) plantea que la justicia debe ser la primera virtud de las instituciones, ya que es irrelevante contar con instituciones eficientes si no se reconocen los criterios básicos de justicia que se plantean en el contrato social basado en la imparcialidad. Para el autor, las instituciones podrían ser descritas como justas cuando en estas “no se hacen distinciones arbitrarias entre las personas al asignarles derechos y deberes básicos y cuando las reglas determinan un equilibrio debido entre pretensiones competitivas a las ventajas de la vida social” (Rawls, 1995: 19).

Como hemos visto, la política no solo se trata de agentes individuales que persiguen cargos, sino que también se nutre de la búsqueda de mejoras en la sociedad. Mientras algunos buscan cambios, otros creen en la preservación de estructuras que desde su perspectiva serían beneficiosas para la comunidad en su conjunto. En esa línea, la institución clave para llevar a cabo dichos proyectos de sociedad es el partido político. El rol que cumplen aglutinando individuos con miradas similares es lo que permite transformar un proyecto individual en un desafío colectivo que justifique el accionar de los actores políticos.

### **Los partidos políticos: Tipos de partidos y sistemas de partidos**

Los partidos políticos suelen despertar fuertes animosidades en la ciudadanía. Churchill decía que sus peores enemigos no estaban en la bancada de enfrente —en referencia al Partido Laborista—, sino a sus espaldas, en la fila de atrás, donde se sentaban los miembros

de su propio partido.<sup>1</sup> A pesar de esta relación ambivalente, los partidos políticos resultan fundamentales para el funcionamiento de la democracia.

Desde un punto de vista analítico, existen múltiples definiciones. Una primera aproximación los describe como un grupo de personas que cuentan con ideas similares y que participan en la toma de decisiones políticas en diversas formas organizativas, además de esforzarse por ocupar posiciones políticas y poner en práctica sus objetivos en una comunidad (Winkler, 2010). En esa línea, la de repasar las distintas aproximaciones para definirlos, estos han sido caracterizados como organizaciones voluntarias que buscan el poder (Weber, 2021); instituciones que persiguen la representación y aplicación de intereses colectivos (Duverger, 1954); como un grupo político que participa en las elecciones con el objetivo de presentar candidatos para cargos públicos (Sartori, 2005); y, por último, como instituciones que representan contradicciones inherentes a la sociedad (Lipset y Rokkan, 1967). Junto con esto, Winkler (2010) señala que los objetivos de los miembros de un partido están definidos a partir de un sistema de creencias común, lo que justifica la búsqueda del acceso a posiciones de poder. Con todo, el autor señala que los partidos son las organizaciones que controlan el acceso a la política y a los puestos de liderazgo, dado que su participación en procesos electorales es lo que diferencia a estos de otras organizaciones sociales.

A pesar de su importancia, Susan Stokes (1999) los describe como una realidad desagradable, aunque indispensable para el funcionamiento de la democracia. Para la autora, los partidos serían un mal necesario, al igual que aquellos microbios que se alojan en el tracto digestivo: nada bonito, pero vital para mantener el cuerpo político con buena salud (Stokes, 1999: 244). A pesar de este inicio poco alentador, los partidos políticos cumplen una serie de funciones cruciales para la democracia.

Siguiendo a Winkler (2010) y a LaPalombara y Weiner (1966), el surgimiento de los partidos políticos está estrechamente vinculado

---

1. "Enemigos mortales y compañeros de partido", *La Vanguardia*, 27 de septiembre de 2016, disponible en [tipg.link/oCPL](http://tipg.link/oCPL).

a la expansión del sufragio y a los procesos de democratización, que obligaron a las élites a organizarse para canalizar las demandas de una ciudadanía crecientemente incorporada a la vida política.

Es en ese contexto que se comienza a fraguar el concepto de representación política. Tal como establece Malamud (2003), la institución de la representación produce un cambio relevante al trasladar al titular tanto de la deliberación pública como del proceso de toma de decisiones de gobierno, del pueblo —titular de la soberanía democrática— a sus agentes —los denominados representantes—, quienes generalmente son seleccionados por la vía del voto. El autor es enfático al resaltar lo crucial de los efectos generados por este cambio, ya que marcaría el fin de la democracia antigua o directa y el debut de la moderna o representativa. Para Malamud, este hito marca el tránsito desde el gobierno por medio de personas (asamblea, consejo o monarquía) hacia el gobierno por medio de partidos. Como ya se ha mencionado, los partidos surgen con el paulatino crecimiento de la participación política a partir de los procesos de urbanización de los siglos XVIII y XIX. Por último, Malamud destaca que los partidos se erigen como el órgano de representación política por excelencia, permitiendo a la burguesía establecer ciertos niveles de contrapeso a las acciones de los gobiernos a través de los parlamentos.

A modo de síntesis del análisis de LaPalombara y Weiner, ellos señalan que los partidos surgen en los sistemas políticos ante la necesidad de quienes buscan ganar o mantener el poder político de ampliar su apoyo del público en general. Los autores entregan dos circunstancias a modo de ejemplo: i) ante un cambio en las actitudes de los súbditos o ciudadanos hacia la autoridad, creyendo que tienen derecho a influir en el ejercicio del poder, y ii) un sector de la élite política dominante que intenta ganar apoyo público para ganar o mantener el poder, aun cuando el público no participe activamente en la vida política.

Por otro lado, Stokes (1999) describe a los partidos como un elemento endémico de la democracia, a pesar de no formar parte de la definición formal de democracia y de que la mayoría de las constituciones democráticas tampoco dictan un papel para los partidos de

forma expresa. Para la autora, los partidos políticos promueven intereses que son parciales, aunque muchas veces son el vínculo entre los intereses ciudadanos y las acciones del gobierno. Junto con esto, buscan inducir a los gobiernos a responder a los ciudadanos, además de dar orden a los procesos legislativos. A pesar de su relevancia para la democracia, Stokes plantea:

Sin embargo, su número, grado de institucionalización y estructura varían enormemente de un continente a otro y de un país a otro. El tamaño de un sistema de partidos (cuántos partidos compiten regularmente en las elecciones) y su alcance (qué divisiones e identidades están politizadas y cuáles no) tienen profundas implicaciones normativas (Stokes, 1999: 246).

Este punto es realmente crucial ante la proliferación de un gran número de partidos y el aumento de la fragmentación política, aumentando la dificultad del sistema político para responder a las demandas de la ciudadanía, tal como lo ha mostrado recientemente el caso chileno con la reforma al sistema político (véase Jofré, 2025, y Jofré y Cabezas, 2025).

Entre las funciones de los partidos, Winkler (2010) puntualiza que encuentra la selección y el reclutamiento de élites, además de la formulación de objetivos programáticos, la agregación de intereses, la comunicación entre las élites políticas y los ciudadanos y el contenido de la acción gubernamental. Además, Downs (1957) señala que, en contextos en que la información respecto a las posturas de los candidatos es difícil de obtener, los partidos permiten simplificar dichos procesos de análisis, disminuyendo los costos de información para los votantes menos interesados en la política, al permitir que los votantes racionales maximicen su utilidad disminuyendo sus costos de información.

Por último, los partidos cuentan con distintos ciclos de vida o *lifespan* (Sajuria, Dosek y Alenda, 2020). El *lifespan* está asociado a su desarrollo organizacional. Para los autores, el concepto funcionaría a partir de umbrales de tiempo: i) declaración, entendida como la intención de organizarse como partido político; ii) autorización, descrita como la etapa de obtención de los requisitos legales para la formación; iii) representación, cuando el partido logra su primer

cargo de representación popular; iv) relevancia, momento en que alcanza mayor influencia; y v) gobierno, hito que marca la participación del partido en el gobierno. Estas distintas etapas en el desarrollo de la vida de los partidos tienen que ver con las estrategias adoptadas por sus dirigentes, lo que varía incluso con los distintos tipos de partidos que existen en el sistema de partidos de cada país.

Para Pasquino (2011) los partidos cuentan con tres atributos fundamentales: i) estar dotados de estructuras que faciliten la participación de sus integrantes (militantes); ii) formular un programa de políticas públicas; y iii) sobrevivir más de una vuelta electoral. Al describir los tipos de partidos políticos existentes, Duverger (1954) establece las características centrales de los partidos de masa y partidos de cuadros. El partido de masas privilegia la participación de sus militantes, mientras el partido de cuadros tiende a privilegiar grupos de notables con prestigio para las actividades propias del partido. En línea con el análisis de la evolución de los partidos, surge el concepto de “partido atrapado” (Kirchheimer, 1966) o *catch-all parties* como una derivación de los partidos de masas. A modo de síntesis, Malamud (2003) recurre a la propuesta de Panebianco (1990) para resumir las múltiples miradas respecto a las tipologías de partidos, las cuales descansarían en los siguientes ejes: i) la base social de los partidos, ii) su orientación ideológica y iii) la estructura organizativa (Panebianco, 1990).

Otra alternativa recurrente tiene que ver con la dimensión ideológica de los partidos. En esa línea, para Malamud (2003) no existiría una mejor forma que recurrir a la distinción vigente desde la Revolución Francesa de 1789 respecto al eje espacial izquierda-derecha que, con todas sus limitaciones, termina siendo el mecanismo más utilizado para diferenciar a las organizaciones partidarias. La tradicional distinción de Bobbio (2014) entre la izquierda y derecha se centra en el concepto de igualdad y la valoración de la misma que hacen ambos sectores. Mientras la izquierda tiene una valoración positiva del concepto de igualdad, además de privilegiar iniciativas que tiendan a igualar las condiciones de los ciudadanos, la derecha se inclina por el valor de la libertad como su prioridad. Si bien la derecha ha enarbolado banderas como la igualdad de oportunidades,

su predilección pasa por políticas que no interfieran demasiado en la vida de las personas.

Desde otra perspectiva, Huneeus y Avendaño (2018) destacan la dimensión electoral y organizativa de los partidos, así como su capacidad de ejercer gobierno (*party government*), retomando el enfoque de Key (1964). Aunque estas características parecen básicas, la construcción partidaria es un proceso complejo, ya que los cementerios políticos están repletos de partidos que fueron grandes y no lograron adaptarse a los cambios de sus tiempos (LaPalombara y Weiner, 1966). En esa línea, Levitsky y otros (2016) sostienen que la consolidación partidaria depende de las acciones orientadas a convertirse en actores duraderos y electoralmente relevantes, mientras que Rosenblatt (2018) propone el concepto de *party vibrancy* para explicar cómo algunos partidos logran mantener su vitalidad en el tiempo.

Luego de repasar todas estas características de los partidos, inevitablemente se nos viene a la cabeza la interpretación de la política como sistema que recibe demandas o inquietudes y busca transformarlas en decisiones o acciones. En ese sentido, los partidos en plural dan pie a un sistema de partidos que interactúan entre sí y con el gobierno. Un sistema de partidos se define como un set de partidos que se relacionan e interactúan de forma regular y estable (Mainwaring, Bizzarro y Petrova, 2018). Estos sistemas presentan distintos grados de institucionalización, erigiéndose como una característica central (Mainwaring, 2018). A mayor institucionalización, el sistema de partidos será más estable y predecible, simplificando la toma de decisiones de los distintos jugadores dentro del sistema político, quienes ajustan sus comportamientos a reglas electorales e incentivos relativamente estables. Para Mainwaring, Bizzarro y Petrova existen tres elementos propios de los sistemas de partidos altamente institucionalizados: i) la mayoría de los partidos políticos serían estables, ii) la votación alcanzada por los partidos entre distintos procesos electorales es razonablemente estable, y, por último, iii) los vínculos existentes entre los partidos y sus votantes serían relativamente estables. Finalmente, a la hora de estimar el nivel de institucionalización de un sistema de partidos, se necesita cierto ni-

vel de regularidad, por tanto, a mayor número de elecciones, mayor capacidad de predictibilidad.

Con todo, en los últimos años hemos visto cómo partidos y liderazgos populistas han alcanzado una gran relevancia política. Ante este escenario complejo, Levitsky y Ziblatt (2019) destacan una nueva función para los partidos. Tal como han mencionado los autores, las democracias se deterioran gradualmente en la medida que dichos liderazgos con rasgos autoritarios y populistas avanzan hacia sus objetivos, erosionando las normas e instituciones de la democracia como la separación de poderes, además de los frenos y contrapesos al interior del sistema. Siguiendo su argumento, la importancia de las normas sería como el oxígeno o el agua limpia; cuando se pierden, su ausencia se hace más evidente. Finalmente, para Levitsky y Ziblatt (2019), más allá de la respuesta de la ciudadanía, lo que más importa es la capacidad de las élites políticas, y en especial de los partidos políticos, para servir como filtros, como guardianes de la democracia y hacer frente a dicho fenómeno.

### **Las élites y la tecnocracia**

Las protestas del 15M en Madrid, *Occupy Wall Street* en Nueva York y también el llamado estallido social en Chile son algunos ejemplos de movilizaciones sociales que han puesto en entredicho la legitimidad de las instituciones en cada uno de estos países. Si las instituciones afectan el comportamiento de los actores e inciden en los resultados de la política, muchas de esas decisiones son tomadas por las élites que siempre están presentes en dichos acontecimientos, para bien o para mal. A la larga, quienes desarrollan e impulsan aquellos proyectos políticos en disputa y que compiten en los procesos electorales son las distintas élites políticas.

Si bien es conocida la obsesión de la ciencia política por las instituciones, no se vive solo de ellas. Al crecer la *polis*, cada vez se hizo más necesaria la profesionalización de la política, por lo que las élites se erigieron como objeto de estudio a partir de su centralidad en los fenómenos del poder (Weber, 2021). En ese sentido, Alcántara (2020) nos refuerza la necesidad de contar con élites que sirvan de conexión con los ciudadanos. El autor señala que esta pro-

fesionalización se da a partir de la intersección de tres elementos: agentes con ambición, desarrollo de instituciones y, por último, una ciudadanía apática respecto de los procesos democráticos y al involucramiento en ellos. Una posible definición del político profesional podría ser la siguiente:

Alguien que se dedica a la política gracias a un proceso electivo, o de designación por parte de otros que han sido elegidos, o que trabaja en instancias políticas como son los partidos o similares. Posee una vocación que le lleva a querer actuar en la vida pública con la intención de que su acción sea o bien transformadora o mantenedora del *statu quo*. Recibe una determinada remuneración que tiende a cubrir sus gastos vitales y su dedicación propende a ser a tiempo completo. Posee un nivel de conocimientos útiles para el desempeño de su labor, que le viene de una formación específica, y a la acumulación de experiencia y, finalmente, desarrolla una carrera más o menos larga (Alcántara, 2020: 27).

Nuestro argumento principal es que, desde que el mundo existe, contamos con élites que conducen a sus civilizaciones y buscan su supervivencia, a veces con más o menos éxito, pero se trata de agentes imprescindibles que forman parte del fenómeno político y debemos comprenderlas como objeto de estudio. De lo contrario, como señala Alcántara (2020), no contar con élites políticas —o desprofesionalizar la política— conllevaría entregar la toma de decisiones a agentes sin legitimidad democrática, muchas veces sin la capacidad de rendición de cuentas permanente, como es el caso de los políticos profesionales.

En esa línea, Alcántara señala que no debemos olvidar que las personas —los políticos profesionales— también son parte de los objetos de estudio de la disciplina de la ciencia política. El autor remarca la importancia de analizar las trayectorias de las personas y sus atributos personales. Al describir a los agentes asociados al oficio del político, refuerza que son personas que siempre han gozado de un cierto tipo de poder o han estado en la proximidad de personas poderosas, donde existe diversidad en cuanto al origen de su legitimidad.

Hablar de las élites nos lleva indudablemente a la tradicional distinción entre quién es o no integrante de este grupo. Al describir el

concepto, las élites son una minoría de actores que tienen la mayor cuota de autoridad y poder, lo que les permite dirigir la sociedad (Keller, 1963). Dentro de los impulsores de este tipo de estudios, Mosca (1984) señala que existen dos tipos de personas: los gobernantes y los gobernados. La clave en la distinción está en la organización de una minoría que controla a la mayoría desorganizada. Al profundizar en su estudio, las élites pueden ser observadas desde una perspectiva unitaria —concebida como una gran élite (Mills, 1987)— o desde un enfoque pluralista que remarca la diversidad de la élite (Dahl, 1961).

Siguiendo a González-Bustamante y Luci (2021), las distintas tradiciones del estudio de las élites han ido evolucionando desde los trabajos seminales de Pareto, Mosca y Michels, hasta el punto de tensionar las tradiciones unitarias y pluralistas. Una muestra de ello es el surgimiento de análisis como los de Robert Putnam (1976), quien a partir de su investigación determinó distintas estrategias para la identificación y caracterización de las élites: i) posicional, a partir de las posiciones formales de los individuos; ii) reputacional, identificando las conexiones de los actores; y iii) decisional, basada en las decisiones de los actores.

El estudio de las élites cobra relevancia en contextos de cambio social, tanto por su capacidad de adaptarse a nuevos escenarios (Vommaro y Gené, 2018), como por su habilidad para acceder a posiciones de poder y cargos políticos (Alcántara, 2020). Como hemos mencionado, en los últimos años han existido cambios en los patrones de reclutamiento, que han abierto oportunidades para grupos que tradicionalmente quedaban fuera de las posiciones de élite, incluyendo las chances de aspirantes con antecedentes poco convencionales (Best y Hoffmann-Lange, 2018).

Las trayectorias políticas de los agentes que incursionan en ella, entendidas también como procesos de reclutamiento político, pueden estudiarse en sus distintos momentos: inicio de una trayectoria, ascenso o culminación de una trayectoria. Para Alcántara (2017), estas distintas etapas se basan principalmente en estrategias de capitalización de los activos o atributos que ostentan los agentes. Un enfoque interesante para abordar dichas estrategias es la teoría de

los capitales. Esta propuesta teórica señala que no existiría un recurso único que justifique el acceso a determinadas posiciones de poder, lo que se explica de mejor forma como una suerte de pugna entre distintas especies de capitales que se manifiestan dentro de un campo específico (Joignant, 2012).

Pierre Bourdieu (1981), uno de los impulsores de esta teoría, señala que existirían dos tipos de capitales originales: el primero, el capital personal, asociado a la notoriedad, a algún perfil heroico y, en último término, al carisma. El segundo sería el capital delegado, entendido a partir de algún tipo de nominación. Para el autor, dichos capitales pueden ser acumulados principalmente por dos vías: la primera es la vía primitiva y la segunda la estratégica. El capital político personal se traduciría en elementos como una buena reputación, fama o popularidad de determinado agente político a partir de atributos específicos. Por otro lado, el capital político delegado surge como el producto de una transferencia limitada y temporal de determinado capital presente en una institución, por lo que se trataría de una situación particular más que de una propiedad de los agentes.

Uno de los elementos relevantes que se derivan de la dotación de capital de los agentes es el concepto de *habitus*. Para Bourdieu (2008), el *habitus* sería un sistema de disposiciones duraderas y transponibles, lo que se entendería como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones de los agentes. A la hora de caracterizar dicho concepto, Joignant (2012) señala que se podría entender como una suerte de matriz de comportamiento asociado a cada campo, surgida a partir de cada proceso de socialización de los actores a lo largo de sus trayectorias. El autor enfatiza que tanto la dotación como el valor de los capitales de cada agente no es estático, sino que experimenta fluctuaciones a partir de los eventos experimentados o a partir de épocas. En síntesis, el campo político podría ser entendido como cierto tipo de mercado ante las coyunturas político-electorales que experimentan los actores (González-Bustamante, 2014).

A partir de aquí es posible establecer que los agentes presentan provisiones iniciales desiguales al momento de iniciar sus trayec-

torias políticas. Si bien algunos agentes fueron dirigentes o líderes universitarios, otros provienen de alguna dinastía política (Joignant y otros, 2014). Respecto de la acumulación estratégica, esta puede ser asociada a los capitales político-militantes y al capital técnico, vinculado al concepto de tecnocracia (Centeno y Wolfson, 1997; Dávila, 2011).

Por su parte, la sociología francesa se centra en aspectos sociales: origen, formación educacional, dotación de capitales, etcétera (Joignant, 2012). En el caso de las élites ejecutivas, la conformación de los gabinetes resulta crucial. Amorim Neto (2006) señala que los presidentes utilizan los nombramientos para darle viabilidad a su agenda, por lo que pueden optar por una *statutes strategy* (estrategia estatutaria, basada en la distribución de ministerios entre los partidos de la coalición legislativa) o por una *executive prerogative strategy* (estrategia de prerrogativa ejecutiva, centrada en nombramientos de confianza presidencial), conformando gabinetes *ad hoc* según la estrategia adoptada. Además, en las democracias presidencialistas latinoamericanas el diseño del gabinete refleja las alianzas necesarias para aprobar la agenda legislativa del presidente (Martínez-Gallardo, 2014). Con todo, las élites resultan gravitantes, aunque existen ciertos tipos de agentes que han cobrado mayor protagonismo en los países latinoamericanos a partir de las reformas de liberalización de los mercados: los tecnócratas.

¿Todos los agentes asociados a la política tienen el mismo peso o influencia? La respuesta es no. Si bien presidentes, primeros ministros, parlamentarios o líderes partidistas acaparan la atención de la academia y la opinión pública, en ciertos momentos esto cambia.

Un caso interesante fue la gravitación alcanzada por Domingo Cavallo en distintos gabinetes ministeriales, tanto de Carlos Saúl Menem como de Fernando De la Rúa en Argentina.<sup>2</sup> Bajo el apodo de “superministro”, Cavallo —un economista con doctorado en Harvard— alcanzó gran relevancia y poder desde el Ministerio de Economía. Si Laver y Hunt (1992) destacaban que no todos los

---

2. “A 25 años de la salida del Domingo Cavallo”, *La Política Online*, 18 de julio de 2021, disponible en [tipg.link/oCSH](http://tipg.link/oCSH).

ministerios poseen igual influencia, el caso Cavallo confirma que la tecnocracia puede cobrar mayor protagonismo. Para Centeno y Wolfson (1997), pocos términos se utilizan de forma tan vaga y diferente como el de *tecnocracia*. Además, señala: “Quizás el único término cuya definición sea tan poco precisa como ‘tecnocracia’ es su opuesto, ‘populismo’, el que se ha empleado para designar regímenes tan diversos como el de Cárdenas en México, el de Vargas en Brasil y el peronista en la Argentina” (1997: 215). Ejemplos recientes de este tipo de agentes tecnocráticos son el ministro Federico Sturzenegger en el gabinete de Javier Milei en Argentina y el exministro de Hacienda Mario Marcel en el gabinete de Gabriel Boric en Chile.

Tal como hemos señalado, los agentes políticos presentan trayectorias diferentes a partir de sus atributos y sus estrategias políticas. Tradicionalmente, los partidos políticos eran vistos como un vehículo adecuado para aspirar a cargos políticos, pero el camino de la técnica y la especialización ha ganado sistemáticamente mayor relevancia en las últimas décadas. Fischer (1990) señala que el conocimiento experto es una de las características distintivas de las sociedades modernas. A pesar de la vaguedad mencionada por Centeno y Wolfson, existe cierto nivel de consenso a partir del origen de la influencia de los tecnócratas: sus credenciales académicas en instituciones de prestigio y autoridad en ámbitos como la ciencia económica (Dávila, 2011).

Con el fin de establecer una definición, recurrimos al trabajo de Centeno y Wolfson (1997) para delimitar el contenido del fenómeno tecnocrático. Los autores establecen que i) se trata de una élite cohesiva que cuenta con formación especializada, que pretende ser capaz de maximizar el bienestar social a través de la racionalidad instrumental; junto con esto, ii) cuenta con un entramado institucional que adscribe a determinado modelo técnico-analítico, que busca imponerse en el aparato administrativo en su conjunto, y iii) cuenta con un paradigma hegemónico y excluyente de políticas públicas, donde el uso óptimo de recursos y la estabilidad del sistema son la clave.

Los autores plantean que los agentes tecnocráticos, más que compartir una ideología, presentan un mínimo común denominador

en la forma de entender los problemas públicos, favoreciendo determinados instrumentos para la búsqueda de soluciones de política pública. Para Centeno y Wolfson (1997), la mentalidad tecnocrática sería una suerte de ideología del método, una profunda convicción en la posibilidad de llegar a respuestas óptimas para los problemas sociales mediante herramientas racionales, enfoque que descansa en el supuesto de que existe una realidad universal en las políticas públicas, analizable desde la utilización del método científico. Por otro lado, Centeno y Silva (1998) establecen que los agentes tecnocráticos comparten una mentalidad basada en la racionalidad, por lo que legitiman sus decisiones en la superioridad del conocimiento científico. Si bien no hay un solo camino para constituirse en tecnócrata, los espacios de socialización más comunes para alcanzar esa condición se asocian con la profesión de economista y el grado académico de doctorado o candidato a doctor en Economía (Dávila, 2011).

### **Erosión democrática: ¿Culpa de las élites?**

Si bien desde el inicio de los tiempos las élites han captado el interés de las ciencias sociales, en la actualidad —ante la proliferación del fenómeno populista— resulta crucial volver a ellas. En los últimos años, una serie de liderazgos políticos que pueden ser clasificados como populistas han proliferado globalmente (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). Como señala la literatura, hay diferentes enfoques para estudiar el populismo, pero casi todas las investigaciones concuerdan en su postura antiélite como una característica central (Muno y Pfeiffer, 2022).

Dentro de los distintos elementos que dan forma al fenómeno populista se encuentran el pueblo, la élite y la voluntad general (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). En ese sentido, el líder populista cumple un rol relevante a la hora de encarnar la voluntad general y representar al pueblo. Para estos autores, el ímpetu antielitista del populismo va de la mano de una crítica a instituciones como los partidos políticos, las grandes organizaciones y las burocracias, instituciones culpables de distorsionar los vínculos verdaderos que existen entre los líderes populistas y el pueblo. Esta aproximación abre la discusión respecto a los atributos del líder y su dimensión

carismática, asociados a los trabajos de Max Weber. Para Muno y Pfeiffer (2022), Weber es el teórico más relevante del concepto de *carisma*, el que denota una legitimidad a partir de la devoción afectiva al líder basada en sus dones: habilidades mágicas, heroísmo o poder de espíritu o palabra. Los autores refuerzan que el portador del carisma lidera la búsqueda de cambios “revolucionarios” que superen las tradiciones, lo que a la larga justifica su accionar.

A partir de esas consideraciones es que se pone en tela de juicio el entramado institucional de las democracias liberales, dando paso a contextos marcados por el deterioro institucional en los regímenes democráticos, conocido como *democratic backsliding* (Bermeo, 2016). Si en el pasado se hablaba de quiebres democráticos asociados a golpes de Estado, en la actualidad el deterioro democrático suele manifestarse mediante el debilitamiento del sistema de frenos y contrapesos o a través del *executive aggrandizement*, es decir, la expansión gradual del poder del Ejecutivo que reduce los controles institucionales sobre el gobierno. Una vez instalados en el poder, los actores populistas se enfrentan a la necesidad de desmontar las instituciones democráticas para avanzar en sus agendas. Muno y Pfeiffer (2022) proponen que los populistas tienen sus propias formas de gobernanza y ejercicio del poder, y revelan su verdadera esencia una vez instalados en los cargos o posiciones de toma de decisión.

El caso latinoamericano no es la excepción y ya han existido precedentes de este tipo de liderazgos (Muno, 2021). Siguiendo a Weyland (2020), la magnitud de la amenaza democrática representada por el fenómeno populista depende de la fortaleza institucional de cada país. La gran variedad de arreglos institucionales, sus diferentes niveles de fortaleza y consolidación democrática emergen como potenciales espacios de conflicto y regresión democrática.

Ahora, no todas las miradas sobre populismo tienen una visión negativa del fenómeno. Para Laclau y Mouffe (1987), la tarea de la izquierda estaría en la profundización de la democracia y su expansión en la dirección de una democracia radicalizada y plural, la que estaría asociada al fenómeno populista. Al ahondar en su propuesta, Mudde y Rovira Kaltwasser (2017) señalan que los mencionados autores consideran al populismo como la esencia de la política, y

también como una fuerza emancipadora. Los autores plantean que para Laclau y Mouffe la democracia liberal es el problema y la democracia radical la solución. Siguiendo su argumento, el populismo contribuiría a lograr una democracia radical mediante el conflicto y fomentando la movilización social de sectores excluidos de la sociedad con el objetivo de cambiar el *statu quo*.

El riesgo de debilitamiento institucional surge a partir de la distancia existente entre la ciudadanía y sus élites políticas y es propiciado por la incapacidad del sistema político de dar respuestas a sus demandas más sentidas. En el caso chileno, el denominado estallido social tuvo parte de su origen en la falta de respuestas o de reformas a problemáticas de seguridad social, falencias del sistema de salud, etcétera. Es por eso que todo cambio institucional que contribuya a mejorar la capacidad de respuesta del sistema político a demandas ciudadanas es de vital importancia para todos los sectores políticos que crean en la democracia liberal. En esa dirección, el resto de los países latinoamericanos cuentan con situaciones similares, donde el descrédito abunda, lo que es tierra fértil para los liderazgos populistas.

El fenómeno del populismo sobrepasa el tema central de este libro, pero resulta vital tener algunas nociones que permitan sopesar los riesgos que implica su proliferación en las democracias liberales. A modo de síntesis, la política tiene una dimensión colectiva que resulta central para su comprensión, ya que no basta con el interés de un agente por iniciar una carrera política, sino que existe un entramado institucional que puede favorecer o perjudicar dicha trayectoria.



## ¿Para qué se hace política?

El estudio de lo público ha variado en sus énfasis, focos y objetos de análisis. Gran parte de la teoría clásica ha reflexionado sobre las mejores formas de gobierno y la ley constitucional de las ciudades virtuosas. Una muestra de ello es la obra de Aristóteles, en la que la búsqueda de la felicidad es el fin supremo de la ciudad, razón por la cual la organización política de la comunidad es también suprema o soberana (Godoy, 2012). Aun así, si bien para Aristóteles la felicidad es un bien tanto para el individuo como para la ciudad, el bien superior es el del colectivo.

Si con Aristóteles y el pensamiento de su época el foco estaba en la *polis*, con otros autores como Maquiavelo el objeto de estudio pasó a ser el príncipe o el gobernante en particular. A medida que fue avanzando el desarrollo del pensamiento político, se produjo un tránsito nuevamente hacia lo colectivo. En esa línea, Alcántara (2020) encuentra en la teoría del contrato social un punto de quiebre respecto del estudio de la política, la que —en palabras del autor— abandonaría al individuo como eje central, pasando directamente a las leyes que terminarán derivando en instituciones.

Al profundizar en el argumento del contractualismo, Godoy (1993b) señala que, desde esa perspectiva, los hombres libres ponen entre paréntesis sus diferencias para instalar la imparcialidad con el propósito de identificar criterios básicos de justicia, lo que a la larga permitirá la configuración de las instituciones más importantes en un esquema de cooperación dirigido a la construcción de una sociedad más ordenada.

Autores como Hobbes, Locke, Rousseau, Montesquieu y Kant pavimentan el camino para el estudio de las instituciones políticas a través de la relevancia que va adquiriendo el derecho y la ley en la vida en sociedad. Por último, Rawls refuerza un elemento crucial que permite que finalmente esas instituciones puedan arraigarse de buena forma en la vida social: el sentido de justicia. Además de la cooperación, el contrato social se nutre de una concepción de justicia como imparcialidad. A partir del planteamiento de Rawls: “El pacto de la sociedad es reemplazado por una situación inicial que incorpore ciertas restricciones de procedimiento basadas en razonamientos planteados para conducir a un acuerdo original sobre los principios de la justicia” (Rawls, 1995: 17).

Desde el miedo, Hobbes (1994) establece la necesidad de la articulación del Estado como mecanismo de protección y poder compartido ante los riesgos de la propia naturaleza humana. Strauss (1970) describe el aporte de la filosofía política de Hobbes, quien a partir del establecimiento del *Leviatán* se plantea que todas las acciones virtuosas son aquellas que favorecen al Estado, con este último como condición necesaria y suficiente de la virtud. Por otro lado, el autor destaca que la propuesta de Hobbes permite vincular la justicia a las instituciones humanas, al afirmar que el estado de naturaleza se caracteriza por la irracionalidad y la injusticia; por tanto, el abandono de ese estado y la consolidación del Estado permiten superar dichas condiciones adversas para los seres humanos. Posteriormente, el trabajo de Locke agrega como uno de los elementos distintivos de su propuesta el resguardo de la propiedad. Además, el autor pone énfasis en la ley común y la existencia de una autoridad superior como el elemento central para el abandono del estado de naturaleza:

Aquellos que están unidos en un cuerpo y tienen una establecida ley común y una judicatura a la que apelar, con autoridad para decidir entre las controversias y castigar a los ofensores, forman entre sí una sociedad civil; pero aquellos que carecen de una autoridad común a la que apelar —me refiero a una autoridad en este mundo— continúan en el estado de naturaleza (Locke, 2002: 103).

Para Alcántara (2020), Montesquieu representa el punto culmen del proceso de separación de poderes que permite la instauración de las leyes como mecanismo de resguardo de los seres humanos en la comunidad política, mientras que Kant contribuye con una visión relacional del derecho basado en la reciprocidad entre las personas. Esto da pie a la consolidación de una perspectiva institucionalizada de la política, a través del Estado de derecho. Con todo, el autor señala que el Estado de derecho se erige como núcleo central de la política desde ese momento; se hace carne a partir de las leyes, normas generales y abstractas, originadas como productos de una voluntad racional que unifica a los individuos mediante el surgimiento de un contrato que conforma la constitución de la República.

La pretensión que existe es la de encontrar la mejor forma posible de convivir en sociedad, resguardando a los débiles de los poderosos, su propiedad y tendiendo a buscar criterios de justicia que sean compartidos por todos los integrantes del territorio. En esa línea, Strauss (1970) argumenta que toda acción política hace referencia a la conservación o al cambio. Siguiendo el argumento del autor, en términos teóricos, al conservar determinado elemento se busca evitar el cambio hacia lo peor, mientras que, al perseguir el cambio, tratamos de modificar dicho elemento con miras a algo mejor. Según su trabajo, toda acción política aborda aquello que entendemos —a partir de nuestro pensamiento— por lo mejor y lo peor, lo que implica, en última instancia, el pensamiento sobre el bien y el mal. En síntesis, para Strauss no se puede comprender lo político como tal si no se acepta seriamente la exigencia implícita o explícita de juzgar los acontecimientos en términos de bondad o maldad, de justicia o de injusticia. Profundizando en su argumento, lo político está ligado —a partir de su naturaleza— a la aprobación y desaprobación, a la alabanza y la crítica. En consecuencia, su esencia está en no ser un objeto neutro. Ahora, este objetivo, que tiene mucho sentido, a veces choca con el día a día de las personas y con sus propias aspiraciones.

De esta manera, la respuesta de para qué se hace política está cruzada por la tensión entre lo normativo y lo empírico. Aquí la ciencia política, de alguna forma, cede su predominio a la búsqueda de lo que se estima es lo justo o lo mejor para el colectivo.

Ya sea que nuestra interpretación de la política se centre en su dimensión sistémica, arquitectónica o como proyecto colectivo —tal como se describió en el capítulo anterior—, resulta vital encontrar una justificación razonable para invertir nuestro tiempo o incluso nuestra vida en una actividad tan compleja. Volviendo a nuestra definición de política (capítulo 2), los valores que orientan el proyecto político y esa idea de bien común vuelven a cobrar sentido.

Todo el desarrollo teórico previo nos entrega una serie de herramientas útiles para comprender de buena forma los elementos propios de la política, además de encontrarle un sentido a sus vicisitudes y, de alguna manera, hacernos cargo de esa desconexión que la centroderecha tiene con la política. Ahora, como ya hemos visto, existen instituciones, normas, sistemas y procesos que influyen y son influenciados, por lo que dicho proyecto de sociedad se enfrenta a la realidad.

### **¿Cómo se lleva a la realidad?**

El 2024 fue un año récord en procesos electorales y en número de personas que fueron a votar en el mundo. Este hito tuvo lugar en un contexto de múltiples señales de debilitamiento institucional y de retroceso de los sectores moderados en diferentes latitudes. Tal como muestran Lupu y Schiumerini (2021), en trece de los veinte países de su estudio más de la mitad de los ciudadanos encuestados se encuentran insatisfechos con la democracia. Cada vez que hay elecciones, la ciudadanía alberga algún tipo de esperanza respecto a un futuro mejor o por lo menos por ahí debiese transitar el objetivo de lo público.

Los países latinoamericanos viven en una constante percepción de crisis, escándalos de corrupción, abusos empresariales y hasta la caída en desgracia de ídolos o referentes nacionales. Pero esto, que afecta a grandes instituciones o conglomerados, no es más que el reflejo de nuestras sociedades y sus integrantes. La política no solo tiene que ver con concurrir a las urnas cada cuatro años para elegir un presidente, o con una votación legislativa para avanzar en una política pública, sino que también con la forma en que nos relacionamos con la sociedad en su conjunto y con el Estado. Parte del

desafío de este libro es profundizar en los elementos constitutivos de la política, aunque también resaltar aquello que permite ofrecer una mejor cara de esta actividad tan vital para nuestros países y que a la larga justifica su centralidad en la vida de cada uno de nosotros.

En los últimos años, el mundo ha presenciado una serie de hitos que lesionan los principales supuestos que sustentan no solo el papel central de la acción política en la vida de las personas, sino que incluso afectan a la misma democracia. Como muestra de ello podemos nombrar algunos hitos desconcertantes, como la toma del Capitolio en Estados Unidos en 2021, el asalto a la Plaza de los Tres Poderes en Brasil en 2023, la inestabilidad política en países vecinos como Perú —con las constantes salidas de sus presidentes antes del término de sus periodos presidenciales y la lamentable realidad de sus expresidentes—, o incluso sucesos estremecedores como la guerra entre Rusia y Ucrania.

Esta realidad ha sido conceptualizada como *pesimismo democrático*. Cristóbal Belloio (2024) habla del *espectro del pesimismo* que recorre las democracias occidentales. Si bien es difícil encontrar motivos para festejar, lo que queda es “volver a la fuente” y desempolvar aquellas discusiones que le dan cierto sentido al ejercicio de la política en los tiempos que corren. Es cierto que no son momentos para excesos de optimismo, pero nada resulta peor que restarse y dejar que las cosas sigan empeorando.

En esa línea, Bunge (2013) señala que toda concepción de la política presupone una concepción del mundo. Lo relevante es que cualquier plataforma programática o cualquier movimiento político es una declaración de principios filosóficos. El autor describe la política como el brazo cívico de la moralidad, lo que puede redundar en un caso extremo de moralización de la política (véase Herrera, 2023).

Para Bunge, el filósofo propone y el soberano —príncipe o pueblo— dispone. La política, en palabras del autor, que puede configurarse en ocasiones como la acción social más egoísta y en otras como la más desinteresada, puede ser descrita como el arte de afrontar o eludir los problemas sociales, aquellas problemáticas que superan lo puramente personal. Siguiendo con su argumento, la identificación de conflictos y el diseño de respuestas es tarea de los científicos y

tecnólogos políticos, mientas que la provisión de argumentos éticos a favor o en contra de cualquier propuesta de resolución de un problema político es tarea propia del filósofo político.

Bunge recalca que la acción política nunca se realiza en un vacío conceptual y moral. Con todo, para Bunge una política responsable no se basa en la ideología sino en la filosofía, especialmente en la ética, respaldada por una ciencia social seria.

Por otro lado, para Strauss (1970) la esencia de la vida política está dirigida por una mezcla de conocimientos y opiniones políticas. De ahí que toda vida política vaya acompañada por un esfuerzo más o menos coherente y persistente por ir reemplazando progresivamente las opiniones por conocimiento político. En términos de Strauss, el fin último de un político es el bien común, lo que resulta a veces ambiguo y requiere un ejercicio por comprender aquello que le da forma al concepto de bien común.

La realidad en la que buscamos incidir no es neutra, presenta ciertas “heridas” del pasado que son traducidas en desconfianza y pesimismo. Resulta mucho más sencillo enumerar cuáles son nuestros objetivos que realmente materializarlos. La ciudadanía muchas veces no logra entender la razón de la postergación de sus demandas o inquietudes, cuando desde el prisma del día a día se ven tan claras y evidentes. A pesar de las dudas razonables, seguimos apostando por la importancia del oficio de la política. Volviendo a la pregunta original, estamos en política a partir de la convicción y la certeza de que esta actividad es útil para la vida de las personas. El simplemente recluirnos en otros ámbitos no solo esconde un dejo de individualismo y egocentrismo, sino que también es peligroso para la convivencia en sociedad. Hemos discutido largamente aquellos elementos que Aristóteles, Weber y Arendt nos han proporcionado, pero es fundamental reafirmar que la acción política tiene un rol clave en la vida de las personas. García-Huidobro (2016) señala la importancia de reivindicar la política, enfatizando que los problemas en los que nos encontramos se deberían más a la falta de política que al exceso de esta.

En el primer capítulo de su libro *¿Para qué sirve la política?*, García-Huidobro se enfoca en la mirada de los sofistas respecto a la po-

lítica como una forma de dominación y en las respuestas platónica y aristotélica a este precepto. Para el autor, la respuesta a la tesis sofista es fundamental, ya que se encontraría en juego la subsistencia misma de la política, destacando que el fin de la política no es el poder, sino que este es una herramienta del gobernante para beneficiar a los demás, que exige una capacidad de desprendimiento de sí mismo y privilegiar el interés de la *polis*. El autor releva que dicha capacidad no es para cualquiera, rememorando el concepto de *filósofo-rey* planteado en *La República* de Platón. García-Huidobro argumenta que, para contrarrestar la mirada sofista del poder político como dominación, Aristóteles se enfoca en la dimensión natural de la vida política en la *polis*, señalando que es inherente al hombre y una suerte de requisito para ser virtuoso. Esta realidad adversa puede ser abordada por los participantes de la política de forma mucho más adecuada ante la presencia de ciertos atributos. En esa línea, el siguiente apartado contribuye a profundizar dichas características, que podrían ser de utilidad en el ejercicio de la política.

### **¿Qué atributos sirven para la política?**

Las distintas concepciones del mundo que se encuentran en disputa en la actividad política requieren ciertos atributos que contribuyen a su implementación. Algún grado de experiencia previa antes de asumir un cargo de toma de decisión, acompañado de una brújula ética que guíe nuestro accionar, son fundamentales, además de comprender la actividad política como un medio para alcanzar esa idea de bien común que nos lleva a participar de un proyecto político.

#### Experiencia

Al hablar de experiencia es importante no asimilarla a una cuestión de edad. Dirigentes que inician su trayectoria en el ámbito estudiantil pueden tener mucha más experiencia política que personas exitosas en otros ámbitos, pero que asumen responsabilidades sin nunca haber experimentado presiones políticas. Weber señala que la política tiene que ver con horadar lenta y profundamente unas tablas duras con pasión y con distanciamiento al mismo tiempo (2021: 252). Esto se traduce en la constancia requerida.

Joaquín García-Huidobro (2016) plantea que, “a diferencia de las ciencias teóricas, las tareas de juez, del legislador y del gobernante en sentido estricto exigen una atención muy especial a los hechos. Su adecuada valoración no depende tanto de su coeficiente intelectual como de la experiencia”. El ejercicio de la política se enriquece a partir de ciertas acciones desarrolladas en el ciclo de vida de las personas, pero también en el ejercicio de ciertas posiciones o cargos previos.

Como contracara de la experiencia podemos mencionar a los llamados políticos *outsiders*, que en los últimos años han irrumpido en la arena electoral. Carreras (2013) plantea que la llegada de *outsiders* al poder es uno de los peligros del presidencialismo, especialmente dado el carácter personalista de los competidores. Este riesgo se multiplica en países con sistemas de partidos débiles, con casos emblemáticos como Alberto Fujimori, Hugo Chávez o Rafael Correa.

La experiencia es vista como una forma de prevenir errores en la conducción de un país o la administración de un ministerio. Jofré, Cabezas y Navia (2024) señalan que ministros con experiencia previa en el gabinete pueden ser menos propensos a cometer errores no forzados en su gestión o a involucrarse en escándalos. A partir de las trayectorias de los ministros y sus distintas reputaciones, los presidentes pueden utilizar el prestigio de sus ministros para sus objetivos gubernamentales o para dar mayor legitimidad a su gestión. Con todo, los autores señalan que el servicio en el gabinete es generalmente un paso adicional en trayectorias de largo aliento o viene a coronar dichas trayectorias como el punto culmen de la vida profesional de ciertos agentes.

La experiencia pareciera ser un atributo valorado en los países latinoamericanos, ya que resulta muy común que presidentes latinoamericanos busquen volver al poder. Belaúnde Terry y Alan García en Perú, Tabaré Vázquez en Uruguay, Michelle Bachelet y Sebastián Piñera en Chile, Lula Da Silva en Brasil y el mismísimo Juan Domingo Perón en Argentina son algunos ejemplos de presidentes que volvieron a ejercer el cargo una vez concluido su primer mandato.

## Virtudes morales

Para García-Huidobro hay ciertos elementos que contribuyen al buen desempeño en este tipo de responsabilidades. Se trata de “ciertas actitudes y disposiciones que facilitan actuar bien”, tal como argumentaban los antiguos. El autor enfatiza que los criterios morales no son igualmente accesibles a todos, de la misma forma que los criterios de las ciencias tampoco lo son, aunque incluso con una formación intelectual sustantiva se puede errar ante la falta de buena voluntad y una razón que armonice con ella (García-Huidobro, 2016: 34). El autor plantea que la apertura a lo público es propia del ser humano virtuoso: “Preocuparse de los otros, abrir la propia vida a las exigencias de lo común, es una forma de alcanzar la excelencia humana. En el pensamiento de Aristóteles, la política, después de la vida contemplativa, es la forma más alta de existencia” (2016: 41).

Considerando el valor que tiene lo público en la visión aristotélica, es casi una obligación para quienes cuentan con las capacidades, tanto materiales como espirituales, sumergirse en los asuntos de la sociedad. Tal como resaltaba Weber en su llamado, esta vocación por lo político es lo que finalmente nos constituye como personas dentro de la vida en comunidad, erigiéndose como una virtud mínima para la correcta vida. En palabras de García-Huidobro, la *polis* tendría una dimensión moral, por lo que la práctica de las virtudes es lo que le daría forma, incluyendo evidentemente a la amistad.

El autor plantea que el énfasis de Aristóteles en el involucramiento en los asuntos públicos de la *polis* responde a una concepción de la vida pública entendida como expresión de la sociabilidad humana; afirma que “encontrábamos una genuina expresión de la socialidad, capaz de satisfacer esa tendencia hacia lo que es común, que se halla en lo más hondo de nuestra naturaleza. [...] la cosa pública va mucho más allá de las cosas del Estado” (2016: 52-53).

El desafío de involucrarse en la política no resulta fácil, ni en la época de El Estagirita ni mucho menos ahora. En ese contexto, la convocatoria respecto a lo público cuenta con una serie de exigencias del tipo moral que son complejas y ponen cuesta arriba el cumpli-

miento cabal de sus exigencias. García-Huidobro lo grafica de la siguiente forma:

Se trata, entonces, de que la política recupere su capacidad de empeñar los mejores esfuerzos de los hombres en las más nobles tareas. La enseñanza que nos dejan los clásicos para nuestro tema es que la revalorización de la política en nuestros tiempos debería estar ligada a un redescubrimiento de su dimensión moral o —dicho en términos aristotélicos— a la comprensión de que también la ética es una cuestión política (García-Huidobro, 2016: 60).

El autor es claro al señalar que esto resulta muy complejo a partir del esfuerzo de separar la política y la moral por parte del pensamiento moderno, buscando una pureza que le permita a la política ser objeto de ciencia. La propuesta aristotélica va en la línea opuesta, según él. En síntesis, García-Huidobro (2016) argumenta que el “clima moral” de la sociedad no queda excluido a la hora de perfilar la buena vida de las personas. Con todo, plantea que Aristóteles busca conectar la política con aquello que se entiende por vida buena, lo que a la larga permite hacer de la *polis* una comunidad moral y no solo una sumatoria de individuos.

Sin duda, esta última discusión resulta a lo menos discutible, e incluso puede entrar en cierto grado de contradicción tanto con la propuesta de Maquiavelo como con el abordaje que la ciencia política hace respecto de los fenómenos políticos. Con todo, la visión normativa está presente y creo que resulta más honesto exponerla que esconderla bajo la alfombra.

Entender la política como un medio

Tal como vimos, varios autores se han interesado en esta dimensión de la política. Según Hannah Arendt, siempre ha existido desconfianza hacia la política, pero también respuestas que justifican su existencia. Para la autora, intentando sintetizar las múltiples respuestas, varias de ellas “vienen a designar la política como un medio para un fin más elevado, fin último, por cierto, cuya determinación ha sido muy diversa a través de los siglos” (2024: 68).

Al ahondar en su enfoque, Arendt señala que la política finalmente es una necesidad ineludible, tanto para las personas en tér-

minos individuales como a nivel social y colectivo. La autora resalta que el ser humano no es autárquico, dado que tiene una dependencia respecto a los demás; por tanto, en su opinión, el cuidado de la política debe concernir a todos los agentes políticos y a las personas en general. La misión y fin de la política es asegurar la vida de las personas en un sentido amplio.

Para Arendt, la política habilita a los seres humanos para la búsqueda de la paz y la tranquilidad. Es elocuente al señalar que la política, a través de sus mecanismos, permite que algunos pocos se deban ocupar de la filosofía, mientras que muchos o el resto puedan orientarse al sustento y a ciertos grados de felicidad. Por tanto, la autora resalta que no tratamos con ángeles sino con hombres —parafraseando a James Madison— al referirnos al resguardo de las personas, por lo que se hace elemental la presencia de un Estado que ostente el monopolio de la violencia y prevenga la guerra de todos contra todos.

El enfoque de lo político propuesto por Hannah Arendt se resume a partir de una concepción de la libertad en términos negativos, entendida como no ser dominado ni dominar. La autora plantea que lo político se basa en esta relación de los muchos, donde cada cual se mueve entre iguales, sin lo cual no existiría libertad.

Una forma complementaria a la propuesta de Arendt es la tradicional concepción de la política como servicio público. Quizás una de las frases más recurridas en el mundo político para graficar este enfoque es la señalada por el presidente John F. Kennedy en su discurso inaugural del 20 de enero de 1961: “No te preguntes qué puede hacer tu país por ti, sino qué puedes hacer tú por tu país”. Esta contundente frase resumió parte de las expectativas de la administración Kennedy, pero también refleja que la acción política requiere de alguna forma un fin superior que justifique y le dé sentido a la vida en sociedad.

A modo de síntesis, la razón por la que hacemos política es para cambiar o conservar aquello que consideramos justo para la vida en sociedad. Independientemente del entrenamiento que alguien dedicado a la ciencia política pueda tener y su interés en lo empírico, en última instancia la política tiene un componente normativo que

puede llegar a colarse en nuestros análisis científicos. En los tiempos que corren, hacer política no es sencillo, ya que supone un desafío tanto intelectual como práctico, ya sea en la asamblea, en el sindicato o en la junta de vecinos. Aparte de la disección que se puede hacer de la política en torno a actores o instituciones, la política no solo existe como ente individual, sino que se enaltece al recordar esa conexión con la *polis* y los otros. A pesar de ser una palabra singular, se hace política pensando en el plural.

## **La política chilena y la presidencial de 2025**

Luego de responder las preguntas centrales en los capítulos anteriores —qué es la política, cómo entender la política y para qué hacemos política—, en este capítulo nos centraremos en un análisis general del caso chileno. Si bien el contexto internacional de las democracias liberales no es el mejor ante la amenaza del fenómeno populista o producto de las múltiples crisis de confianza institucional, nuestro país presenta algunas similitudes y diferencias con dicho escenario general. Tal como sugerí, mi generación de militantes de la centroderecha tiene una deuda que saldar respecto a la comprensión de la política en el sentido amplio de la palabra, pero para hacerlo debemos adentrarnos en la situación actual de la política en Chile y sus particularidades recientes. Para ello, estudiaremos el sistema de partidos del país y las elecciones presidenciales y parlamentarias de 2025, como un hito central de cara a los procesos que vienen.

### **El estado actual de la política chilena**

Pasados ya treinta y cinco años de democracia, nuestro país se enfrenta a una serie de preguntas y cuestionamientos respecto de su sistema político, sus dirigentes, pero también respecto a la forma en que nos relacionamos entre nosotros. En la previa a la conmemoración de los cincuenta años del golpe militar, Michelle Bachelet se reunió con el presidente Gabriel Boric. Al término de la instancia, la expresidenta afirmó: “Yo encuentro que está más bien tóxico el ambiente político y creo que no nos hace bien, porque lo que necesi-

tamos es ser capaces de escucharnos, de dialogar y llegar a acuerdo sobre las cosas fundamentales con mirada de Estado”.<sup>1</sup>

Si bien ha pasado el tiempo, la frase de Bachelet refleja lo que quizás muchos de los actores involucrados y el público interesado sienten. Actualmente, el debate público ha alcanzado niveles de toxicidad que son nocivos tanto para el funcionamiento del sistema como para la búsqueda de acuerdos transversales.

¿Cómo vamos a convocar a las nuevas generaciones a participar de lo público en un ambiente así? ¿Qué incentivos se pueden entregar para que gente joven desarrolle su vocación por la política? Y, en consecuencia, si los buenos prospectos no entran a lo público, ¿quiénes lo harán? Todas estas inquietudes surgen como un llamado de emergencia, y rondan como fantasmas a la hora de escribir estas líneas. Un ambiente tóxico no solo es perjudicial para sacar una reforma urgente o acordar un nuevo sistema político para Chile, sino también para el reclutamiento de nuevos cuadros políticos que puedan sacar adelante estos anhelados cambios. Recuperar el valor de la política como un oficio o un objeto de estudio valioso —para quienes la abordan desde la ciencia política— es una tarea colosal, que exige un esfuerzo colectivo de vastos sectores de la dirigencia política nacional para llegar a buen puerto.

Recientemente hemos visto una serie de encuestas de opinión que muestran la distancia creciente de la ciudadanía respecto a su institucionalidad democrática. La encuesta CEP de septiembre-octubre de 2025 arrojó que solo el 4% de los encuestados tiene mucha o bastante confianza en los partidos políticos y un 8% en el Congreso, dos instituciones centrales de nuestro sistema democrático que se ubican en el fondo de la tabla de instituciones chilenas.<sup>2</sup> Al comparar la misma pregunta con los resultados de la encuesta de diciembre de 2002, los resultados actuales muestran el deterioro: en ese momento la confianza alcanzaba un 9% para los partidos y

---

1. “‘Está tóxico el ambiente político’: Michelle Bachelet se suma a palabras del presidente Boric previo a los 50 años”, *Radio Universidad de Chile*, 4 de septiembre de 2023, disponible en [tipg.link/oCW4](http://tipg.link/oCW4).

2. Encuesta CEP 95 (2025), disponible en [tipg.link/oCXD](http://tipg.link/oCXD).

un 16 % para el Congreso, lo que confirma el paulatino declive de la confianza ciudadana en dichas instituciones.<sup>3</sup> Si bien esta situación no es exclusiva de Chile y se arrastra desde hace muchos años en varias democracias del mundo, no deja de ser alarmante que esta percepción ya es una suerte de tendencia en nuestro país.

Al descontento respecto a las instituciones en general debemos sumarle el apoyo ciudadano a los gobiernos. Este fenómeno es abordado a nivel latinoamericano por Luna y Rovira Kaltwasser (2021) a partir del desgaste de los oficialismos y su posterior castigo electoral. Los autores advierten un cambio en el ciclo político desde el giro a la izquierda de los dos mil a un paulatino giro a la derecha. Al adentrarnos en el caso de Chile, independiente de la tendencia política de las últimas administraciones, desde 2006 —cuando Ricardo Lagos le entregó la banda presidencial a Michelle Bachelet— ningún gobierno ha logrado que su coalición política se mantenga en el poder. En síntesis, los gobiernos han enfrentado una serie de obstáculos que han dificultado su desempeño, lo que puede resumirse en que cada vez es más difícil gobernar en Chile y en el mundo en general. En 2025, Chile sumará un nuevo cambio de oficialismo con la salida de Boric y la entrada de Kast a La Moneda.

¿Cómo están los partidos en ese contexto? Además de lo señalado respecto a la confianza ciudadana y a las dificultades de los gobiernos para enfrentar los problemas públicos, la literatura tiene una mirada crítica respecto al rol de los partidos. Luna y Altman (2011) recurren al tradicional concepto de institucionalización del sistema de partidos de Mainwaring y Scully (1995) para analizar la evolución del sistema de partidos de Chile, y concluyen que dicho sistema de partidos no se encontraría institucionalizado de forma homogénea, sino congelado a nivel de élites y desconectado de la sociedad civil.

Además de todos los problemas mencionados, existen otros evidentes que dificultan el accionar de los partidos. En el último proceso constitucional de 2023, la denominada Comisión Experta generó una serie de acuerdos en torno a la necesidad de reformas al sistema político. Concluido el proceso, durante 2024 distintos actores

---

3. Encuesta CEP 44 (2002), disponible en [tipg.link/oCXE](http://tipg.link/oCXE).

políticos y de la sociedad civil impulsaron reformas que reflataran parte de la discusión generada al alero del proceso constitucional fracasado.<sup>4</sup> Parte del diagnóstico respecto a las problemáticas del sistema político chileno tiene que ver con la fragmentación del sistema y la irrupción de un alto número de partidos (Jofré, 2024), la personalización de la política (Piña, Sajuria y Suárez-Cao, 2024) y la incapacidad del sistema para procesar las necesidades y demandas de la ciudadanía. Ahora, ¿este es un problema nuevo?

### El sistema de partidos en Chile

El sistema de partidos de Chile ha experimentado una serie de cambios en los últimos años. Desde el retorno a la democracia en 1990, la política chilena estuvo marcada por un escenario de dos grandes coaliciones que agrupaban a los partidos de centroizquierda y centroderecha, la Concertación y la Alianza por Chile, respectivamente (Aninat y otros, 2011). A pesar de ser considerada un modelo de transición a la democracia, a la vez que una de las democracias más exitosas de Latinoamérica, parte del “brillo” del modelo chileno comenzó a opacarse (Siavelis, 2009).

A la hora de caracterizar la época de la transición, Siavelis argumenta que la existencia de los denominados *enclaves de la transición* —entendidos como instituciones, creencias y formas de hacer las cosas—, propios del periodo democrático posdictadura, contribuyeron a la permanencia y consolidación de la Concertación en el poder por veinte años. El autor señala que dichas prácticas de repartición del poder se convirtieron en una espada de doble filo, ya que estos enclaves tuvieron como contracara limitaciones en la representación y la *accountability*, dado el importante rol de las élites partidistas en dicho periodo. Algunos ejemplos de los llamados enclaves son el “cuoteo” de cargos públicos y el férreo control de los partidos en la

---

4. “Cambios al sistema político: Grupo transversal de expertos dice que reformas ‘no pueden esperar más’ y presionan al Ejecutivo”, *Emol*, 8 de abril de 2024, disponible en [tipg.link/ocxp](http://tipg.link/ocxp); “La resistencia en los partidos que hizo fracasar el impulso del senador De Urresti por reforma al sistema político”, *La Tercera*, 8 de mayo de 2024, disponible en [tipg.link/ocxu](http://tipg.link/ocxu); “Anuncian acuerdo para una reforma al sistema político”, *Senado de la República de Chile*, 27 de noviembre de 2024, disponible en [bit.ly/3NpWXCJ](http://bit.ly/3NpWXCJ).

nominación de candidatos, entre otros. Por último, para Siavelis, el telón de fondo de los enclaves de la transición fue el sistema electoral binominal, el que generaba fuertes incentivos a la formación de coaliciones al contar con un diseño de distritos de magnitud dos, brindándole gran peso a las dos coaliciones mayoritarias y amplias opciones de obtener una gran representación legislativa.

Durante los gobiernos de la Concertación (1990–2010) hubo múltiples intentos por cambiar el sistema electoral binominal (Gambboa y Morales, 2016). Para muchos sectores de la centroizquierda, el sistema binominal era una de las razones por las que no se lograba avanzar en ciertas reformas que requerían altos cuórum legislativos, además de beneficiar electoralmente a los sectores de derecha (Cabezas y Navia, 2005). En ese contexto es que en 2015 se impulsó la reforma al sistema electoral binominal, lo que generó cambios en las dinámicas electorales al interior del sistema político chileno al bajar las barreras de entrada, principalmente a la Cámara de Diputados (Jofré y Cabezas, 2025). Tal como muestra la tabla 1, a lo largo de la historia de Chile han existido diversos sistemas electorales, lo que, como nos recuerda la literatura, tiene efectos sobre el sistema de partidos (Navia, 2005). Indudablemente resulta interesante observar los cambios respecto al diseño del sistema electoral y sus implicancias en el sistema de partidos de Chile.

Tabla 1. Evolución del sistema electoral chileno (1973-2017)

Periodo	Cuerpo legal	Cámara de Diputados	Senado
Antes de 1973	Constitución 1925	150 escaños distribuidos en 29 distritos y electos por representación proporcional D'Hondt.	50 escaños distribuidos en 10 circunscripciones y electos por representación proporcional D'Hondt.
1989-2015	Constitución 1980 y Ley 18799	120 escaños distribuidos en 60 distritos y electos por representación proporcional D'Hondt.	38 escaños distribuidos en 19 circunscripciones y electos por representación proporcional D'Hondt.
2017	Ley 20840 que sustituye el sistema binominal	155 escaños distribuidos en 28 distritos y electos por representación proporcional D'Hondt.	50 escaños distribuidos en 16 circunscripciones y electos por representación proporcional D'Hondt.

Fuente: Jofré (2025).

Las leyes electorales y los sistemas de partidos son dos elementos indisolubles (Duverger, 1957). En ese sentido, serían como dos caras de una misma moneda. Siguiendo ese argumento, los cambios que pueda experimentar el sistema electoral tienen efectos en el sistema de partidos. Respecto a esa materia existen diversos trabajos que abordan los efectos de la reforma de 2015, que cambió el sistema binominal por el proporcional inclusivo (Gamboa y Morales, 2016; Jofré, 2025).

Desde el punto de vista de los partidos, el cambio de las leyes electorales permitió el surgimiento de nuevas entidades. En esa línea, utilizaremos el trabajo de Huneus y Avendaño (2018) para clasificar a las distintas organizaciones partidarias que se han creado desde la elección de 1989, utilizando las denominaciones de partidos *históricos*, *nuevos* y *emergentes* propuestas por los autores. Al actualizar la clasificación mencionada, el sistema político chileno podría quedar caracterizado de la manera que se muestra en la tabla 2.

Tabla 2. Clasificación de los partidos políticos según su trayectoria

Clasificación	Partido	Año de fundación	Clasificación	Partido	Año de fundación
Históricos (pre 1973)	Radical (PRSD)	1863	Emergentes (2016-2025)	Evópoli	2016
	Comunista (PC)	1922		Republicano (REP)	2020
	Socialista (PS)	1933		Partido de la Gente (PDG)	2021
	Demócrata Cristiano (PDC)	1957		Social Cristiano (PSC)	2022
Nuevos (1983-1989)	Renovación Nacional (RN)	1987		Demócratas	2023
	Unión Demócrata Independiente (UDI)	1983		Amarillos por Chile	2023
	Partido Humanista (PH)	1984		Frente Amplio (FA)	2024
				Nacional Libertario	2025

Fuente: Elaboración propia en base a Huneus y Avendaño (2018).

La tabla 2 evidencia un gran número de partidos con presencia en el sistema político chileno. Tal como señalan Jofré y Cabezas (2025), si en 2009 había ocho partidos con representación legislativa, en la elección de 2021 se eligieron representantes de diecinueve partidos, además de veintitrés independientes. Este simple análisis refleja

los efectos del cambio del sistema electoral, que trajo consigo un aumento considerable del número de partidos con representación parlamentaria y disminuyó los incentivos para la formación de coaliciones. Los cambios experimentados en el sistema de partidos de nuestro país, con la proliferación de nuevas agrupaciones y la caída sistemática del apoyo de partidos históricos, como el Partido Radical o el Partido Demócrata Cristiano, muestran que ninguna organización partidaria está “condenada al éxito” y puede ver mermada su representación si no logra conectar con las inquietudes de la ciudadanía. Tal como mencionaban Sajuria, Dosek y Alenda (2020), el ciclo de vida o *lifespan* responde también a las estrategias adoptadas por las élites partidarias ante el cambio político, lo que nos recuerda la importancia de una conducción política clara y coherente con la identidad del partido.

### Elecciones de 2025 en Chile

Como ya hemos señalado, la elección presidencial de 2025 tuvo un mal resultado para la centroderecha, agrupada en Chile Vamos. La tabla 3 muestra los resultados de la primera vuelta. Además de ser superada por Parisi —al igual que en 2021—, Chile Vamos ahora quedó detrás de Kaiser, lo que resultaba impensado un par de meses antes de la votación.

Tabla 3. Primera vuelta de la elección presidencial de 2025

Candidato	Partido	Votos	Porcentaje	Segunda vuelta
Franco Parisi	PDG	2.552.649	19,71	No
Jeannette Jara	PCCH	3.476.615	26,85	Sí
Marco Enríquez-Ominami	Independiente	154.850	1,20	No
Johannes Kaiser	Libertario	1.804.773	13,94	No
José Antonio Kast	Republicano	3.097.717	23,92	Sí
Eduardo Artés	Independiente	86.041	0,66	No
Evelyn Matthei	UDI	1.613.797	12,46	No
Harold Mayne-Nicholls	Independiente	163.273	1,26	No

Fuente: Elaboración propia con datos del Servicio Electoral (Servel).

Si el escenario 2021 ya había sido complejo, con un cuarto lugar en la presidencial con Sebastián Sichel, el quinto lugar de 2025 resulta demoledor. Ahora, hay algunos datos que resultan reveladores no solo de los problemas para definir una estrategia de campaña por parte de Evelyn Matthei y su equipo, sino que también del comportamiento de los dirigentes y candidatos del sector. Lo primero es la distancia entre la votación obtenida por Matthei —un 12,46 %— y el 21,05 % de la lista en la elección de diputados. Este hecho es similar al escenario 2021, donde el 12,79 % de Sichel contrastó con el 25,44 % de la lista de candidatos a la Cámara, tal como muestra la tabla 4.

En la misma tabla 4 resulta llamativo el gran resultado alcanzado por Franco Parisi y el Partido de la Gente (PDG), tanto en las elecciones de 2021 como en las de 2025. Si bien en 2021 su lista alcanzó seis escaños, al poco tiempo los parlamentarios entraron en conflicto con Parisi, por lo que renunciaron y se integraron a otros proyectos y organizaciones partidistas, lo que opacó de cierta forma su buen desempeño en la elección. Cuatro años después, y ya con catorce escaños, el PDG tomó un segundo aire gracias al 19,71 % alcanzado por su candidato presidencial.

En ciencia política existe un concepto llamado efecto de arrastre —*coattail effect*, en inglés— que permite explicar el efecto que generan candidatos presidenciales populares sobre sus listas parlamentarias, contribuyendo a su votación y ayudando finalmente a que se impongan por sobre candidatos incluso con mayor experiencia (Campbell, 1960). La literatura plantea que este arrastre permite a los candidatos presidenciales populares obtener cooperación legislativa. Ello puede ocurrir mediante el reemplazo de congresistas de oposición por miembros de su partido o a través de los incentivos que tienen los candidatos legislativos para alinearse con un candidato presidencial popular cuando este cuenta con apoyo entre sus votantes a nivel distrital (Ferejohn y Calvert, 1984). Este fenómeno se observó en la elección de 2025 y explicó en gran parte el rendimiento de los candidatos legislativos de Chile Vamos al estar asociados a Matthei y su bajo rendimiento presidencial.

Tabla 4. Votación de listas de diputados versus votación presidencial 2021-2025

Presidencial		Cámara de Diputados				
Candidato	%	Pacto	Partidos	Escaños	Lista %	Diferencia %
<b>2021</b>						
Kast	27,91	Frente Social Cristiano	REP, Social Cristiano	15	11,18	16,73
Sichel	12,79	Chile Podemos +	RN, UDI, EVO, PRI	53	25,44	-12,65
Parisi	12,81	Partido de la Gente	PDG	6	8,43	4,38
<b>2025</b>						
Kast	23,92	Cambio por Chile	REP, SC, Libertario	42	23,01	0,91
Kaiser	13,94	Cambio por Chile	REP, SC, Libertario	42	23,01	-9,07
Matthei	12,46	Chile Grande y Unido	RN, UDI, EVO, DEM	34	21,05	-8,59
Parisi	19,71	Partido de la Gente	PDG	14	11,98	7,73

Fuente: Elaboración propia con datos del Servicio Electoral (Servel).

Junto con esto, resulta interesante observar la configuración del Congreso a partir de la elección de 2025. La tabla 5 muestra la correlación de fuerzas tanto en la Cámara como en el Senado a partir de los escaños obtenidos por cada partido. El cambio en la configuración de las cámaras, con la pérdida de influencia de la centroderecha y de la centroizquierda, abre una serie de interrogantes respecto de las razones de sus caídas frente a sus adversarios más extremos, los republicanos y libertarios por la derecha, y los frenteamplistas por la izquierda. A continuación, intentaremos encontrar algunas explicaciones a este fenómeno, que es de mucho más largo aliento que las elecciones de 2021 y 2025.

¿Por qué surgen el Partido de la Gente, Libertarios, el Frente Amplio y, en cierta medida, el Partido Republicano? Si bien una primera respuesta podría enfocarse en la personalización de la política y la ambición política de sus líderes, la razón de fondo es más compleja. Ni Parisi, ni Kaiser, ni Boric y compañía, ni menos Kast, habrían logrado la influencia que hoy ostentan si no existiera una demanda instalada por parte de la ciudadanía de este tipo de proyectos políticos. En parte, el surgimiento de estas fuerzas tiene que ver con la incapacidad del *establishment* —entendido como los

Tabla 5. Distribución de la Cámara y el Senado, elección 2025

Cámara de Diputados			Senado	
Partido	Número de escaños	Porcentaje	Número de escaños	Porcentaje
<b>Oficialismo</b>				
Frente Amplio	17	11	2	4
Socialista	11	7,1	7	14
PPD	9	5,8	4	8
PRSD	2	1,3	-	0
PCCH	11	7,1	3	6
Liberal	3	1,9	1	2
PDC	8	5,2	3	6
Acción Humanista	1	0,6	-	0
FRVS	2	1,3	3	6
Total	64	41,3	23	46
<b>Chile Vamos y Demócratas</b>				
UDI	18	11,6	5	10
RN	13	8,4	9	18
Evópoli	2	1,3	2	4
Demócratas	1	0,6	2	4
Total	34	21,9	18	36
<b>Cambio por Chile</b>				
Repúblicano	31	20,0	5	10
Libertario	8	5,2	1	2
Social Cristiano	3	1,9	1	2
Total	42	27,1	7	14
<b>Otros</b>				
PDG	14	9,0	-	0
Independiente	1	0,6	2	4
<b>Totales</b>	<b>155</b>	<b>100</b>	<b>50</b>	<b>100</b>

Fuente: Elaboración propia con datos del Servicio Electoral (Servel).

partidos tradicionales de la ex Concertación y la Alianza por Chile— de producir respuestas eficaces a las necesidades y requerimientos de vastos sectores de la población. Citado en el capítulo 3, Malamud (2003) nos hablaba de la importancia del principio de representación política, el que le otorga un rol preponderante a las élites políticas como depositarios no solo de la confianza de la ciudadanía, sino que también de la potestad de tomar decisiones legítimas y vinculantes que afectan a la población en su conjunto. A la larga, el surgimiento de nuevos partidos nos dice que esta capacidad de representar a la ciudadanía está fallando y que las personas están dispuestas a apostar por nuevas organizaciones en lugar de las tradicionales. Tal como vemos en la tabla 5, constantemente hay nuevos partidos en los espacios de toma de decisión como el Congreso, hecho que se ha intensificado luego de la reforma de 2015, pero que desde 2019 en adelante tuvo un impacto a nivel presidencial en las elecciones de 2021 y 2025.

Tal como han reconocido muchas voces en los últimos años, aún no hemos podido leer en su totalidad el estallido social de octubre de 2019, por lo que parte del trabajo pendiente se encuentra en esa dimensión. El futuro de la centroderecha se juega en una mejor lectura de dicho proceso que la que se ha generado hasta ahora. La mayor prueba de esa carencia es el retroceso de sus candidaturas presidenciales tanto en 2021 como en 2025.

La tabla 6 muestra el resultado final de la segunda vuelta presidencial de 2025. En esa línea, la votación obtenida por Kast marca un triunfo contundente, que supuso su victoria en todas las regiones y en 310 de las 345 comunas del país. Sin duda, la llegada del republicano a La Moneda marca un hito relevante y puede leerse como un cambio muy difícil de revertir en cuanto al ordenamiento del sistema de partidos chilenos. El Chile que se estrenará con la presidencia de Kast continuará con el patrón posreforma 2015: alta fragmentación partidaria, polarización al menos por parte de las élites, partidos sin raigambre social y una oposición dispuesta a tirar el mantel antes de colaborar con el oficialismo. Si bien la situación es compleja en general, para la centroderecha es aún más difícil ante la presencia de tanta oferta política disponible.

Tabla 6. Segunda vuelta elección presidencial 2025

Candidato	Partido	Votos	Porcentaje	Presidente
Jeannette Jara	PC	5.218.444	41,84	No
José Antonio Kast	Republicano	7.254.850	58,16	Sí

Fuente: Elaboración propia con datos del Servicio Electoral (Servel).

## Competencia por derecha(s)

En octubre de 2025, la candidata a senadora y secretaria general del Partido Republicano, Ruth Hurtado, generó una polémica no menor con la UDI, señalando que si Jaime Guzmán estuviera vivo, votaría por Kast en lugar de por la abanderada de dicho partido, Evelyn Matthei.<sup>5</sup> Más allá de las diferencias propias de la campaña, la frase de Hurtado refleja dos fenómenos complejos para la UDI. El primero, que ha sido evidente a partir del crecimiento de dicho partido, es la fuga natural de una serie de cuadros políticos y técnicos que se formaron bajo el alero de la Fundación Jaime Guzmán y que se identifican con los principios gremialistas. El segundo fenómeno —del que no existen certezas, pero suena plausible— es que la estrategia republicana es sencillamente absorber completamente al partido fundado por Guzmán y posicionarse como el heredero natural del fundador del gremialismo.

Por si fuera poco, los resultados de la primera vuelta presidencial también marcaron otro hito, además del posicionamiento de Kast: la consolidación de Johannes Kaiser como alternativa incluso más a la derecha del líder republicano. La coalición Cambio por Chile —que agrupó a los partidos Republicano, Socialcristiano y Libertario— obtuvo 42 diputados y 7 senadores, muy por sobre Chile Vamos, que se quedó solo con 34 diputados, aunque mantiene un peso relevante en el Senado, con 18 escaños. Como ya mencionamos en el capítulo 3, una de las pruebas de fuego que deben enfrentar los partidos es su capacidad de convertirse en partido de gobierno, lo que es descrito como un elemento distintivo de los partidos (Huneus y Avendaño,

5. “Hurtado asegura que si Jaime Guzmán estuviera vivo se inclinaría por Kast y no por Matthei”, *Biobío Chile*, 15 de octubre de 2025, disponible en [tipg.link/05kN](http://tipg.link/05kN).

2018). Chile Vamos y el Partido Republicano ya lograron dar dicho complejo paso, la duda será si los libertarios de Kaiser lograrán hacerlo o continuarán como un partido crítico incluso de la administración Kast.

¿Es este fenómeno algo exclusivo de Chile? Sacando la cuestión del legado de Guzmán, al momento de hacer pactos electorales con partidos como el Republicano se corren ciertos riesgos de desdibujamiento o absorción. Rápidamente se nos viene a la mente el caso argentino, en la elección presidencial de 2023, que contó con la disputa entre Propuesta Republicana (PRO) y el partido La Libertad Avanza, de Javier Milei. Una vez asegurada la participación de Milei en la segunda vuelta, tanto la entonces candidata del PRO, Patricia Bullrich, como el expresidente Mauricio Macri, se cuadraron con Milei con el propósito de derrotar al peronismo en el balotaje. Una vez logrado el triunfo sobre Sergio Massa, Milei incorporó a su gobierno a una serie de cuadros que habían participado en el gobierno de Macri, dada su experiencia gubernamental y política, e incluso sumó a Bullrich —quien fuese la presidenta del PRO— a su proyecto político. La rápida salida de Bullrich del proyecto de Juntos por el Cambio y su fichaje por el proyecto libertario es una muestra de lo que puede pasar con la victoria de Kast: la adopción de una estrategia de absorción que puede perjudicar la representación de los partidos de centroderecha que lo apoyen.

Otro episodio más de dicha tendencia —o estrategia, a estas alturas— sucedió luego de la elección legislativa de finales de octubre de 2025 en Argentina, con la nominación del histórico dirigente del PRO Diego Santilli como ministro del Interior del gobierno de Milei. La tibia reacción del partido creado por Macri, que sigue contando al flamante ministro entre sus militantes, refleja la incomodidad ante dicha decisión individual de sumarse al gabinete.<sup>6</sup>

Mirando a otras latitudes, la aparición de expresiones de derecha más dura está a la orden del día. En Alemania, si bien la Unión Demócrata Cristiana (CDU) alcanzó en febrero de 2025 la mayoría para

---

6. “Con Macri al frente, el PRO dejó dos definiciones de cara a la segunda etapa de Milei”, *El Cronista*, 12 de noviembre de 2025, disponible en [tipg.link/05m](https://tipg.link/05m).

formar gobierno junto al Partido Socialdemócrata (SPD), Alternativa para Alemania (AFD) continúa con un alto apoyo en las encuestas, poniendo en aprietos al canciller Friedrich Merz y a sus aliados de coalición. Distintas instituciones han analizado las respuestas de las derechas tradicionales europeas ante el surgimiento de partidos de extrema derecha. En esa línea, instituciones como el Wilfried Martens Centre —el *think tank* del Partido Popular Europeo— han buscado revitalizar la discusión mediante la reivindicación del rol de los partidos populares, conservadores y democristianos en el concierto europeo (Welle y Reho, 2025). Por otro lado, la Fundación Konrad Adenauer (KAS, por sus siglas en alemán) ha analizado una serie de casos europeos marcados por la irrupción de partidos de extrema derecha, en los que destaca la diversidad de estrategias tomadas que estarían condicionadas al contexto de cada país (Enskat, 2025).

El peor escenario posible para la centroderecha es esperar que los acontecimientos determinen o condicionen su definición. Como vimos, los resultados de la elección parlamentaria mostraron un claro declive en el elenco parlamentario de Chile Vamos, donde RN pasó de elegir 25 diputados en 2012 a quedarse con 13 en 2025; la UDI pasó de 23 a 18 y Evópoli bajó de 4 a 2, lo que significa una señal contundente de parte de la ciudadanía sobre el futuro de nuestro sector político. A pesar de que se especulaba que la UDI tendría una dificultad mayor que resolver respecto al Partido Republicano, finalmente RN pagó parte de los costos del buen resultado del Partido de la Gente (PDG) de Franco Parisi.

Este último antecedente no puede pasar desapercibido de cara al futuro: el PDG articuló junto a Pamela Jiles una alianza que apela a sectores desencantados, que en los últimos años habían sido representados, en cierta medida, por RN. A pesar de que su candidato presidencial señala que “no son fachos ni comunachos”,<sup>7</sup> el discurso y algunas medidas impulsadas por Parisi podrían asimilarse a ideas de centroderecha, por lo que no darle la atención necesaria sería un error garrafal. Los 14 diputados obtenidos por el PDG tendrán un rol

---

7. “Parisi recalca que ‘no somos ni fachos ni comunachos’ tras consulta del PDG donde se impuso el voto nulo”, *La Tercera*, 1 de diciembre de 2025, disponible en [tipg.link/05no](https://tipg.link/05no).

clave de cara a los desafíos del próximo gobierno, además de incidir en la configuración de espacios de toma de decisión tanto en el Congreso como a nivel de gobierno central.

Sin duda, tanto RN como la UDI deberían ser capaces de entrar en un proceso de reflexión interno que sea lo suficientemente profundo para ofrecer una alternativa a Chile. En el caso de Evópoli, su mal resultado los deja al borde de la desaparición, de acuerdo con la Ley de Partidos Políticos. Ante dicho escenario, la pregunta cae de cajón: ¿somos lo mismo que Kast y los Republicanos? Si somos realmente distintos, es tiempo de pensar en aquello que nos identificará de cara a los próximos treinta años.

Hoy, en un contexto más desfavorable para nuestro país —con crisis de seguridad, una mala situación económica y el problema de la migración irregular— y con el surgimiento de las fuerzas políticas que protagonizaron la disputa dentro de la derecha en 2025, se hace urgente avanzar en esta discusión. El aumento de la competencia por la derecha exige tener claridad respecto a aquellos elementos diferenciadores que marcarán el futuro de la centroderecha, y el ejercicio de debate se hace imperativo. Luego de la dura caída de 2025, no se puede seguir postergando esta discusión.

### **11 de marzo de 2026: ¿Y ahora qué?**

El 11 de marzo de 2026 asumirá la Presidencia de la República de Chile José Antonio Kast. Luego de un contundente triunfo en la segunda vuelta sobre Jeannette Jara, la abanderada comunista, con un 58,18% de los votos, Kast sucederá en el Palacio de La Moneda a Gabriel Boric, su contendor en la presidencial de 2021. Si bien al momento de escribir estas líneas José Antonio Kast aún no se calzó la banda presidencial, resulta esperable que gobierne recurriendo a las ideas del gremialismo, por lo que no resultaría extraño que ciertos comportamientos y acciones vistas tanto en 2009 como en 2017 se repitan, dada la gravitación de dichas ideas en ambos gobiernos piñeristas. Una muestra de ello fue el diseño de su gabinete ministerial, que contó con 16 independientes de un total de 24 nombramientos.

Por otro lado, desde el paso del republicano a segunda vuelta —en desmedro de Johannes Kaiser y Evelyn Matthei— se desarrollaron una serie de discusiones respecto al futuro de la centro-derecha en Chile. A pocas horas de consumada la derrota de Matthei, distintos dirigentes sentenciaron la “muerte de Chile Vamos” e incluso algunos afirmaron que nunca existió.<sup>8</sup> Todas estas cuñas grandilocuentes muchas veces esconden agendas personales que no guardan relación con las dificultades venideras. Más allá de los servicios prestados a la patria por figuras como Mario Desbordes, Cristián Monckeberg o Pablo Longueira, los desafíos del futuro no pasan por repetir fórmulas del pasado, sino que se requiere una discusión profunda que justifique la existencia de la centroderecha como coalición política. La supervivencia o no de Chile Vamos como estructura resulta irrelevante; lo central de cara al futuro es el contenido que le dé sustento a una coalición, por lo que si la conversación se centra en cuestiones de marketing y no de doctrina, seguiremos en el mismo lugar que el 17 de noviembre de 2025. La falta de discusión puede ser superada a partir de instancias como un congreso doctrinario que se haga cargo de definiciones de principios y las distintas estrategias para relacionarse o derechamente enfrentar a sectores con atributos iliberales o populistas; de lo contrario, continuaremos con falencias estratégicas.

En los capítulos anteriores hemos hecho un esfuerzo por contribuir con elementos teóricos para el desafío que implica la construcción de una propuesta doctrinaria de futuro para la centroderecha. ¿Está todo dicho? Indudablemente que no. Se requieren múltiples voces para afinar una mirada que no solo tenga consistencia interna y una raigambre con los valores y principios de dicho sector, sino que tenga sentido para la gran mayoría de chilenas y chilenos que hoy ven sus vidas en una situación más complicada que en el pasado reciente. Como hemos dicho, la ciencia política nos brinda herramientas de análisis, pero parte de las preguntas centrales que se deben responder le corresponden al militante que busca transformar la

---

8. “El dilema de las derechas chilenas: fundar o no una coalición amplia como fue la Concertación”, *El País*, 22 de noviembre de 2025, disponible en [tipg.link/0506](https://link/0506).

realidad para cambiar lo que se puede mejorar y conservar lo que es positivo para el colectivo. Para ello, no hace falta mirar tan atrás. Un ejemplo es la labor de la Concertación como conglomerado político. Logró articular un proyecto político —con virtudes y defectos— que le permitió ostentar el poder por veinte años y transformar aquellos elementos que sus líderes y élites políticas consideraban más urgente en un contexto institucional y político no exento de restricciones.



## Capítulo 6

# **¿Por qué estamos en política? Una respuesta desde la centroderecha**

La noche del 16 de noviembre de 2025 cerró un largo ciclo en la centroderecha chilena. La derrota de Evelyn Matthei y el paso de José Antonio Kast a la segunda vuelta jubiló a la generación de la transición y dejó planteada la interrogante sobre la continuidad de Chile Vamos y sus partidos. Este doloroso hito marca también una oportunidad para preguntarnos, cuestionar, discutir y proponer. Independientemente de la eventual llegada de cuadros de Chile Vamos al gobierno de Kast, se abre una nueva etapa que requiere ahondar en las razones de la derrota y que conecta con la interrogante central de esta obra.

¿Por qué estamos en política? Esta simple pregunta no debe ser considerada desde una mirada retrospectiva, ya que el desafío está en el futuro. En los capítulos previos buscamos entregar nociones que nos permitirán adentrarnos en esta interrogante. Luego de una revisión de distintas fuentes y de la literatura donde abordamos qué es la política, la forma de entender dicho oficio e intentar comprender para qué nos involucramos en ella, nos abocaremos a dar respuesta a la pregunta que titula este libro. Nuestra respuesta en esta parte no es neutra ni aséptica, sino que corresponde a la del militante de RN que ve en los partidos políticos una de las claves para salir de la situación en la que se encuentra su sector. Como dijimos, responder a la pregunta “¿Por qué nos involucramos en política?” se asemeja mucho más a un mosaico compuesto por piezas de múlti-

ples tamaños y colores que a un bloque uniforme y monocromático. La respuesta depende de la formación académica de la persona, del grado de involucramiento en lo público e incluso de algunos atributos éticos y morales.

En adelante nos propondremos articular un diagnóstico crítico respecto al estado actual del sistema político chileno e identificar algunas de sus problemáticas, además de entregar algunas luces sobre cómo mejorarlo. Por último —y más relevante aun—, buscaremos realizar una propuesta respecto a cómo debiese actuar la centroderecha chilena de cara a sus próximos desafíos, tanto político-electorales como programáticos y de formación de futuros cuadros políticos.

La centroderecha se enfrenta a una serie de cuestionamientos sobre su futuro. Luego de los dos periodos presidenciales bajo la conducción de Sebastián Piñera (2010–2014 y 2018–2022) y dos elecciones presidenciales sin alcanzar la segunda vuelta frente a Kast y los republicanos, las dudas sobre la capacidad del sector de sintonizar con los anhelos de los chilenos resultan completamente válidas. Para cambiar el rumbo es tiempo de pasar a la ofensiva y comenzar a sembrar, de cara a los próximos treinta años, utilizando los conceptos desarrollados a lo largo de esta obra.

Luego de abordar las distintas interrogantes que han surgido en el desarrollo de este libro, es difícil encontrar una única razón para que una persona se involucre en política de forma activa. Por otro lado, también es difícil distinguir si aquella persona que toma la decisión de participar en esta actividad permanecerá el tiempo suficiente para dejar huella en un partido, una comunidad o en un país. Le hemos dedicado varias páginas al concepto de trayectoria, por lo que sabemos que, para dilucidar dicha cuestión, la ambición es un elemento medular. Al volver nuevamente a nuestra definición de política, sin duda hay un componente normativo que es mejor reconocer:

La política es un oficio asumido por seres humanos, con sus luces y sombras, en el que la búsqueda del poder se justifica por la expectativa de orientar la vida en sociedad desde determinados valores y cuyos actores tienen la pretensión de contribuir a una determinada idea de bien común.

Dicho esto, desde nuestra perspectiva y concepción de la política, el binomio valores e idea de bien común es la razón por la cual vale la pena pagar los costos de esta tan compleja actividad. Sin ser majadero, todo esto suena bien, pero nuevamente es la realidad material y específica de cada sociedad, sumada a las virtudes y defectos de los intérpretes y elencos que encarnan los proyectos políticos, lo que marca su éxito o fracaso.

Como ya hemos mencionado, la centroderecha viene a los tumbos y aún está asimilando su estado actual ante la administración Kast, por lo que una mirada a la historia reciente de Chile nos puede dar luces de cómo recuperar esa brújula —ahora perdida— que nos lleve al éxito político.

### **El agotamiento de la transición: Lecciones de la Concertación**

El 17 de enero de 2010, los chilenos pusieron fin a veinte años de gobiernos de la Concertación y eligieron presidente de la República a Sebastián Piñera. La coalición derrotada, que había encabezado cuatro administraciones exitosas entre 1990 y 2010, tuvo como principales voceros del candidato vencido —el expresidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle— a quienes eran considerados el recambio natural de la vieja guardia concertacionista: Carolina Tohá, Claudio Orrego y Ricardo Lagos Weber.

Este triunvirato compartía rasgos evidentes: representaban la promesa de renovación en sus partidos, habían alcanzado posiciones relevantes a edad temprana y formaban parte de una élite política heredera de figuras centrales de la Concertación. Sin embargo, los tres —quizás en menor medida Tohá— encarnaban una conducta marcada por la paciencia y el cálculo excesivo. En contraste, Marco Enríquez-Ominami emergió como su antítesis al romper con sus antiguos aliados y disputar sin ambigüedades la presidencia en esa misma elección. MEO encarnó la ambición política como motor de cambio del *statu quo*, un rasgo distintivo entre quienes aspiran a gobernar y quienes se resignan a esperar.

Este episodio retrata con nitidez no solo a una generación de liderazgos de centroizquierda, sino también, por contraste, a sus adversarios en la centroderecha. “Mi momento ya vendrá” podría

sintetizar la actitud de las Tohá, y los Orrego y Lagos Weber de entonces. La política, sin embargo, es impredecible: casi quince años después, Tohá renunciaba al Ministerio del Interior del Gobierno de Boric para asumir una candidatura presidencial que no prosperó; Orrego ejerce su segundo mandato como gobernador regional metropolitano; y Lagos Weber finaliza su último periodo como senador por Valparaíso, tras dieciséis años, además de desempeñarse como vocero del comando de Jeannette Jara. Cargos relevantes, pero menores para quienes estaban llamados a liderar una nueva etapa del proyecto concertacionista.

La derrota frente a Piñera debía traer consigo un proceso de reflexión y análisis sobre por qué los chilenos habían relegado a la Concertación a la oposición. Finalmente esto no pasó y la coalición política más exitosa de la historia de nuestro país fue incapaz de repensar su proyecto político, abrir nuevos debates y proyectar su relato no solo de cara a la próxima elección, sino que a los desafíos venideros de una sociedad que se había refundado al calor de sus políticas sociales y el crecimiento económico de las décadas de los noventa y principios de los dos mil. El caso de la Concertación es de una paradoja brutal, ya que fueron, a la larga, víctimas de su propio éxito. Si bien en 2014 los elencos de la difunta élite concertacionista volvieron a La Moneda con la experiencia de la segunda administración de Bachelet, esta vez era sin un proyecto político macizo como lo fue a inicios de los noventa. En esa oportunidad, con un programa basado en reformas estructurales en educación, en el ámbito económico y en el sistema electoral, los partidos de la Nueva Mayoría apostaron todo al liderazgo de Michelle Bachelet Jeria y al aprecio de millones de personas hacia ella.<sup>1</sup>

A esta situación habría que sumar que fue en dicho gobierno en el que se fraguaron los primeros atisbos del Frente Amplio chileno. En retrospectiva, fue al alero de Bachelet que la generación que gobierna Chile de la mano de Gabriel Boric en el periodo 2022-2026 hizo sus primeras armas en el Estado. Es paradójico que aquel mismo grupo posteriormente se erigiera como implacable inquisidor de

---

1. Para ver los resultados de dicho gobierno, véase Fernández (2017).

la obra concertacionista, con un veredicto sintetizado en la famosa frase “no fueron treinta pesos, fueron treinta años”, popularizada en el denominado estallido social de 2019. En su momento, Mansuy (2016) lo retrataba de la siguiente forma:

¿Por qué una generación que había conducido al país durante dos decenios abjuró de todo ello para conformarse con el lirismo de un puñado de dirigentes juveniles? [...] Por más que haya revestido apariencias de vociferación, esa renuncia fue, en el fondo, una manifestación de cierto silencio, un silencio que seguirá resonando por largo tiempo porque toca tanto el pasado (no quieren asumir lo que hicieron) como el futuro (no tienen nada relevante que decir sobre él) (Mansuy, 2016: 14).

En pocas palabras, el triunfo sin proyecto puede transformarse en derrota rápidamente. El periodo que va entre la derrota en 2010 y el fin del segundo mandato de Bachelet deja una sensación de extravío por parte de las dirigencias de la ex Concertación y la Nueva Mayoría. Esa sensación se traduce en una evidente carencia de un proyecto aglutinador de cara a los embates de la política. Si antes hablábamos de valores y esa idea de bien común que justificaba la disputa del poder, luego de revisar dicho periodo, aparentemente, los valores pasaron a un segundo plano ante la búsqueda del poder. Una situación similar se podría observar a partir del debate de las dos almas del gobierno de Boric. Es ahí, en los momentos de debilidad y duda respecto a los pasos a seguir, que aflora nuevamente nuestra pregunta eje de por qué estamos en política. Una respuesta clara opera como faro ante la adversidad y las turbulentas aguas de la política.

Por el lado de la derecha, la cosa no era mucho mejor, aunque presenta algunas diferencias importantes. Al diagnóstico general de Mansuy respecto a la transición y la sensación de extravío generalizado que caracterizó al periodo posmovilizaciones de 2011, el autor agrega el hecho de una falta de orientación política por parte de la derecha y la necesidad de un esfuerzo “cartográfico” para encontrar el camino en clave política. El autor lo grafica de la siguiente forma:

Si acaso buscan ser relevantes, los datos técnicos deben ser traducidos en un lenguaje político, con lo que dejan de ser puramente técnicos. La de-

recha, en general, ha fallado por este lado. En efecto, encuentra dificultades enormes para siquiera reconocer la existencia de esas percepciones, pues en muchos sentidos son contradictorias con los esquemas intelectuales que la dominan; y eso explica su extraño silencio (Mansuy, 2016: 17).

Dentro de las diferencias mencionadas respecto a la izquierda, el fenómeno es casi el opuesto, ya que la comprensión política de dicho sector choca abruptamente con la realidad, la que, en palabras del autor, le impone límites imponderables. Al iniciar su segundo mandato presidencial (2018–2022), Sebastián Piñera le propuso al país una “segunda transición hacia el desarrollo integral” en su programa de gobierno. Dicho programa buscaba emular parte del espíritu inicial de los gobiernos de la Concertación, y en especial del mandato de Patricio Aylwin. Si bien tanto el primer mandato de Piñera como el segundo tuvieron la intención inicial de reclutar a exmiembros de la Concertación y adoptar algunas ideas de dicho sector político, ignoró una serie de procedimientos y mecanismos que le permitieron a dicha coalición permanecer en el poder durante veinte años.

Dávila, Olivares Lavados y Avendaño (2013) analizan los elementos que contribuyeron a mantener unida a la Concertación, especialmente a la hora de conformar sus equipos de gobierno y gabinetes ministeriales. Para los autores, la existencia de incentivos institucionales contribuyó a mantener a la Concertación unida, aunque las “reglas informales” fueron clave para complementarlas y superar de cierta forma las rigideces del sistema. Los liderazgos de la Concertación generaron relaciones de confianza entre sí, aunque también ciertos mecanismos de control interno, lo que contribuyó en su convivencia y permitió avanzar en acuerdos amplios. Una muestra de ello fue que cada ministerio poseía un ministro y un subsecretario de diferente partido. Siguiendo a los autores, esta realidad permitió que se articulara una élite transversal de dirigentes, quienes ya no solo representaban a sus partidos, sino que contaban con una lógica compartida al interior de la coalición centroizquierdista y del aparato del Estado. En el primer gobierno concertacionista, Patricio Aylwin tuvo la capacidad de reclutar para su gabinete a un equipo transversal, que contaba con agentes de dilatada trayectoria, con experiencia

política y ascendencia en sus respectivos partidos y en sus fracciones internas (Dávila, Olivares Lavados y Avendaño, 2013).

Tal como planteó Silva (2011), el gobierno de Aylwin tuvo la marcada decisión de sacar lecciones del quiebre democrático durante el gobierno de Allende. El presidente demócratacristiano hizo esfuerzos por convocar a profesionales capacitados para las tareas de la administración del Estado, lo que, sumado a las experiencias de vida de los líderes de los partidos de la Concertación, contribuyó al surgimiento del denominado *partido transversal* de la Concertación.

### **La tentación tecnocrática de la derecha y su aversión a la política**

Desde antes del retorno de la democracia, la centroderecha chilena ha estado marcada por su distancia de los partidos políticos, además de su crónica inclinación hacia la tecnocracia y el mundo de las finanzas. Sin duda, hay momentos en que estos síntomas se acentúan. Tal como señala Herrera (2014), esto no fue siempre así, ya que en dicho sector político existía una vinculación estrecha entre acción y pensamiento político; la derecha contaba con intelectuales y académicos de vanguardia que participaban en política y los políticos de derecha contaban con algún grado de formación filosófica. En palabras del autor, la escisión que vivimos es un fenómeno más bien nuevo. Al alero de los partidos Conservador y Liberal, muchos intelectuales participaban directamente en política, tal como retrata Herrera; nombres como Góngora, Encina, Galdames y Edwards destacan entre ellos. Pero, tal como señala la literatura, la cosa política le resulta compleja y árida a ese sector, especialmente cuando sus referentes han intentado desentenderse de dicha actividad.

La historia de nuestro país muestra distintos momentos en que la derecha contó con escenarios favorables y terminó siendo derrotada por otro candidato menos competitivo (Correa, 2011; Jofré y Navia, 2017). El ejemplo emblemático es la elección presidencial de 1946, cuando Eduardo Cruz-Coke y Fernando Alessandri —dos candidatos ligados al sector— se enfrentaron entre sí, facilitando el triunfo del radical Gabriel González Videla.

Por otro lado, tal como se mencionó en la primera parte de este libro, el ejercicio de la política no solo exige habilidades o creden-

ciales, sino también la convicción de un proyecto colectivo asociado a ideas que le den sentido a nuestra actividad. Indudablemente, han existido momentos en que el proyecto político de la centroderecha ha perdido nitidez, pero es en ese tipo de circunstancias en que deberían aflorar no solo las convicciones, sino también los atributos éticos de los agentes para darle conducción a este tipo de procesos complejos, aplacando a los oportunistas que buscan el beneficio personal o la oportunidad individual a cualquier costo. Transcurrido algo de tiempo de la derrota en primera vuelta, la centroderecha y Chile Vamos deben tomar esta última oportunidad para conformar aquel proyecto político que le dé coherencia a su accionar de cara a los cruciales años que vienen.

Como ya hemos visto, la incidencia del fenómeno tecnocrático no es algo reciente. Para Silva (2010), los tecnócratas han tenido un rol clave en el desarrollo de Chile desde la década de 1920 en adelante, gozando de mayor o menor prestigio e influencia a partir de la cercanía con los distintos presidentes. Según el autor, los tecnócratas en Chile han cumplido un rol moderador, especialmente ante la falta de consensos de la democracia chilena pre-1973.

Si bien el fenómeno tecnocrático podría asociarse más a la derecha a partir de las reformas impulsadas por los economistas de la Universidad de Chicago —conocidos como “Chicago Boys”—, durante los cuatro gobiernos de la Concertación casos como el de Alejandro Foxley, Eduardo Aninat, Nicolás Eyzaguirre y Andrés Velasco resultaron clave no solo en el diseño de políticas, sino que también en la conducción de los gobiernos (Silva, 2010).

Al abordar el concepto, Silva (2010) sostiene que definir al tecnócrata resulta complejo, debido a su distancia de la acción política y a la tendencia de estos agentes a no reconocerse como tales. A ello se suma el carácter frecuentemente peyorativo del término, asociado a la imagen de actores fríos, calculadores y carentes de sensibilidad social. Por su parte, Dávila (2011), al sintetizar distintas definiciones, señala que los tecnócratas basan su influencia en su experticia técnica —respaldada por credenciales académicas o estudios de doctorado—, a diferencia de los políticos, cuya legitimidad proviene principalmente de la competencia electoral. Aunque no

existe una profesión específica que los defina, suelen estar vinculados a disciplinas como la ingeniería, la economía, las finanzas o la administración.

En el caso de la derecha política, hay múltiples casos en que agentes con credenciales tecnocráticas han ejercido posiciones de liderazgo gravitantes en dicho sector. Uno de ellos fue Gustavo Ross, el llamado “mago de las finanzas”, quien fue el candidato presidencial del Partido Liberal en la elección de 1938. Posteriormente, la irrupción de Jorge Alessandri como candidato y, a la postre, presidente de Chile sigue el patrón de candidatos con atributos tecnócratas y reacios a la actividad política. Esta continuidad histórica suma un nuevo caso con la candidatura de Hernán Büchi en 1989 y luego con Joaquín Lavín, quien ostenta atributos tecnocráticos y se convirtió en el candidato de la derecha en 1999 y 2005. Uno de los últimos casos asociados a la tecnocracia, aunque con un mayor grado de vinculación política, fue el de Sebastián Piñera en las elecciones de 2005, 2009 y 2017. Todos estos casos responden a la figura del economista o gerente que caracterizó a los candidatos presidenciales de la derecha en la historia larga del sector.

Tal como ha sido documentado extensamente en la literatura de las ciencias sociales, dentro de las distintas características que le dieron forma al régimen de Augusto Pinochet (1973-1990), una fue la participación estratégica de influyentes civiles como Jaime Guzmán, Miguel Kast, Hernán Büchi o Carlos Cáceres, entre muchos otros. La particularidad de los recién nombrados tiene que ver con la influencia que jugaron en la consolidación del *corpus* doctrinario del régimen militar, compuesto por el gremialismo como doctrina política y la economía de mercado encarnada en la figura de los economistas de la Universidad de Chicago.

Volviendo a la propuesta de Guzmán, Herrera (2014) señala que la principal preocupación o eje organizador —tanto del pensamiento como de la praxis política de Guzmán— fue la defensa de la irreductible libertad del espíritu y su despliegue en un mundo afectado por poderes seculares. Para el autor, este elemento articula toda su vida y obra, dejando a sus demás posiciones en un plano funcional al

motivo básico. Para Herrera (2014), en Guzmán no hay una doctrina positiva desarrollada de carácter más perenne:

La figura de Jaime Guzmán puede ser un ejemplo políticamente admirable. Pero ese carácter, antes que de una doctrina acabada y perenne, emana —en cierta forma, al contrario— de una inigualable capacidad para adaptar a las cambiantes circunstancias el principio fundamental al que fue fiel. Por eso, precisamente, muchas de sus doctrinas particulares están superadas desde su propio punto de vista. La llamada “síntesis” guzmaniana de teoría económica de Chicago y gremialismo, no es una doctrina, sino una solución de circunstancias. [...] [Es] el aseguramiento de la libertad del espíritu frente a las fuerzas que amenazan con arrasarla (Herrera, 2014: 104).

En esa línea, esa gran capacidad de interpretación de las circunstancias goza de una influencia desmedida al interior de la centroderecha. Esto no es culpa de Guzmán ni de sus adherentes, tiene que ver también con la incapacidad de sus contemporáneos para formular alternativas políticas que, de alguna forma, contrapesen dicha influencia, que se despliega sobre una llanura casi vacía de pensamiento político reciente en la centroderecha. La búsqueda de equilibrios debería ser una de las pretensiones mayores por parte de la centroderecha. Estos equilibrios pueden aplicarse a múltiples dimensiones: el reclutamiento de sus elencos de gobierno, la selección de candidatos y la formación de liderazgos de cara a los desafíos, tanto de gestión como electorales.

La tabla 7 presenta algunos datos descriptivos a nivel ministerial. Se observa un aumento exponencial en el número de ministros independientes durante los gobiernos de Piñera 1 y 2: 23 y 26, respectivamente. Por otro lado, los ministros caracterizados como tecnócratas tuvieron una participación similar en los distintos gobiernos, aunque su presencia fue mayor durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Si bien nuestra definición de tecnócrata exige que el actor cuente con el grado académico de doctor en economía o ciencias sociales y una participación política reducida, algunos de estos atributos también están presentes en otros integrantes del gabinete, aunque en menor medida.

Tabla 7. Datos estadísticos descriptivos de los gabinetes ministeriales (1990-2022)

Gobierno	Tamaño del gabinete	Número de ministros	Ministros políticos	Independientes	Tecnócratas	Technopols
Aylwin	20	26	16	3	3	4
Frei	20	53	31	5	11	6
Lagos	20	53	36	5	7	5
Bachelet 1	22	45	34	4	5	2
Piñera 1	23	52	20	23	6	3
Bachelet 2	24	48	33	7	5	3
Piñera 2	24	64	32	26	4	2

Fuente: Elaboración propia con datos de Jofré, Cabezas y Navia (2024). Tecnócratas son agentes con grado de doctor en Economía o Ciencias Sociales. Los *technopols* son aquellos actores que cuentan con experiencia político-partidista relevante y además credenciales académicas de alto nivel (Dominguez, 1997). Este concepto se desarrollará más adelante en el libro.

Por último, los *technopols* son actores mucho más difíciles de identificar, ya que combinan credenciales académicas avanzadas con un fuerte compromiso político, una combinación de atributos relativamente poco frecuente. Estos perfiles cuentan con herramientas que les permiten articular sus habilidades técnicas con la praxis política, lo que representa una ventaja al momento de desempeñarse en cargos públicos.

La tecnocracia cumple un rol relevante como fuente de especialización técnica para enfrentar problemas públicos complejos como la gestión económica de un país en crisis. Dicho esto, la búsqueda de racionalidad técnica sin una mirada política puede ser incluso perjudicial a la hora de enfrentar los desafíos de lo público. En simple, la tecnocracia ayuda a resolver el *cómo* de ese tipo de problemáticas. Por ejemplo: ¿cómo reducir la deuda pública?, ¿cómo encontrar la forma más eficiente de dar soluciones habitacionales ante un incendio? Así suma y sigue. Lo que puede quedar fuera de la mirada del técnico es por qué debemos hacer cada una de esas cosas, lo que puede ser respondido de forma más sencilla desde la perspectiva del actor político. De ahí la importancia que tiene la pregunta que titula nuestro libro.

## **El gobierno de Boric, la generación tapón y Kast**

El 11 de marzo de 2022, con la llegada de Apruebo Dignidad a La Moneda, se puso término a treinta y dos años de gobiernos democráticos de centroizquierda y centroderecha. Luego de una serie de malos resultados en la gestión y hechos que complicaron al gobierno del presidente Gabriel Boric, se produjo un hito muy llamativo: el ingreso a las posiciones clave del Gobierno de personeros de la ex Concertación, como Carolina Tohá al Ministerio del Interior y Álvaro Elizalde a la Secretaría General de Gobierno, a lo que se sumaba la presencia de Mario Marcel en el Ministerio de Hacienda. Una de las principales críticas al gobierno de Boric pasa por la inexperiencia y la improvisación de sus principales actores, quienes en el pasado destacaban como políticos hábiles, a pesar de que sus principales liderazgos rondaran los 36 años, formando una generación distinta a la de los personeros de la extinta Concertación.

Al analizar el sistema de partidos chileno, Bellolio (2019) recurría a una mirada alternativa y se centraba en las generaciones políticas de procedencia de las élites. El autor enfatizaba el debilitamiento del clivaje autoritarismo/democracia, propio del plebiscito de 1988, mientras una nueva generación que no vivió la experiencia autoritaria irrumpe en el escenario político. Para Bellolio, el contexto tras la elección de 2017 significa la entrada definitiva de la generación pos-Pinochet a la arena política institucional, mediante la construcción de partidos y coaliciones políticas propias a partir del fracaso de la renovación interna de los cuadros concertacionistas. El autor enfatiza que las movilizaciones de 2011 funcionan como hito formativo para esta nueva generación, aunque reconoce que la variable generacional no cuenta con la profundidad del concepto tradicional de clivaje.

Tal como ya dijimos, las élites concertacionistas extendieron lo más posible su rol protagónico en la trinchera política, a partir de la ansiedad política de una generación que fue privada de actividad partidista formal durante diecisiete años (Bellolio, 2019). Los partidos de la transición no lograron instaurar procesos de reclutamiento y renovación de agentes exitosos al interior de sus partidos, lo que

acrecentó la “ajenidad” y fomentó la estrategia del reemplazo a partir de la articulación de nuevas organizaciones políticas (Bellolio, 2013). Si para la generación de la transición el plebiscito de 1988 cumplió una suerte de rol bisagra en su socialización, para quienes nacieron en los ochenta y en torno al retorno de la democracia, las movilizaciones de 2011 cumplieron un rol similar, generando su propia épica y coordinadas políticas.

A partir del análisis de Bellolio (2019) es posible afirmar que, además de las contribuciones y lecciones que se pueden sacar de los gobiernos de la Concertación y su oposición más fuerte —la Alianza por Chile—, dichas generaciones fueron una suerte de tapón para el surgimiento de nuevos liderazgos. Es común escuchar que la Concertación fue la coalición política más exitosa en la historia de Chile. Probablemente esa afirmación es real, pero resulta ineludible el hecho de que a la larga fue víctima de su propio éxito, al cambiar a nuestro país, pero siendo incapaz de encontrar un recambio potente que revitalizara a sus partidos. Este fenómeno no es parejo para todos los partidos, ya que mientras el Partido Radical y la Democracia Cristiana van en decadencia, el Partido Socialista sigue a pie firme y quizás como uno de los más influyentes del llamado socialismo democrático.

Ahora, en la derecha también existen ciertos indicadores de esa dimensión de tapón de la que hablábamos. Un ejemplo respecto a la derecha tradicional es el caso de la recordada “patrulla juvenil” de Sebastián Piñera, Andrés Allamand, Alberto Espina y Evelyn Matthei. Dentro de dicho grupo, Andrés Allamand destaca por lo dilatada de su trayectoria, la que inicia en torno a 1972 al postularse a la Federación de Estudiantes Secundarios (FESES) por el Partido Nacional (Allamand, 1999) y concluye de cierta forma cuando termina su etapa como canciller en el segundo mandato de Sebastián Piñera en febrero de 2022. Este caso, donde se contabilizan cincuenta años de vida política casi ininterrumpida, refleja de forma precisa a esa generación que tuvo a cargo la conducción de la transición, tanto desde el oficialismo como desde la oposición.

A fin de cuentas, la llegada de cuadros políticos del ahora llamado socialismo democrático —o ex Concertación— a cargos relevantes

del Gobierno de Boric nos indica que la labor es compleja y exige preparación y experiencia. A pesar de los niveles de aprobación, los errores en la gestión y un montón de problemas propios del ejercicio del gobierno, la administración Boric existe a partir del arrojo y el atrevimiento de la generación de 2011. Si en su momento los Boric y los Jackson, por el lado del reemplazo, y las Vallejo y las Cariola, por el lado de la renovación, no hubiesen contado con una vocación de poder genuina y ciertos niveles de ambición política concreta, no estaríamos analizando el fracaso de la Concertación para producir a sus nuevos liderazgos.

Por el lado de la coalición liderada por José Antonio Kast —Cambio por Chile— existen distintos referentes que provienen de Chile Vamos. El propio Kast renunció a la UDI ante la falta de oportunidades para dirigir dicho partido y luego de ser derrotado en dos oportunidades en sus elecciones internas (2008 y 2010). A la larga, Kast, de alguna forma, fue víctima de esa generación tapón, encarnada por los coroneles de la UDI: Jovino Novoa, Andrés Chadwick, Pablo Longueira y Juan Antonio Coloma. Su salida en 2016, que derivó en su candidatura presidencial en 2017 y todo lo que hoy sabemos, representa, en cierta medida, la incapacidad de los partidos para dar cauce a sus diferencias estratégicas y tácticas.<sup>2</sup>

### ¿Qué debe hacer la centroderecha? Partidos fuertes y *technopols*

Al hacer un repaso rápido respecto de las élites políticas actuales, tanto en la derecha como en la izquierda hay liderazgos interesantes de cara a los próximos años. A pesar del mediocre desempeño del gobierno del presidente Boric, existe un elenco importante de agentes que reemplazaron a los cuadros históricos por el lado de la izquierda. Por el lado de la derecha, ya mencionamos el surgimiento de nuevos partidos y el posicionamiento de sus referentes en la elección de 2025.

Si en 2013 se habló de renovación y reemplazo de la oferta política debido a una sensación de ajenidad entre los jóvenes y la genera-

---

2. “La desconocida historia del día en que Kast renunció a la UDI”, *Ex-Ante*, 21 de noviembre de 2021, disponible en [tipg.link/oERE](http://tipg.link/oERE).

ción de la transición (Bellolio, 2013), hoy el escenario no parece muy distinto. Si entonces el llamado era a convocar a una nueva generación de actores que asumiera la conducción de la política chilena, en la actualidad resulta aún más urgente avanzar en esa dirección. En cierta medida, esto tuvo efectos en el surgimiento de un nuevo escenario político, ya que los partidos hegemónicos del periodo 2013-2017 hoy se encuentran en una situación compleja, incluso en riesgo de desaparecer.

En retrospectiva, al repasar los gabinetes de las dos administraciones Piñera, queda en evidencia que muchos agentes se repitieron el plato ante la posible falta de elenco: 11 de los 64 nombramientos del segundo mandato de Piñera respondían a exministros de su primera administración, algunos de los cuales fueron nombrados en más de un ministerio (Andrés Chadwick, Roberto Ampuero, Teodoro Ribera, Andrés Allamand, Felipe Larraín, Cecilia Pérez, Juan Andrés Fontaine, Jaime Mañalich y Alfredo Moreno).

De cara al futuro, se debe impulsar una renovación profunda de ideas y de cuadros. Para evitar que generaciones más parecidas a las que se formaron en torno al plebiscito de 1988 se tomen nuevamente los espacios clave de los partidos y áreas de influencia, los cuadros ligados a la UDI y RN con similitudes a la generación de 2011 deberán prepararse para desbancar a quienes los anteceden. Si bien recurrir a cuadros con experiencia, como se mencionó en páginas anteriores, es relevante, esto debe hacerse en un justo y difícil equilibrio.

Como hemos visto, el poder es uno de los elementos constitutivos de la política y, tal como se sabe, no se cede ni entrega, debe ser arrebatado. Independientemente de la voluntad de entregar la posta a una nueva generación, tal como se mencionaba, deben generarse ciertos hitos que justifiquen la conquista del poder, entendida como la toma del partido y la llegada a cargos de relevancia en puestos ejecutivos o legislativos. Recurriendo al concepto de generaciones mencionado por Bellolio (2019), la generación de 2011 por el lado de la izquierda encontró una justificación plausible para avanzar en el reemplazo de la ex Concertación, mientras que dicha generación por el lado de la centroderecha aún se encuentra a medio camino de superar a la generación tapón de la transición y erigirse como los

tomadores de decisiones de su sector político. Es quizás la derrota de 2025 la oportunidad perfecta para ello.

Con Kast electo y listo para asumir la presidencia, la discusión en la centroderecha será si sumarse o no de forma institucional a su gobierno y en qué magnitud. El gobierno es un espacio que permite la construcción de liderazgos con proyección, por lo que el proceso de reclutamiento de élites ejecutivas será fundamental para el próximo gobierno. Por otro lado, la experiencia reciente del socialismo democrático nos muestra los riesgos que se presentan al sumarse a un gobierno de una coalición que no es la propia. Nuevamente el caso del PRO en Argentina surge como advertencia de lo mismo.

Si bien resulta evidente que Kast no es Piñera, existen ciertas similitudes que podrían reaparecer en el armado de un nuevo gobierno liderado por el republicano. Repetir los errores a la hora de nominar ministros, delegados presidenciales, subsecretarios, seremis y jefes de servicios, podría ser un riesgo de reproducir la falta de sintonía con la ciudadanía que se experimentó en algunos personeros de ambas administraciones piñeristas. Aquí es donde entran en juego conceptos como el de vocación expuesto por Weber: independientemente de que personas cuenten con aptitudes para lo público y tengan las más altas virtudes morales, resulta indispensable que ese tipo de agentes no solo vean lo público como algo ocasional o para mejorar sus currículums.

La historia de la derecha ha estado marcada por la aversión no solo a la política, sino también a los partidos. Sin organizaciones partidarias con raigambre territorial, legitimidad social y vibrantes, nuestras élites políticas tendrán cada vez una mayor distancia con la ciudadanía, lo que es perjudicial para el correcto funcionamiento de la democracia. En el capítulo 2, hicimos una revisión extensa de los tipos de partidos, sus funciones y tipologías. Winkler (2010) señala que dentro de las funciones más relevantes de los partidos se encuentra la selección y el reclutamiento de élites, además de la formulación de objetivos programáticos, entre otras. Esta aversión de la derecha hacia los partidos es perjudicial en múltiples formas, ya que priva a dicho sector político de la oportunidad de reclutar agentes con credenciales relevantes para la cosa pública. La militan-

cia política, entendida como algo con lo que hay que cumplir, no es suficiente, ya que los partidos entregan una red de colaboración y de apoyo político útil en momentos de crisis.

Con todas las dificultades que puede haber, resulta crucial que la centroderecha se tome en serio la profesionalización de sus organizaciones partidarias. El proceso de perfilar un proyecto político de cara al ciclo 2026–2030 puede ser el puntapié inicial para ese cambio de rumbo que, a la vez, permita atraer a personas que puedan contribuir a repensar los desafíos del futuro y le den nuevos bríos a dicho sector político.

Tal como hemos enfatizado en capítulos anteriores, los partidos persiguen el poder, en palabras de Weber, intentando representar intereses colectivos (Duverger, 1954) y ciertas contradicciones inherentes a la sociedad (Lipset y Rokkan, 1967). Además, cumplen un rol de filtro respecto a liderazgos antisistema y populistas (Levitsky y Ziblatt 2018). Por ello, el fortalecimiento de los partidos y la articulación de una coalición sólida debe ser una de las prioridades de la centroderecha. Como vimos, una de las virtudes de la Concertación fue la construcción del llamado partido transversal, que se solidificó a partir de la experiencia de la dictadura, pero también a partir del objetivo común de mantenerse en el poder durante más de veinte años.

Como se ha señalado, la centroderecha chilena cuenta con algunos sesgos que son casi parte de su identidad y fisonomía: la mencionada aversión a la política y a su dimensión partidista, además de su inclinación predilecta hacia la tecnocracia. Al analizar los procesos de reclutamiento de los partidos de centroderecha —tanto en el ámbito legislativo como para cargos ejecutivos—, estos han estado marcados por la predilección por agentes excesivamente tecnocráticos o con una *densidad de militancia* muy baja (Jofré y Navia, 2017; Jofré, Cabezas y Navia, 2024). Parte del desafío para ese sector político es desarrollar mecanismos de reclutamiento que les permitan contar con un elenco con mayor preparación para hacer frente a las exigencias de gobernar, con credenciales técnicas que vayan acompañadas de una mayor densidad de militancia (Jofré y Navia, 2017).

La ciencia política y el estudio de las élites nos hablan sobre un perfil de agente que reúne dos tipos de atributos que lo distingue del resto. La presencia de las más altas credenciales técnicas, traducidas en educación formal y el grado de doctor o Ph.D., sumado a un perfil político de alto nivel, son las características que le dan forma a la figura del *technopol*. Uno de los autores importantes que analizan a los *technopols* es Domínguez (1997), quien señala que su particularidad es que reúnen experiencia partidaria y credenciales académicas relevantes, dotándolos de gran capacidad para asumir desafíos en los gobiernos. Por su parte, Joignant (2012) destaca, para el caso chileno, su presencia en los gobiernos de la Concertación y la gran influencia ostentada en dicho periodo (1990–2010).

Para ilustrar el punto, utilizamos parte de los datos propuestos por Joignant (2011) para caracterizar a los *technopols* de los gobiernos de la Concertación que ostentaron el cargo de ministro de Estado (1990–2010). Esto lo complementamos con el resto de los gobiernos para ejemplificar quiénes podrían ser considerados como *technopols* y relevar la importancia de este tipo de agentes. La tabla 8 muestra a los *technopols* dentro de los gabinetes ministeriales para el periodo 1990–2022 en Chile.

Si analizamos a los expresidentes de la República de Chile, ya sabemos que Ricardo Lagos es considerado por la literatura como un *technopol*. Si ampliamos el análisis, perfectamente Sebastián Piñera podría ser considerado uno de estos agentes. Su formación académica —economista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Ph.D. en Economía de la Universidad de Harvard— sumada a su trayectoria política como senador de la República (1990–1998) por la Región Metropolitana Oriente, posteriormente presidente de RN y candidato presidencial de dicho partido en 2005, grafican claramente su condición de agente político con gran densidad de militancia al alcanzar la presidencia de su partido (2001–2004). Si bien al ser electo presidente de la República, los estatutos de RN le exigían poner fin a su militancia, los lazos y la centralidad alcanzada al interior de su sector político hacen que este último hito no condicionara su importancia política.

**Tabla 8. Los *technopols* en los gabinetes ministeriales (1990-2022)**

#	Nombre	Gobierno	Militancia	Ministerio	Grado académico
1	Alejandro Foxley	Aylwin	PDC	Hacienda	Ph.D. Economía U. Wisconsin
2	Carlos Ominami	Aylwin	PS	Economía	Ph.D. Economía U. París X
3	Ricardo Lagos	Aylwin	PS/PPD	Educación	Ph.D. Economía U. Duke
4	Germán Correa	Aylwin	PS	Transportes	Ph.D. Sociología U. Berkeley
5	Germán Correa	Frei	PS	Interior	Ph.D. Sociología U. Berkeley
6	Juan Gabriel Valdés	Frei	PS	RREE	Ph.D. Ciencia Política U. Princeton
7	José Joaquín Brunner	Frei	PPD	Segpres	Ph.D. Sociología U. Leiden
8	Álvaro García	Frei	PPD	Economía	Ph.D. Economía U. Berkeley
9	Álvaro García	Frei	PPD	Energía	Ph.D. Economía U. Berkeley
10	Ricardo Lagos	Frei	PS/PPD	OO. PP.	Ph.D. Economía U. Duke
11	Ignacio Walker	Lagos	PDC	RR. EE.	Ph.D. Ciencia Política U. Princeton
12	Heraldo Muñoz	Lagos	PPD	Segegob	Ph.D. RR. II. U. Denver
13	Álvaro García	Lagos	PPD	Segpres	Ph.D. Economía U. Berkeley
14	Mario Fernández	Lagos	PDC	Defensa	Ph.D. Ciencia Política U. Heidelberg
15	Mario Fernández	Lagos	PDC	Segpres	Ph.D. Ciencia Política U. Heidelberg
16	Alejandro Foxley	Bachelet 1	PDC	RR. EE.	Ph.D. Economía U. Wisconsin
17	Carolina Tohá	Bachelet 1	PPD	Segegob	Ph.D. Ciencia Política U. Milán
18	Ena Von Baer	Piñera 1	UDI	Segegob	Ph.D. Ciencia Política U. Aachen
19	Felipe Kast	Piñera 1	Ind. /Evo*	MDS	Ph.D. Políticas Públicas U. Harvard
20	Teodoro Ribera	Piñera 1	RN	Justicia	Ph.D. Derecho U. Wurzburg
21	Mario Fernández	Bachelet 2	PDC	Interior	Ph.D. Ciencia Política U. Heidelberg
22	Heraldo Muñoz	Bachelet 2	PPD	RR. EE.	Ph.D. RR. II. U. Denver
23	Marcelo Díaz	Bachelet 2	PS	Segegob	Ph.D. Ciencia Política U. Complutense
24	Teodoro Ribera	Piñera 2	RN	RR. EE.	Ph.D. Derecho U. Wurzburg
25	Ignacio Briones	Piñera 2	Evo	Hacienda	Ph.D. Economía Sciences Po

Fuente: Elaboración propia con datos de Joignant (2011). Por *technopols* entendemos agentes con grado de doctor en Economía o Ciencias Sociales y participación política relevante.

Con todo, podemos señalar que parte de la influencia y gravitación de Sebastián Piñera en su sector político se debió tanto a su capacidad y prestigio técnico como gran economista como a su olfato y peso político al interior de RN y de su coalición política. Siguiendo a Centeno y Wolfson (1997), la búsqueda de la racionalidad en las soluciones de política pública y la mentalidad asociada a la tecnocracia

se pueden observar de forma patente en la trayectoria de Piñera, pero especialmente en su primer gobierno. Ahora, la vocación política y la búsqueda del poder, representada en sus intentos fallidos por alcanzar la presidencia de la República —1992 y 2005— y las veces que logró llegar a La Moneda —2009 y 2017— son un reflejo de esa pasión política que lo caracterizó y lo hizo un competidor permanente al interior de la centroderecha chilena.

Al volver sobre los expresidentes, Lagos podría ser caracterizado como un *technopol* más cargado al componente político, si consideramos sus diversos roles políticos en distintos momentos de su vida. Ejemplos de ello fueron su rol como orador de campaña con Salvador Allende, su presidencia del Centro de Estudiantes de Derecho en la Universidad de Chile, su papel como impulsor y rostro del No en dictadura e incluso como precandidato presidencial en 2017. En la etapa final de su vida pública nos muestra nuevamente esa vocación política. Por otro lado, Piñera fue un *technopol* quizás más cargado al componente técnico, a partir de su formación, pero también debido a su desempeño profesional como gerente o inversionista.

En síntesis, la figura del *technopol* no es cualquier tipo de agente. La literatura ha descrito sus atributos, roles y características, pero desde lo simbólico muestran incluso una forma de distinguir a quienes han gozado de mayor influencia dentro de sus propias coaliciones políticas. Con todo, es posible argumentar que Sebastián Piñera fue el primer *technopol* de la centroderecha y el que logró la mayor relevancia posible en dos oportunidades al llegar a La Moneda y conducir a su sector político a gobernar los destinos de nuestro país.

Como cierre de este capítulo, podemos señalar que históricamente la centroderecha se ha abocado más a responder el *cómo* en lugar del *para qué* de la cosa pública. La tentación tecnocrática en la que ha caído dicho sector político en múltiples oportunidades en su historia ha dificultado su capacidad para la política, entendida como una herramienta al servicio de una idea de bien común. Sin duda, la técnica debe estar al servicio de la política. Junto con ello, su aversión a la política y a los partidos la ha privado de estructuras que contribuyan a orientar la vida en sociedad desde sus valores, ya que tanto el

oficio como su institución clave —los partidos— tienen como norte la obtención del poder.

Finalmente, ¿para qué estamos en política? Para cambiar aquello que nos parece mal o injusto y conservar aquello que está bien en la sociedad. Dada la situación descrita en el capítulo, se necesitan partidos políticos fuertes, lo que contribuye al reclutamiento y formación de agentes que reúnan las más altas credenciales técnicas con los valores adecuados y una marcada vocación de poder; desde nuestra perspectiva, esos agentes son los *technopols*.

Estamos en política porque creemos que el poder es una herramienta legítima —y necesaria— para liderar proyectos colectivos, conducir situaciones de conflicto y ofrecer horizontes de sentido en sociedades complejas y cambiantes. La política exige vocación, ambición y responsabilidad; requiere partidos vivos, con raigambre social y capacidad de formar liderazgos; y demanda el equilibrio siempre tenso entre competencia técnica y densidad política. Cuando la política abdica de sí misma, otros ocupan su lugar: el populismo, el personalismo o la pura gestión sin propósito. Para la centroderecha chilena, asumir esta tarea implica reconciliarse con la política, tomarse en serio a sus partidos y formar cuadros capaces de gobernar con convicción y un proyecto nítido que haga eco de su identidad política. Solo desde ahí es posible disputar el poder, ejercerlo con legitimidad y ofrecer al país algo más que diagnósticos certeros: una dirección compartida hacia el futuro.

Desde la centroderecha existen una serie de lineamientos doctrinarios que pueden contribuir a perfilar esa idea de bien común y que abordaremos en las siguientes páginas.



## **La centroderecha del siglo XXI: Libertad, democracia, justicia y pluralismo**

Luego de reflexionar en torno a cuestiones difíciles como la historia, el contenido y el futuro de la centroderecha, ahora corresponde avanzar en una propuesta. No basta con criticar al Chicago-gremialismo como propuesta teórico-práctica, sino que resulta vital ofrecer una alternativa ideológica o doctrinaria para el presente y el futuro de la centroderecha.

El desafío de generar una propuesta alternativa no consiste en arrasar con los elementos que han dado forma al sector político en el que militamos, sino en hacernos cargo de los cambios que ha experimentado nuestro país y que nos ha costado incorporar a nuestra ecuación como variables explicativas de los fenómenos propios del siglo XXI. Al intentar revalorizar la acción política y reconciliar a la centroderecha con dicha actividad, buscamos también reivindicar una idea de bien común como aquello que es bueno desde un punto de vista ético para la sociedad. Arenas (2014) lo grafica de la siguiente forma:

Que las personas sepan y entiendan qué es lo que la centroderecha considera bueno y malo, qué es lo que se defiende porque es lo correcto y qué es lo que no se comparte porque se considera un error. Sin tibiezas, sin tratar de agradar a todos, porque en un lenguaje diluido no se forja ninguna imagen emocional definida y atrayente (Arenas, 2014: 158).

La propuesta que buscamos consolidar se arraiga en un sector político que históricamente ha enarbolado la bandera de la libertad. Indistintamente y con todos los defectos marcados en las líneas anteriores, es indesmentible que la libertad ha sido el mínimo común denominador de todos aquellos que se sienten parte de esta tribu. En los últimos años ha ganado fuerza el concepto de solidaridad como un soporte clave para el futuro de la centroderecha. En plena campaña presidencial de 2017, el concepto de solidaridad se erigió como parte de las innovaciones —modestas, por lo demás— de lo que ofrecería al país un segundo mandato piñerista. Sin duda, debemos volver a mirar aquellos elementos que servirán de fundamento para el accionar de la centroderecha, por lo que aquí nos jugamos por la libertad, la democracia, la justicia y el pluralismo.

Este apartado es una invitación a la reflexión y la acción en torno a los problemas públicos que enfrenta nuestro país, desde un punto de vista político y técnico. Nuestra generación tiene mucho que decir. Ante un escenario político complejo y de cambios vertiginosos, nuestra respuesta debe ser la organización sobre la base de ideas, principios y propuestas de política pública, articuladas bajo el rótulo de la centroderecha del siglo XXI. Creemos central dar forma a una centroderecha donde confluyan la vocación política y el interés por lo técnico, con un justo equilibrio entre ambos elementos, y también respecto a los orígenes sociales de los intérpretes de dichas ideas. Uno de los elementos clave de todo esto tiene que ver con una lógica de pluralismo y tolerancia: que puedan convivir distintas vertientes histórica —tal como lo describiera Herrera (2014) en su minuto— alejadas de la pretensión monolítica que en las últimas décadas ha acompañado a la centroderecha.

Quienes nacimos después del retorno de la democracia nos criamos en un país donde algunas cosas se dieron por sentado: la próxima generación de cada familia probablemente estaría mejor que sus padres en términos económicos y sociales, con esfuerzo se podía salir adelante, ante situaciones críticas afloraba la solidaridad de los chilenos y, por último, la democracia y sus instituciones gozaban del aprecio y respaldo de casi la totalidad de la población. Con el paso de

los años, esos principios orientadores se encuentran cada vez más en duda. A veces con justa razón y en otras oportunidades, no tanto.

Nuestro diagnóstico parte desde la disconformidad y el cuestionamiento. Por un lado, disconformidad respecto al estado actual de la sociedad chilena y, por otro lado, un profundo cuestionamiento a las acciones que nuestra generación ha llevado a cabo para enfrentar y hacernos cargo de la situación social vigente. Al precisar nuestra disconformidad con el estado de la sociedad actual, salta a la vista el manto de desconfianza y decepción hacia el andamiaje institucional de nuestro país. Los distintos escándalos de corrupción que hemos conocido en los últimos años han mermado la confianza de la ciudadanía hacia sus autoridades políticas, sus representantes eclesiásticos e incluso las fuerzas de orden público. A este escenario tan complejo debemos agregar el clima de polarización y fragmentación que se vive en la política nacional. Esto hace muy difícil la articulación de un proyecto país que nos una y nos permita avanzar de forma conjunta.

Tampoco podemos olvidar los males que aquejan a la sociedad chilena. Luego del estallido social y la pandemia, existe una serie de discusiones que parecen haber pasado al olvido, como la situación de pobreza en nuestro país o las brechas de oportunidades que aún no se resuelven, a pesar de los acontecimientos recientes. La OCDE (2025) ha sido clara en destacar que como país tenemos mucho que hacer en materia de igualdad de oportunidades, ya que los factores exógenos aún siguen marcando las trayectorias de las personas. En la misma línea, aunque los instrumentos oficiales de pobreza por ingresos, como la encuesta Casen 2022, reflejan caídas en los índices, las mediciones de pobreza multidimensional siguen levantando alertas sobre la precariedad de vastos sectores de nuestra población y distintas voces mencionan la necesidad de actualizar las metodologías de medición.<sup>1</sup> En materia habitacional, el descalabro es mayúsculo. A la lenta reconstrucción tras los incendios de la región

---

1. “Las voces de la pobreza multidimensional en Chile: ‘Nos racionamos la comida’”, *El País*, 11 de julio de 2025, disponible en [tipg.link/oEy8](https://tipg.link/oEy8).

de Valparaíso<sup>2</sup> se suma el negativo precedente de la megatoma de San Antonio,<sup>3</sup> que genera incentivos perversos en los procesos de respuesta del Ministerio de Vivienda ante la acuciante demanda habitacional. Por último, pero no menos importante, uno de los legados que deja el gobierno del presidente Boric es la débil gestión en materias educacionales. A pesar de ser uno de los temas que los llevaron a convertirse en actores políticos de primer nivel, el Frente Amplio ha destacado por la falta de interés en la educación básica, en especial la educación pública. En nuestro país, uno de cada dos estudiantes de Cuarto básico no logra el estándar adecuado de lectura, cifra que llega a cuatro de cada cinco estudiantes de segundo medio.<sup>4</sup> Con esta delicada situación en distintos ámbitos sociales, es urgente comprender cuáles son las materias por las que vale la pena jugarse y encontrar mayores grados de justicia y equidad al interior de nuestra sociedad.

Cuando nos referimos al cuestionamiento, inevitablemente debemos establecer una autocrítica. Nuestra generación muchas veces cae en el desinterés por la política y lo público, deja a otros la conducción de los procesos políticos y se desentiende de la responsabilidad que nos compete en el futuro de nuestro país. Al enfocarnos en la centroderecha, el panorama es aun peor, ya que el entreguismo hacia las generaciones que vienen conduciendo nuestra coalición desde el retorno a la democracia es casi total. A pesar de la disconformidad y el cuestionamiento señalado, tenemos la convicción de que las cosas pueden ser distintas y queremos ser protagonistas.

Ante el surgimiento de alternativas que le corren por el costado derecho a Chile Vamos, es necesario recordar que, a la larga, la política implica negociación, diálogo y pacto. Es difícil resistir a los embates de la derecha más dura que desde la denuncia y la hipérbole buscan sacar beneficios a costa de la centroderecha. Sin duda, la

---

2. “Lento avance de apenas 7%: Reconstrucción en Valparaíso podría demorar hasta ocho años según expertos”, *Emol*, 6 de agosto de 2025, disponible en [tipg.link/oE-1](http://tipg.link/oE-1).

3. “Megatoma en San Antonio: Los hitos y cifras que marcaron una semana decisiva”, *Emol*, 7 de diciembre de 2025, disponible en [tipg.link/oE\\_0](http://tipg.link/oE_0).

4. “¿Cómo enfrentar el rezago lector en Chile?”, *El País*, 27 de noviembre de 2025, disponible en [tipg.link/oE\\_D](http://tipg.link/oE_D).

tentación de ser estridente y mimetizarse con expresiones políticas populistas está al orden del día, pero como Ulises en *La Odisea*, no debemos caer ante el canto de sirenas que pueden traer apoyos momentáneos, pero que a la larga son una cara próxima del populismo simplista y ramplón. Como señala siempre un conocido académico nacional, ante la copia, las personas siempre eligen el original.

En lo que sigue perfilamos aquellos ejes doctrinarios que deberían nutrir una propuesta desde la centroderecha de cara a los desafíos venideros. Tal como se ha argumentado, este esfuerzo busca recoger los elementos positivos, reforzar aquellos que se pueden pulir y ofrecer nuevos elementos de cara a los próximos desafíos de la centroderecha para el siglo XXI.

## Ejes doctrinarios

### Libertad real y concreta

La libertad es la piedra angular de cualquier proyecto de centroderecha. En esa línea, la acepción tradicional que ha acompañado a dicho sector político es la de un “Estado gendarme”, de una subsidiariedad negativa o entendida como la no intervención del Estado en una serie de actividades en las que el privado podría actuar de mejor forma. Ciertamente, resulta crucial que ese principio se resguarde, pero en un justo equilibrio respecto a los problemas públicos que afectan a nuestra sociedad.

En 2024, en la cena anual de la Fundación Libertad en Buenos Aires, el entonces presidente de Uruguay, Luis Lacalle Pou, planteaba que “es difícil gozar de la libertad individual si se vive en un rancho, si no se tiene acceso a una buena salud, si mis hijos no estudian y por ende no tienen una luz al final del camino para la que esforzarse”.<sup>5</sup> El expresidente uruguayo —quien proviene de una familia política y es hijo de otro expresidente de su país— planteaba en su discurso la importancia de la cohesión social al interior de Uruguay y que uno de los elementos centrales del modelo local es la existencia de un Estado fuerte, mas no grande. Lacalle Pou, que podría ser

---

5. “Las cinco frases de Lacalle Pou que interpelaron a Milei”, *La Nación*, 5 de abril de 2024, disponible en [tipg.link/oF1a](https://tipg.link/oF1a).

tratado de muchas cosas menos de izquierdista, pone el foco en la importancia de entender de mejor forma el concepto de libertad, ya que, de lo contrario, esta se reduce a una visión parcial y acotada de la misma.

Nuestro desafío de cara al futuro es generar las condiciones necesarias para que el concepto de libertad sea alcanzado por los más vastos sectores de nuestra población, para permitir que realmente cada persona pueda desplegar sus potencialidades y alcanzar sus metas. Para ello, no nos pueden resultar indiferentes cuestiones como la pobreza, la inseguridad y la postergación en la que viven actualmente miles de compatriotas. La política y el Estado deben estar al servicio de esas chilenas y chilenos que ven la libertad como algo lejano e intangible.

En síntesis, la libertad como no intervención no es suficiente para la realidad en la que nos encontramos como país. El camino que debemos seguir pasa por desplegar todas las fuerzas de la libertad, con el propósito de que llegue a todos los rincones de Chile, permitiendo que realmente cada cual pueda lograr lo que se propone, contando con la política como una herramienta al servicio de dicho fin y no como una actividad que entorpece esa senda. La centroderecha debe tener una mirada que asocie la libertad con ciertos pisos mínimos de oportunidades, en la que la salud, la educación y la superación de la pobreza en términos multidimensionales se encuentren presentes en el debate doctrinario del sector.

Fomento de la política y los partidos: Lo público como un espacio de encuentro, diálogo y acuerdo

El principal motor de este libro es el fomento de la política como una actividad permanente y constante para quienes quieran dedicarse a ella. Nuestra forma de ver la política es la de un llamado o *Beruf* —el concepto de Weber—, bajo la pretensión de vivir para la política. Gran parte del libro ha tratado sobre la carencia de comprensión política de la centroderecha; es por eso que la forma de interpretar este concepto debe ser como una herramienta que tiene la pretensión de mejorar la vida en sociedad a partir de ciertos valores, no desde la neutralidad ni la asepsia política. Esta actividad, tan repu-

diada pero tan necesaria, no es desarrollada por ángeles, sino por hombres y mujeres con ambición, egos y defectos, pero que también pueden ser capaces de los actos más altruistas en momentos inesperados. Es en esa realidad, con esas variables, que debemos promover el encuentro, el diálogo y el acuerdo ante los desafíos de nuestro país. La centroderecha lo ha hecho siempre, dejando de lado los caminos fáciles de la estridencia y la denuncia para aportar a los desafíos de Chile.

Otro elemento medular que tiene que ver con la forma en que la centroderecha se asocia a la política es la desconfianza hacia los partidos políticos. Sin partidos sólidos, macizos y que sean capaces de atraer a los mejores talentos, queda una parte esencial de la tarea sin cumplir. Una mejor política que no es acompañada de mejores partidos deja la mesa sin una de sus patas. La condición de independencia no es algo por esencia bueno, sino que simplemente es un elemento que denota la incapacidad de compromiso con un proyecto colectivo, que a veces trae cosas desagradables, pero en su mayoría representa un esfuerzo común por incidir en el bienestar de nuestra sociedad.

Sin duda la política y su comprensión se fortalecen al recurrir a la revisión bibliográfica y de distintas fuentes teóricas. A pesar de esto, es importante esclarecer que se trata de una actividad que requiere involucramiento en los asuntos públicos para una comprensión más profunda. Hugo Herrera lo resume de muy buena forma:

La política, antes que un conocimiento teórico o que una técnica definida en su contenido por reglas previamente tenidas es, irreductiblemente, praxis: una actividad y un saber que se realizan en medio de la variable situación concreta, atentos al significado que emerge de ella (Herrera, 2023: 156).

Para avanzar en la búsqueda del diálogo, el acuerdo y los distintos objetos que persigue lo político, es necesario el involucramiento directo de los agentes, por eso es crucial el fomento de dicha actividad.

De cara al futuro de la centroderecha es esencial la prescindencia de agentes que irrumpen momentáneamente y se pierden en el firmamento como estrellas fugaces. El proceso de reclutamiento, formación y selección de cuadros debe considerar las “horas de vuelo” en el ámbito político, de lo contrario estaremos depositando

nuestras esperanzas en pilotos que nunca experimentaron las vicisitudes de una negociación o nunca se enfrentaron con interlocutores con otras visiones de sociedad y que busquen poner en jaque nuestras ideas. Con todo, la política exige entrar a la cancha y disputar los partidos, más que solo ver los resultados con el diario del lunes desde la comodidad del sofá.

### Solidaridad y economía social de mercado

Uno de los pilares que debiese abrazar la centroderecha es la economía social de mercado. Se trata de un modelo que representa una alternativa a las miradas centradas en la planificación estatal en el ámbito económico. Pero también debiera considerar la economía de mercado a secas, marcada por el *laissez faire* neoclásico. Siguiendo a Eugenio Yáñez, la economía social de mercado es más que una aproximación económica; podría ser descrita como una idea de orden político.

En su trabajo *Economía social de mercado: Fundamentos e implementación*, Yáñez (2023) se pregunta por la forma que debe tener el Estado para responder desde el punto de vista económico a los problemas públicos de la sociedad. En ese sentido, el autor argumenta que si el Estado es el garante y el encargado de la promoción del bien común, está llamado a asumir un rol irremplazable para la creación de aquellas condiciones fundamentales para el establecimiento de un orden social, político y económico al servicio de la persona. Con todo, Yáñez promueve un Estado social con atributos subsidiarios y solidarios, que busque garantizar un nivel de vida mínimo para las personas, capaz de ofrecer protección frente a los riesgos de la vida, como enfermedades, accidentes invalidantes, la cesantía o la vejez. Ahora, con el mismo ímpetu con que se promueven ciertas acciones, el autor advierte que no se debe confundir el Estado social con el “Estado guardián” o “gendarme” (para algunos, subsidiario o mínimo), limitado a la mantención de la paz y el orden, la protección ante la delincuencia, robos o crímenes, dejando en los privados gran parte de la vida social y económica. Además, argumenta Yáñez, tampoco se le debe confundir con el “Estado de bienestar” o “Estado benefactor”, propio de los países de carácter marxista o estatista. A

partir de su reflexión, queda en evidencia que existe diferencia entre una mirada ortodoxa de la economía y una que incorpore elementos de solidaridad en la gestión de los asuntos públicos. En esa línea, la economía social de mercado difiere de la propuesta desarrollada por los economistas de Chicago, y tiene su expresión más cercana en la experiencia alemana.

### Meritocracia y diversidad

La meritocracia y el esfuerzo individual no gozan, en la actualidad, de sus mejores momentos en las democracias liberales. Si bien es cierto que durante mucho tiempo estos conceptos eran parte del salón de la fama de los argumentos que justificaban el actuar político de la centroderecha, hoy se encontrarían en entredicho. En su libro *La tiranía del mérito*, Michael Sandel analiza el trasfondo del famoso concepto del “sueño americano” y la excepcionalidad de Estados Unidos ante el paradigma de las sociedades del antiguo régimen y sus privilegios de clase. El elemento central de su argumento es la disipación de aquella vía de movilidad social ascendente en Estados Unidos y la transmisión de ventajas hacia los herederos de los sectores de mayores ingresos de la población. Para el autor, el supuesto detrás de una sociedad meritocrática fundada en el premio y reconocimiento a las aptitudes, el talento y el esfuerzo de determinados individuos descansa en consignas erróneas, las que en realidad perpetuarían cierto tipo de desigualdad.

A la hora de analizar la crítica de Sandel hacia el concepto de meritocracia, vemos que el autor apunta a dos grandes problemas: i) las oportunidades no serían realmente las mismas para todos, ya que padres adinerados pueden transmitir privilegios a sus hijos, no necesariamente con grandes propiedades, sino mediante ventajas educativas y culturales para ser admitidos en universidades de primer nivel; y ii) la actitud ante el éxito en la meritocracia, lo que llevaría a dividir a las personas en ganadores y perdedores.<sup>6</sup> Esto generaría,

---

6. “Michael Sandel: ‘El primer problema de la meritocracia es que las oportunidades en realidad no son iguales para todos’”, *BBC Mundo*, 3 de febrero de 2021, disponible en [tipg.link/oF84](https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional/2021/02/210203_michael_sandel_meritocracia).

según Sandel (2020), arrogancia entre los ganadores y humillación hacia los que se han quedado atrás.

Este cuestionamiento al concepto de meritocracia también tiene un correlato en el caso chileno. La muestra más emblemática es la famosa frase del exministro de Educación Nicolás Eyzaguirre, quien señaló en su minuto que se buscaba “bajar de los patines” a los mejores estudiantes para igualarlos con los de menos oportunidades.<sup>7</sup> En la actualidad, luego de varios años de implementadas las reformas educacionales del segundo gobierno de Michelle Bachelet, los resultados están a la vista: una educación pública debilitada, con menor número de puntajes nacionales en las pruebas de ingreso a la universidad, lo que deja disponibles menos mecanismos de movilidad social ascendente. El mejor ejemplo es el emblemático Instituto Nacional.<sup>8</sup>

A pesar de los problemas que puede generar la meritocracia, este concepto busca, a fin de cuentas, equiparar la cancha para que, indistintamente del origen socioeconómico de las personas, sean los talentos y el esfuerzo los que determinen el resultado final. Indudablemente existen casos en que esto no es así y se allana el camino a personas que se escudan en ciertos elementos cuasihereditarios para acceder a posiciones de influencia en ámbitos como los negocios, la política y la academia, entre otros. Es por eso que desde la centroderecha no podemos quedar ajenos a la defensa del mérito, ya que resulta medular para su articulación con los distintos elementos destacados. Es crucial la forma en que esto se encarna, por lo que la representación de dicho valor no puede quedar al azar. Uno de los talones de Aquiles de la centroderecha chilena ha sido la diversidad social de sus elencos. Si repasamos los procesos de reclutamiento de agentes políticos de dicho sector, es llamativa la gran cantidad de personeros con estudios de derecho en la Universidad Católica, el pequeño número de colegios a los que concurren y las comunas de

---

7. “La historia del error que dio origen a los polémicos ‘patines’ del exministro Nicolás Eyzaguirre”, *El Mercurio*, 12 de enero de 2025, disponible en [tipg.link/oF9X](http://tipg.link/oF9X).

8. “Instituto Nacional sostiene caída en la PAES: Este año obtuvo solo diez puntajes nacionales”, *Biobío*, 13 de enero de 2025, disponible en [tipg.link/oFA5](http://tipg.link/oFA5).

procedencia. De la mano de la meritocracia debe ir la diversidad en cuanto a trayectorias de vida de los actores, desde lo socioeconómico, lo territorial e incluso lo político.

### Democracia y respuesta

La democracia liberal tampoco está en su mejor momento. La irrupción de fenómenos como el populismo o el *democratic backsliding* han puesto en tela de juicio su condición del mejor de los sistemas posibles para vastos sectores de la población. Si en el pasado los golpes de Estado hacían caer a los gobiernos, hoy son procesos democráticos los que abren las puertas para limitaciones a las libertades más básicas de la población.

En su conocido libro *Exit, voice, and loyalty*, Hirschman (1970) plantea que en el momento en que los miembros de una organización identifican un deterioro en el funcionamiento o calidad de esta, presentan tres posibles reacciones: i) *exit* o salida, lo que significa el abandono de la institución o de la relación; ii) *voice* o protesta, entendida como la acción de expresar el descontento con la expectativa de mejora; y iii) *loyalty* o lealtad, expresada como una espera ante la posibilidad de mejora interna, lo que reemplaza la salida inminente. Actualmente el mundo se debate entre las posibles reacciones a los procesos de deterioro que estamos viviendo a pasos acelerados en los últimos años. La democracia cada vez está más en tela de juicio, por lo que generar mecanismos que permitan mejorar su capacidad de respuesta es medular para el futuro del sistema político en su conjunto.

La centroderecha debe tener un compromiso sólido con las instituciones democráticas. En tiempos de cuestionamientos y menor adhesión a la democracia liberal, es justamente cuando su defensa debe ser fomentada con fervor por parte de las distintas fuerzas políticas, especialmente la centroderecha. Uno de los desafíos de cara a los próximos años es impulsar distintas medidas que fortalezcan el sistema democrático y su capacidad de respuesta. En ese sentido, un primer desafío debiese ser generar una batería de propuestas que busquen atenuar la fragmentación del sistema político y aumentar los requisitos para la formación de partidos políticos, además de

estudiar los mecanismos para acceder al financiamiento público de la política. Si nuestro sistema no es capaz de hacerse cargo de las demandas ciudadanas de buena forma, la insatisfacción con la democracia seguirá aumentando (Jofré, 2025).

Además del sistema político en su conjunto, los partidos deben abrir sus puertas respecto a algunos procesos propios de su accionar. Una posibilidad sería potenciar los espacios de deliberación, abriendo la toma de decisiones políticas no solo a quienes conforman los partidos, sino también incorporando como mecanismos inherentes a sus procesos políticos todos aquellos que permitan salir de definiciones “entre cuatro paredes”. Si el sistema político no es capaz de dar respuestas satisfactorias a las demandas de la ciudadanía y se suman altos grados de oscuridad respecto a sus procesos de toma de decisiones internas, nos encontramos en el peor de los mundos. Sin duda han existido avances en los últimos años respecto a la utilización de mecanismos de resolución de conflictos dentro de los partidos políticos y las coaliciones, pero esto debe convertirse en un mantra de cara a los próximos desafíos.

El riesgo de salida —en el sentido de Hirschman— por parte de la ciudadanía no solo tiene que ver con las demandas ciudadanas en términos macro, sino que también afecta a las definiciones a nivel de las instituciones que le dan forma. En esa línea, los partidos son uno de los ejes centrales del sistema democrático. Tal como mencionaba Stokes (1999), a pesar de todos sus defectos, los partidos son como aquellos microorganismos adosados al tracto digestivo que permiten resguardar el bienestar general del organismo. Sin partidos no es posible contar con un sistema político saludable y que dé respuesta a las necesidades de los sectores más vulnerables de la población.

### Pluralismo y tolerancia

El contexto actual se caracteriza por la emergencia de demandas identitarias provenientes de grupos históricamente postergados. Laclau y Mouffe (1985) sostienen que la articulación equivalencial de estas demandas es la vía para construir identidades colectivas más amplias y proyectos hegemónicos transformadores. Sin embargo, esta estrategia enfrenta una tensión estructural: exige que las de-

mandas particulares conserven su especificidad y, al mismo tiempo, se subordinen a un horizonte común. Cuando esa articulación no se logra, las demandas tienden a replegarse sobre sí mismas y el resultado puede ser una política fragmentada, centrada en desigualdades específicas que —aun siendo legítimas— no alcanzan a constituir una mayoría..

Este fenómeno ha sido abordado recientemente por la literatura dada su centralidad política en los últimos años (Peña, 2021; Svensson, 2022). En el caso chileno, encontró en el primer proceso constitucional de 2021 una gran influencia política, dada la configuración de dicho espacio político marcado por luchas reivindicatorias (Jofré, 2021) y la incapacidad de entroncar con el resto de nuestra la sociedad.<sup>9</sup> Sin lugar a duda, el pluralismo constituye un valor fundamental ante los desafíos venideros del país. No obstante, en el contexto actual su defensa se vuelve más compleja, en un escenario marcado por tendencias políticas que enfatizan la confrontación entre identidades y reducen los espacios de deliberación común. Frente a ello, la centroderecha no debe caer en la tentación de la radicalización. La tendencia que ha seguido nuestro país en los últimos años y que seguirá en los que vendrán tiene más que ver con una sociedad mucho más diversa que en las décadas anteriores, por lo que es medular cultivar tanto el concepto de tolerancia como también respetar esa diversidad que llegó para quedarse.

### Vocación de cambio y transformación

La política, además de ser una actividad presente en la vida de las personas, tiene la pretensión de buscar y perseguir su bienestar o bien común. En esa línea, desde su concepción como una actividad con una dimensión arquitectónica, proponemos diseñar instituciones para vivir de forma adecuada. Si los problemas públicos dificultan la vida de las personas, es ahí donde debe entrar la política como herramienta de cambio y búsqueda de transformación.

---

9. “Manfred Svensson: ‘Cultivar la tolerancia tiene poco que ver con una permanente celebración de la diversidad’”, *La Tercera*, 29 de enero de 2023, disponible en [tipg.link/oFDb](https://tipg.link/oFDb).

Tal como dijimos, Strauss (1970) es claro al señalar que la acción política está intrínsecamente relacionada con la conservación y el cambio en la organización de la sociedad. En términos sencillos, preservar ciertos elementos tiene la pretensión de evitar el cambio hacia lo peor; mientras que la búsqueda del cambio persigue alcanzar algo mejor. Con todo, el autor reconoce que no se puede comprender lo político si no se acepta la exigencia implícita o explícita de juzgar los hechos desde los términos de bondad o maldad, de justicia o de injusticia.

El oficio de los políticos está marcado por la búsqueda de soluciones a los problemas públicos. Si bien hay veces en que los problemas públicos no pueden ser solucionados de la forma en que nos gustaría, en la actualidad queda cada vez menos margen para la perpetuación del *statu quo* como respuesta de política pública. Largas páginas hemos gastado aquí en intentar perfilar aquellos elementos que justifican la acción política en sus distintas dimensiones, pero a la larga nada justifica de mejor forma nuestro involucramiento en esta actividad que la pretensión de mejorar la vida de las personas. Múltiples veces se ha hablado de que la centroderecha chilena debe salir de su estado reactivo y tomar un rol propositivo, jugando al ataque, como se diría en términos futbolísticos. Los próximos años estarán marcados no solo por crecientes demandas, sino que también por una erosión en nuestras instituciones que pone en tela de juicio el funcionamiento democrático. Si los cambios no se realizan, estamos pavimentando el camino para la irrupción de liderazgos populistas.

## Reflexiones finales

Si el siglo XX fue un *cambalache*, el siglo XXI tiene sus propias particularidades que lo han hecho y seguirán haciendo muy complejo de entender. Si antes existían ciertas certezas universales, hoy — pospandemia del covid, guerra de Ucrania, el conflicto en Gaza y el resurgimiento del populismo— parece todo un poco más revuelto que en el periodo anterior. Quizás nuestra dificultad a la hora de leer los acontecimientos se debe a su proximidad, pero lo que sí es claro es que se requiere renovar las herramientas analíticas para abordar los desafíos del mañana.

Para quienes militamos en la centroderecha, el siglo XXI cuestiona parte de los ejes estructurantes de dicho proyecto político. El surgimiento de liderazgos populistas, que encuentran apoyo ante la incapacidad de las democracias de dar respuestas a las demandas ciudadanas, exige que la centroderecha se haga cargo de los sectores postergados y que no se benefician de los avances de la economía social de mercado. Estos fenómenos globales no son ajenos a la realidad chilena, dada la presencia de liderazgos que podrían calzar con las definiciones propias de la academia. Como ya hemos mencionado, mi generación, que se formó políticamente en las asambleas posmovilizaciones de 2011, debe tomar la posta y refundar un proyecto de centroderecha desde los partidos políticos, ya que son estas instituciones las llamadas al reclutamiento y formación de *technopols*, además de cumplir la función de filtro de liderazgos populistas.

Aquí hemos planteado la necesidad de ocuparnos de nutrir nuestra identidad usando la cabeza (ideas), nuestro músculo (estructuras político-partidistas) y el corazón (con el bienestar de Chile como norte). Para ello, nuestro sector político debe articular una propuesta alternativa al gremialismo de Jaime Guzmán y que recobre su vigencia a contar del 11 de marzo de 2026.

Hoy más que nunca necesitamos volver a la política como esa actividad con luces y sombras que permite dialogar, debatir y finalmente encontrar puntos de encuentro que vayan en beneficio de la población. En un mundo sumido en cambios repentinos e inmediatez, es necesario que quienes representan los intereses de vastos sectores puedan establecer puentes para hacerse cargo de los problemas públicos que llevan a situaciones críticas a los más vulnerables de nuestra *polis*. Hablar de la importancia de la política en los tiempos que corren no es fácil. Recurrir a conceptos como la vocación, instituciones sólidas y bien común hoy no renta al nivel de la denuncia o la política de TikTok.

Como cierre a la pregunta original, estamos en política —ya sea directa o indirectamente— para intentar mejorar la vida de las personas en sociedad. El arte de la política se trata de gobernar, y este arte puede responder a fines altruistas o mezquinos dependiendo de cómo sea el príncipe, presidente o gobernante. Para ser exitoso en política, se debe buscar una delicada alquimia entre ideas y principios con la obtención, acumulación y despliegue del poder. ¿Es posible obtener el poder siendo cándido y bueno en todo escenario? Evidentemente no. ¿Tiene futuro un dirigente que solo ve el poder como un fin en sí mismo? Tendemos a creer —y esperamos— que a la larga la política debe tener un propósito superior al beneficio individual. Es un equilibrio difícil de lograr y que está supeditado a una serie de factores externos y contingencias. No por nada desde la época de Maquiavelo se ha debatido sobre el rol de la fortuna y la virtud en la vida de los monarcas.

Como es sabido, la política requiere ideas, doctrina y praxis para la conformación de proyectos que operen como faro ante las dificultades del día a día. En esa línea, comprender sus secretos y vericuetos más recónditos permite prepararnos para el ejercicio del

gobierno. Volviendo al caso chileno, para asegurar su subsistencia y revalorización la centroderecha debe darse el trabajo de repensar su proyecto país.

Esperamos que este libro aporte una mirada analítica respecto a una serie de conceptos que resultan clave para la formación de nuevas generaciones de militantes de la centroderecha chilena. Esta reflexión, como he insistido, no es neutral ni aséptica, sino que surge a partir del análisis y la acción política. La centroderecha se juega su futuro en los próximos años; la necesidad de reformular su proyecto político se vuelve cada vez más imperativa. Quienes nos formamos al calor de las movilizaciones de 2011 y de las disputas universitarias de la última década, debemos tomar la posta y contribuir de manera sustantiva a este nuevo ciclo que se inicia el 11 de marzo de 2026. Reivindicar la política y a los partidos será clave para el éxito de este proceso. Ese es, en definitiva, el desafío de nuestra generación: volver a creer en la política y ponerla al servicio de una idea de bien común basada en los valores y principios de la centroderecha del siglo XXI.



## Referencias

- Acemoglu, Daron y James A. Robinson (2012). *¿Por qué fracasan los países? Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona: Deusto.
- Alcántara, Manuel. (2017). “La carrera y el capital político”. *Convergencia*, 24 (73): 187-204. Disponible en [tipg.link/oFG3](http://tipg.link/oFG3).
- . (2020). *El oficio de político*. 2.ª ed. Madrid: Tecnos.
- Alenda, Stéphanie (2020). *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Almond, Gabriel (2001). “Ciencia política: La historia de la disciplina”. En Robert Goodin y Hans Dieter Klingemann (editores), *Nuevo manual de Ciencia Política*. Madrid: Itsmo.
- Allamand, Andrés (1999). *La travesía del desierto*. Santiago: Aguilar.
- . (2016). *La salida: Cómo derrotar a la Nueva Mayoría en 2017*. Santiago: Aguilar.
- Amorim Neto, Octavio (2006). “The presidential calculus: Executive policy making and cabinet formation in the Americas”. *Comparative Political Studies*, 39 (4): 415-440. Disponible en [tipg.link/oFGb](http://tipg.link/oFGb).
- Aninat, Cristóbal, John Londregan, Patricio Navia y Joaquín Vial (2011). “Juego político cooperativo. Instituciones, procesos políticos y características de las políticas públicas en Chile”. En Pablo Spiller, Ernesto Stein, Mariano Tommasi y Carlos Scartascini (editores), *El juego político en América Latina: ¿Cómo se deciden las políticas públicas?*, pp. 161-206. Colombia: Banco Interamericano de Desarrollo. Disponible en [tipg.link/oFH3](http://tipg.link/oFH3).
- Arendt, Hannah (2024). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Arenas, Gonzalo (2014). *Virar derecha: Historia y desafíos de la centroderecha en Chile*. Santiago: Ariel.
- Bellolio, Cristóbal (2013). *Renovación & reemplazo: Por qué es urgente el recambio político en Chile*. Santiago: Ariel.
- . (2019). “Juego de generaciones. Apuntes sobre el nuevo paisaje político chileno”. *Estudios Públicos*, 154: 201-229. Disponible en [tipg.link/oFHp](http://tipg.link/oFHp).
- . (2024). *La era del pesimismo democrático*. Santiago: Debate.

- Bermeo, Nancy (2016). "On democratic backsliding". *Journal of Democracy*, 27 (1): 5-19. Disponible en [tipg.link/oFIB](http://tipg.link/oFIB).
- Best, Heinrich y Ursula Hoffmann-Lange (2018). "Introduction: Challenged elites—elites as challengers. Towards a unified theory of representative elites". *Historical Social Research/Historische Sozialforschung*, 43 (4): 7-32. DOI: 10.12759/hsr.43.2018.4.7-32.
- Bobbio, Norberto (2014). *Derecha e izquierda*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1981). "La représentation politique". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 36-37: 3-24. Disponible en [tipg.link/oJVW](http://tipg.link/oJVW).
- . (2008). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI.
- Bouza-Brey, Luis (1996). "El poder y los sistemas políticos". En Miquel Caminal Badia (coordinador), *Manual de ciencia política*. Madrid: Tecnos.
- Black, Gordon S. (1972). "A theory of political ambition: Career choices and the role of structural incentives". *American Political Science Review*, 66 (1): 144-159. DOI: 10.2307/1959283.
- Bunge, Mario (2013). *Filosofía política*. Barcelona: Gedisa.
- Cabezas, José Miguel y Patricio Navia (2005). "Efecto del sistema binominal en el número de candidatos y de partidos en elecciones legislativas en Chile, 1989-2001". *Política. Revista de Ciencia Política*, 45: 29-52. Disponible en [tipg.link/pw3Y](http://tipg.link/pw3Y).
- Campbell, Angus. (1960). "Surge and decline: A study of electoral change". *Public opinion quarterly*, 24 (3): 397-418. DOI: 10.1086/266960.
- Carreras, Miguel (2013). "Presidentes *outsiders* y ministros neófitos: Un análisis a través del ejemplo de Fujimori". *América Latina Hoy*, 64: 95-118. Disponible en [tipg.link/oJWM](http://tipg.link/oJWM).
- Centeno, Miguel Ángel y Leandro Wolfson (1997). "Redefiniendo la tecnocracia". *Desarrollo Económico*, 37 (146): 215-240. DOI: 10.2307/3467196.
- Centeno, Miguel Ángel y Patricio Silva (compiladores) (1998). *The Politics of Expertise in Latin America*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Chasquetti, Daniel (2001). "Democracia, multipartidismo y coaliciones en América Latina: Evaluando la difícil combinación". En Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (editores), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, pp. 319-359. Buenos Aires: Clacso.
- Colomer, Joseph M. (2017). *Ciencia de la política*. Madrid: Ariel.
- Correa, Sofía (2011). *Con las riendas del poder*. Santiago: De Bolsillo.
- Dahl, Robert A. (1961). *Who governs?* New Haven: Yale University Press.
- Dávila, Mireya (2011). "Tecnocracia y política en el Chile post autoritario (1990-2010)". En Alfredo Joignant y Pedro Güell (compiladores), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, pp. 23-47. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.

- Dávila, Mireya, Alejandro Olivares Lavados y Octavio Avendaño (2013). “Los gabinetes de la Concertación en Chile (1990–2010)”. *América Latina Hoy*, 64: 67–94. Disponible en [tipg.link/oJYb](http://tipg.link/oJYb).
- Diermeier, Daniel y Keith Krehbiel (2003). “Institutionalism as a methodology”. *Journal of Theoretical Politics*, 15 (2): 123–144. DOI: 10.1177/0951629803015002645.
- Domínguez, Jorge I. (1997). *Technopols: Freeing politics and markets in Latin America in the 1990s*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Downs, Anthony (1957). *An economic theory of democracy*. Nueva York: Harper and Row.
- Duverger, Maurice (1954). *Political parties: Their organization and activity in the modern State*. Nueva York: Wiley.
- Easton, David (2001). “Categorías para el análisis sistémico de la política”. En Albert Batlle (editor), *Diez textos básicos de ciencia política*, pp. 221–230. Barcelona: Ariel.
- Enskat, Sebastian (2025). *Zwischen Abgrenzung, Einbindung und Tolerierung. Fallbeispiele für den Umgang mit rechtspopulistischen Parteien in Europa*. Berlín: Konrad Adenauer Stiftung.
- Ferejohn, John A. y Randall L. Calvert (1984). “Presidential coattails in historical perspective”. *American Journal of Political Science*, 28 (1): 127–146. DOI: 10.2307/2110790.
- Fernández, Alejandro (editor) (2017). *El derrumbe del otro modelo: Una reflexión crítica*. Santiago: IES y Tajamar Editores.
- Fischer, Frank (1990). *Technocracy and the politics of expertise*. Newbury Park: Sage Publications.
- Fox, Richard L. y Jennifer L. Lawless (2005). “To run or not to run for office: Explaining nascent political ambition”. *American Journal of Political Science*, 49 (3): 642–659. DOI: 10.2307/3647737.
- Fundación Jaime Guzmán (2013). *El gremialismo y su postura universitaria en 36 preguntas y respuestas*. Santiago: Fundación Jaime Guzmán.
- Gamboa, Ricardo y Mauricio Morales (2016). “Chile’s 2015 electoral reform: Changing the rules of the game”. *Latin American Politics and Society*, 58 (4): 126–144. Disponible en [tipg.link/oJn0](http://tipg.link/oJn0).
- García-Huidobro, Joaquín (2016). *¿Para qué sirve la política?* Santiago: Instituto Res Pública.
- Godoy, Óscar (1993a). “Antología de La política de Aristóteles”. *Estudios Públicos*, 50. Disponible en [tipg.link/oJoG](http://tipg.link/oJoG).
- . (1993b). “John Rawls: Political liberalism”. *Estudios Públicos*, 52. Disponible en [tipg.link/oJq9](http://tipg.link/oJq9).
- . (1994). “Antología del pensamiento de Maquiavelo”. *Estudios Públicos*, 53. Disponible en [tipg.link/oJs6](http://tipg.link/oJs6).

- . (2012). *La democracia en Aristóteles: Los orígenes del régimen republicano*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- González-Bustamante, Bastián (2013). “El estudio de las élites en Chile: Aproximaciones conceptuales y metodológicas”. *Intersticios Sociales*, 6: 1–20. Disponible en [tipg.link/oJsS](http://tipg.link/oJsS).
- . (2014). “Elección directa de consejeros regionales 2013. Rendimiento del capital político, familiar y económico en una nueva arena electoral en Chile”. *Política*, 52 (2): 49–91. DOI: 10.5354/0719-5338.2014.36137.
- González-Bustamante, Bastián y Florencia Luci (2021). “Élites políticas en América Latina: Socialización, trayectorias y capitales”. *Pléyade*, 28: 21–32. DOI: 10.4067/S0719-36962021000200021.
- Herrera, Hugo (2014). *La derecha en la crisis del Bicentenario*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- . (2023). *Octubre en Chile. Acontecimiento y comprensión política: Hacia un republicanismo popular*. 2.<sup>a</sup> ed. Santiago: Katankura.
- Hirschman, Albert O. (1970). *Exit, voice, and loyalty: Responses to decline in firms, organizations, and states*. Harvard: Harvard University Press.
- Hobbes, Thomas (1994). *Leviatán*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Huneus, Carlos y Octavio Avendaño (2018). “Los partidos políticos y su debilitamiento”. En Carlos Huneus y Octavio Avendaño (editores), *El sistema político de Chile*, pp. 153–191. Santiago: Lom.
- Jofré, Hugo (2021). “Los capitales de los convencionales constituyentes y de los miembros de la Cámara de Diputados de Chile (2018–2022)”. *Política*, 59 (2): 225–248. DOI: 10.5354/0719-5338.2021.64964.
- . (2024). “Política chilena: Fragmentación, coordinación y respuesta”. *Diálogo Político*. Disponible en [tipg.link/oJyo](http://tipg.link/oJyo).
- . (2025). “Los desafíos de la reforma al sistema político: ¿Qué tiene que decir la ciencia política?”. En *Chile y las reformas pendientes. Propuestas para mejorar la gobernabilidad del país*, pp. 15–29. Santiago: Universidad San Sebastián.
- Jofré, Hugo y José Miguel Cabezas (2025). “Los efectos de la reforma electoral de 2015 sobre el sistema de partidos chileno”. *Dados*, 68 (3): e20221091. DOI: 10.1590/dados.2025.68.3.373.
- Jofré, Hugo, José Miguel Cabezas y Patricio Navia (2024). “The length of service of cabinet ministers in Chile’s presidential democracy, 1990–2022”. *Bulletin of Latin American Research (BLAR)*. DOI: 10.1111/blar.13577.
- Jofré, Hugo y María Cosette Godoy (2025). “Prólogo: La ciencia política chilena al servicio de la sociedad”. En Hugo Jofré y María Cosette Godoy (editores), *La ciencia política chilena desde sus protagonistas: Un reconocimiento a nuestros referentes nacionales*, pp.13–24. Santiago: Asociación Chilena de Ciencia Política.

- Jofré, Hugo y Patricio Navia (2017). “Densidad de militancia partidista, aprobación presidencial y el desempeño electoral de la derecha en Chile (2010–2014)”. *Estudios Públicos*, 145: 37–72. Disponible en [tipg.link/oKR7](http://tipg.link/oKR7).
- Joignant, Alfredo (2011). “Tecnócratas, *technopols* y dirigentes de partido: Tipos de agentes y especies de capital en las élites gubernamentales de la Concertación (1990–2010)”. En Alfredo Joignant y Pedro Güell (compiladores), *Notables, tecnócratas y mandarines: Elementos de sociología de las élites en Chile (1990–2010)*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- . (2012). “Habitus, campo y capital: Elementos para una teoría general del capital político”. *Revista Mexicana de Sociología*, 74 (4): 587–618. Disponible en [tipg.link/oKSA](http://tipg.link/oKSA).
- Joignant, Alfredo, Lucas Perelló y Javier Torres (2014). “Political capital and the unequal career origins of the political elite in Chile”. En *Political inequality in an age of democracy. Cross-national perspectives*, pp. 87–94. Nueva York y Londres: Routledge.
- Keller, Suzanne (1963). *Beyond the ruling class: Strategic elites in modern society*. Nueva York: Random House.
- Key, Valdimer Orlando (1964). *Politics, parties, and pressure groups*. Nueva York: Thomas Y. Crowell.
- Kirchheimer, Otto (1966). “The transformation of the Western European party systems”. En Joseph LaPalombara y Myron Weiner (editores), *Political parties and political development*, pp. 177–200. Princeton: Princeton University Press.
- Kissinger, Henry (2023). *Liderazgo: Seis estudios sobre estrategia mundial*. Barcelona: Debate.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI.
- LaPalombara, Joseph y Myron Weiner (1966). “The origin and development of political parties”. En Joseph LaPalombara y Myron Weiner (editores), *Political parties and political development*, pp. 3–42. Princeton: Princeton University Press.
- Lauth, Hans-Joachim y Christian Wagner (2010). “Vergleichende Politikwissenschaft: Analyse und Vergleich politischer Systeme”. En *Politikwissenschaft: Eine Einführung*, pp. 98–134. Paderborn: Schöningh.
- Laver, Michael y W. Ben Hunt (1992). *Policy and Party Competition*. Nueva York: Routledge.
- Levitsky, Steven, James Loxton, Brandon Van Dyck y Jorge I. Domínguez (editores) (2016). *Challenges of party-building in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Levitsky, Steven y Daniel Ziblatt (2018). *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.
- Lindvall, Johannes (2022). "Political science as architecture". *European Political Science*, 21 (4): 550-563. Disponible en [tipg.link/oKX6](https://tipg.link/oKX6).
- Lipset, Seymour Martin y Stein Rokkan (1967). "Cleavage structures, party systems, and voter alignments: An introduction". En *Party systems and voter alignments: Cross-National Perspectives*, pp. 1-64. Nueva York: Free Press.
- Locke, John (2002). *Segundo tratado sobre el gobierno civil: Un ensayo sobre el verdadero origen, alcance y fin del gobierno civil*. Buenos Aires: Losada.
- Luna, Juan Pablo y David Altman (2011). "Uprooted but stable: Chilean parties and the concept of party system institutionalization". *Latin American Politics and Society*, 53 (2): 1-28. DOI: 10.1111/j.1548-2456.2011.00115.x.
- Luna, Juan Pablo y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2021). "Castigo a los oficialismos y ciclo político de derecha en América Latina". *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30 (1): 135-156. DOI: 10.26851/rucp.30.1.6.
- Lupu, Noam y Luis Schiumerini (2021). *El apoyo ciudadano a la democracia en América Latina*. Montevideo: Fundación Konrad Adenauer.
- MacIntyre, Andrew (2018). *The power of institutions: Political architecture and governance*. Nueva York: Cornell University Press.
- Maquiavelo, Nicolás (2009). *The prince: A new translation by Tim Parks*. Nueva York: Penguin Books.
- Mainwaring, Scott (1993). "Presidentialism, multipartism, and democracy: The difficult combination". *Comparative Political Studies*, 26 (2): 198-228. DOI: 10.1177/0010414093026002003.
- . (2018). "Introduction". En Scott Mainwaring (editor), *Party systems in Latin America: Institutionalization, decay, and collapse*, pp. 1-14. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mainwaring, Scott, Fernando Bizzarro y Ana Petrova (2018). "Party system institutionalization, decay, and collapse". En Scott Mainwaring (editor), *Party systems in Latin America: Institutionalization, decay, and collapse*, pp. 17-39. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully (1995). "Introduction: Party systems in Latin America". En *Building Democratic Institutions*, pp. 1-36. Stanford: Stanford University Press.
- Malamud, Andrés (2003). "Partidos políticos". En Julio Pinto (compilador), *Introducción a la ciencia política*. Buenos Aires: Eudeba.
- . (2020). *El oficio más antiguo del mundo. Secretos, mentiras y belleza de la política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Mansuy, Daniel (2016). *Nos fuimos quedando en silencio: La agonía del Chile de la transición*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad.

- . (2020). “La fundación en Maquiavelo: Notas preliminares”. *Kriterion: Revista de Filosofía*, 60 (144): 513-535. DOI: 10.1590/0100-512X2019n14402dm.
- . (2025). *Los inocentes al poder. Crónica de una generación*. Santiago: Taurus
- March, James y Johan Olsen (1989). *Rediscovering institutions: The organizational basis of politics*. Nueva York: Free Press.
- Martínez-Gallardo, Cecilia (2014). “Designing cabinets: Presidential politics and ministerial instability”. *Journal of Politics in Latin America*, 6 (2): 3-38.
- Mayhew, David (2004). *Congress: The electoral connection*. New Haven: Yale University Press.
- Mills, C. Wright (1987). *La élite del poder*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Mosca, Gaetano (1984). *La clase política*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Mudde, Cas y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017). *Populism: A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Muno, Wolfgang (2021). “Manifestationen von Populismus an der Macht: Die lange Geschichte des Peronismus in Argentinien”. En Wolfgang Muno y Christian Pfeiffer (editores), *Populismus an der Macht: Strategien und Folgen populistischen Regierungshandelns*, pp. 189-217. Wiesbaden: Springer Fachmedien Wiesbaden.
- Muno, Wolfgang y Christian Pfeiffer (2022). “Populism in power. A comparative analysis of populist governance”. *International Area Studies Review*, 25 (4): 261-279. DOI: 10.1177/22338659221120067.
- Navia, Patricio (2005). “La transformación de votos en escaños: Leyes electorales en Chile, 1833-2004”. *Política y Gobierno*, 12 (2): 233-276. Disponible en [tipg.link/oK\\_G](http://tipg.link/oK_G).
- Nohlen, Dieter (2013). *¿Cómo estudiar ciencia política?: Una introducción de trece lecciones*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- North, Douglass (1993). *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- OCDE (2025). “Building pathways to opportunity: How to ensure a more level playing field in OECD countries”. En *OECD policy insights on well-being, inclusion and equal opportunity*. París: OECD Publishing. DOI: 10.1787/239063a4-en.
- Oro Tapia, Luis (2003). *¿Qué es la política?* Santiago: RIL.
- Panbianco, Angelo (1990). *Modelos de partido*. Madrid: Alianza Universidad.
- Pasquino, Gianfranco (2011). *Nuevo curso de ciencia política*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- . (2024). “El politólogo como político. La ciencia política como compromiso, vocación y acción”. *Política y Sociedad*, 61 (1): e94808. DOI: 10.5209/poso.94808.

- Peña, Carlos (2021). *La política de la identidad. ¿El infierno son los otros?* Santiago: Taurus.
- Peters, Guy (2019). *Institutional theory in political science: The new institutionalism*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing.
- Piña, Matías, Javier Sajuria y Julieta Suárez-Cao (2024). *La democracia necesita ideas, no personas. Personalización de la política en Chile*. Santiago: Friedrich Ebert Stiftung.
- Putnam, Robert D. (1976). *The comparative study of political elites*. Nueva Jersey: Prentice Hall.
- Rawls, John (1995). *Teoría de la Justicia*. Trad. por María Dolores González. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Remmer, Karen L. (2008). "The politics of institutional change: Electoral reform in Latin America, 1978–2002". *Party Politics*, 14 (1): 5–30. DOI: 10.1177/1354068807083821.
- Rosenblatt, Fernando (2018). *Party vibrancy and democracy in Latin America*. Oxford: Oxford University Press. DOI: 10.1093/oso/9780190870041.001.0001.
- Sartori, Giovanni (1994). *Ingeniería constitucional comparada. Un enfoque de estructuras, incentivos y resultado*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- . (2005). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.
- . (2012). *Cómo hacer ciencia política*. Madrid: Taurus.
- Sandel, Michael (2020). *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* Ciudad de México: Debate.
- Sajuria, Javier, Tomás Dosek y Stéphanie Alenda (2020). "Ciclo de vida y diferencias organizacionales en los partidos de la centroderecha chilena". En Stéphanie Alenda (editora), *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*, pp. 227–268. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Schlesinger, Joseph (1966). *Ambition and politics: Political careers in the United States*. Chicago: Rand McNally.
- Selume, Jorge (2024). *Tiempos mejores*. Santiago: Planeta.
- Siavelis, Peter M. (2009). "Enclaves de la transición y democracia chilena". *Revista de Ciencia Política*, 29 (1): 3–21. DOI: 10.4067/S0718-090X2009000100001.
- Siavelis, Peter M. y Scott Morgenstern (2008). "Candidate recruitment and selection in Latin America: A framework for analysis". *Latin American Politics and Society*, 50 (4): 27–58. DOI: 10.1111/j.1548-2456.2008.00029.x.
- Silva, Patricio (2006). "Los tecnócratas y la política en Chile: Pasado y presente". *Revista de Ciencia Política*, 26 (2): 175–190. DOI: 10.4067/S0718-090X2006000200010.

- . (2010). *En el nombre de la razón: Tecnócratas y política en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- . (2011). “La elite tecnocrática en la era de la Concertación”. En Alfredo Joignant y Pedro Güell (compiladores), *Notables, tecnócratas y mandarines: Elementos de sociología de las élites en Chile (1990–2010)*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Skinner, Quentin (2020). *Maquiavelo*. Madrid: Alianza.
- Steffen, Manfred (editor) (2023). *Konrad Adenauer: 101 citas*. Montevideo: Fundación Konrad Adenauer.
- Stokes, Susan (1999). “Political parties and democracy”. *Annual Review of Political Science*, 2 (1): 243–267.
- Strauss, Leo (1970). *¿Qué es filosofía política?* Madrid: Guadarrama.
- Svensson, Manfred (2022). *Pluralismo. Una alternativa a las políticas de identidad*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad.
- Titelman, Noam (2023). *La nueva izquierda chilena: De las marchas estudiantiles a La Moneda*. Santiago: Ariel.
- Urbina, Francisco Javier y Pablo Ortúzar (2012). *Gobernar con principios: Ideas para una nueva derecha*. Santiago: Libertad y Desarrollo.
- Varas, Augusto (2014). *El gobierno de Piñera (2010–2014)*. Santiago: Catalonia.
- Vommaro, Gabriel y Mariana Gené (compiladores) (2018). *Las élites políticas en el sur. Un estado de la cuestión de los estudios sobre Argentina, Brasil y Chile*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Weatherford, M. Stephen (1992). “Measuring political legitimacy”. *American Political Science Review*, 86 (1): 149–166.
- Weber, Max (1993). *Economía y sociedad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- . (2021). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Welle, Klaus y Federico Ottavio Reho (editores) (2025). *Christian democracy, conservatism and the challenge of the extremes*. Utrecht: Eburon. DOI: 10.60116/eusjt4hjb.
- Weyland, Kurt (2020). “Populism’s threat to democracy: Comparative lessons for the United States”. *Perspectives on Politics*, 18 (2): 389–406. DOI: 10.1017/S1537592719003955.
- Winkler, Jürgen R. (2010). “Parteien und Parteiensysteme”. En Hans-Joachim Lauth (editor), *Vergleichende Regierungslehre*. Wiesbaden: VS Verlag. DOI: 10.1007/978-3-531-92357-4\_9.
- Yáñez, Eugenio (2023). *Economía social de mercado: Fundamentos e implementación*. Santiago: Fundación Konrad Adenauer.





Trabajaron  
en la edición y el diseño  
de *Por qué estamos en política*  
Francisco Ibáñez, María Paz Contreras  
y Marco Antonio Coloma.

Esta primera edición de mil ejemplares  
salió de los talleres de Andros Impresores.

Santiago de Chile, 2026.

